

---

This is the **published version** of the bachelor thesis:

Ayala Gallardo, Francisco J.; Serés, Guillermo, dir. El Cuerdo amante, de Miguel Moreno : edición, introducción y notas. 2015. 97 pag. (808 Grau en Llengua i Literatura Espanyoles)

---

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/136987>

under the terms of the  license

MIGUEL MORENO

# EL CUERDO AMANTE

EDICIÓN,  
INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE  
FRANCISCO J. AYALA  
(GRADO EN LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLA)

*Foto. Guillermo Serés*



BAJO LA DIRECCIÓN DE  
GUILLERMO SERÉS

Miguel Moreno

*El cuerdo amante*

EDICIÓN,  
INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE  
FRANCISCO J. AYALA

BAJO LA DIRECCIÓN DE  
GUILLERMO SERÉS

# *Introducción*

*Scribere jussit Amor (Heroidas, IV)*

## EN LA VIDA Y OBRA DE MIGUEL MORENO Y RUFO

Miguel Moreno (Villacastín, 1596 – Roma, 1635) es aún a día de hoy uno de los escritores más desconocidos por la crítica, a pesar de haber gozado de un gran prestigio en la década de los veinte y de ser uno de los considerados «ingenios de Madrid».<sup>1</sup> Fue Nicolás Antonio (1696, II: 142) quien corrigió en su momento ese origen madrileño atribuido por Pérez de Montalbán (1632: f. 353r) y situó el lugar de nacimiento del escritor en Villacastín, provincia de Segovia, hacia 1591.<sup>2</sup> Más recientemente, J. L. Bermejo Cabrero (2009: 119), tras asegurar haber compulsado los libros parroquiales de la localidad, confirma el nacimiento del autor en dicha población segoviana y da la fecha, desconocida hasta ahora, del 2 de febrero de 1590, a partir de la información que —según él— consigna el acta bautismal (Tomo I de bautizos, Fol. 61) de Miguel Moreno. Añade, no obstante, que al margen del documento figura la nota «hombre de profundo talento y erudición», lo cual no deja de ser sorprendente en una partida de bautismo, y que en él se reseñan también los nombres de los padrinos, vecinos del lugar, a pesar de que estos nombres, así como los de los padres, no se nos facilitan. No aporta Bermejo Cabrero ningún tipo de prueba o fuente bibliográfica que demuestre su aserto, además de apuntar erróneamente que falleció a los 32 años, lo cual es del todo imposible si partimos del

---

<sup>1</sup> Pérez de Montalbán, que seguramente llegó a conocer personalmente a Miguel Moreno, lo incluye en el *Índice de los ingenios de Madrid*, nº 239, al final de su *Para todos*, y de él dice que era «heroico en los versos, elocuentísimo en la prosa, singular en su ejercicio, y en la parte de la política eminente» (1632: 353).

<sup>2</sup> En *Bibliotheca hispana nova*, II. E. Cotarelo, en su *Colección selecta de antiguas novelas españolas*, tomo IV (1906) también sigue los datos proporcionados por Nicolás Antonio, y Formichi (1973) da como fecha de nacimiento el periodo 1591-96. Cejador (1916, V: 65) da, sin embargo, y sin justificación alguna, la fecha de 1596, que es la que sigue también J. Simón Díaz en su *Bibliografía de la literatura hispánica* (1992, XV: 381-382).

año 1590 como el año de nacimiento del escritor, puesto que su muerte se produce en Roma en 1635.<sup>3</sup>

El hallazgo en óptimas condiciones de la partida de bautismo de Miguel Moreno en el Libro III de bautismos, fol. 35 v. de la Parroquia de Villacastín,<sup>4</sup> de la que se ofrecen a continuación sus señas descriptivas, desmiente lo apuntado por Bermejo Cabrero y esclarece las dudas que hasta el momento aún pudieran existir acerca del lugar de origen y fecha de nacimiento del autor segoviano, corroborando y precisando los datos aportados por Cejador:

Miguel, de Melchor Moreno. En veinte de octubre de mill y quis y noventa y seis años fue bautizado Miguel, hijo de Melchor Moreno y de Catalina Rufo, su mujer; fue padrino Miguel Valverde. Luego baptícelo yo, Fray Miguel de Dimas.

Moreno, hombre erudito y versado en leyes, ostentó el cargo de escribano de provincia de su Majestad en los tribunales de la Casa y Corte, y el de secretario del Duque de Béjar, Francisco Diego López de Zúñiga, logrando alcanzar un alto grado de notoriedad en su labor como profesional de la administración, especialmente por su talento, honradez y «artística oratoria» —dice Cotarelo—, que de seguro le hubiera llevado a puestos de mayor relevancia, si una muerte prematura (antes de cumplir los 39 años) no hubiese truncado su carrera. Es en 1633 cuando viaja a Roma con la delegación de Fray Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, y de Juan Chumacero y Carrillo, del Consejo y Cámara de Castilla,<sup>5</sup> enviada por el rey Felipe IV al Papa Urbano VIII, con el objeto de presentar el célebre *Memorial* contra los abusos de la curia romana y de la nunciatura en España;<sup>6</sup> y ya no regresa, muriendo en Roma el 28 de julio de 1635, donde años después aún se podía visitar su sepulcro en la iglesia de Santiago del Hospital de los Españoles.

<sup>3</sup> De hecho, la única fecha que proporciona N. Antonio en su *Bibliotheca nova* es la de su muerte en 1635, a los 44 años de edad, dice él. De ahí surge el dato de 1591 como posible fecha de nacimiento, aunque Antonio tampoco aporta prueba documental alguna. Cfr. Colón Calderón, I. (2001). *La novela corta en el siglo XVII*, Madrid: Ediciones el Libertino, Arcadia de las Letras, VII, p. 10. Cfr. también Ripoll, B. (1991). *La novela barroca*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, p. 113.

<sup>4</sup> Véase copia del documento original en el «Anexo I».

<sup>5</sup> Tal y como señala Cotarelo (1906: 12), es muy probable que Moreno nunca hasta entonces hubiera salido de España, «ni aun visto el mar», como se desprende de uno de sus epigramas, sin duda escrito durante el viaje a Italia: «Qué sintió del navegar, / después que a Italia pasó, / a Andrés se le preguntó, / y respondió sin dudar / que acción tan amenazada / y en que tanto se aventura, / es una honesta locura / en el uso disculpada» (*Flores de España*, XI).

<sup>6</sup> El *Memorial* fue respondido por Monseñor Maraldi, secretario de Breves; la «Réplica» que de nuevo entregaron al Papa, A. de Castro la supone escrita por Moreno.

El mismo Montalbán asegura que «dio a la stampa cinco libros que son *Avisos para los oficios de provincia, y consecuencias generales para otros*,<sup>7</sup> novela de *La desdicha en la constancia*,<sup>8</sup> novela de *El curioso amante*,<sup>9</sup> *Memorial de su Majestad a favor de la insuficiencia*, diálogo intitulado *Defensa de damas*, y tiene para publicar unos asuntos políticos».<sup>10</sup> Su muerte debió de ser repentina, puesto que en el mismo año de su fallecimiento aparece publicada por Luys Griñani una colección de doscientos epigramas con el título de *Flores de España cultivadas en Roma*.<sup>11</sup> Pero parece que en el periodo que va de mediados de los veinte hasta su partida a Italia debió de escribir mucho más, a tenor de las informaciones proporcionadas por los cronistas de su época: hasta ese momento, su nombre aparece también, por ejemplo, en el Ms. 1818 de la B. Nacional, en unas *Liras a la muerte de D. Rodrigo Calderón*,<sup>12</sup> o en la *Guía y avisos de forasteros* de Liñán y Verdugo (1621), donde firma un soneto laudatorio; o en la *Justa poética y alabanzas justas* (1620) en honor a San Isidro, recopiladas por Lope de Vega, en una de las glosas presentadas en su quinto certamen.

Sin más noticias acerca de la obra de Miguel Moreno —y a pesar de los tópicos que a menudo se suelen manejar en las declaraciones prologales—, resultará de un

<sup>7</sup> Madrid, Juan González, 1631, 4º, 2h. + 122pp. Se conserva en la Law School Library, Harvard University, Massachusetts; Madrid, Facultad de Filología, 21.795. Nacional, 2-51.209; etc.

<sup>8</sup> Hasta hace poco se seguía la referencia aportada por Palau en su *Manual del librero* (1926, V: 247), que afirmaba sólo haber visto esta obra citada en el Catálogo Conde. Isidro de Robles la publicó en su día en *Varios efectos de amor en onze novelas exemplares* (Madrid, I. Fernández de Buendía, 1666 y posteriores reimpresiones de 1692, 1709 y 1760, hasta llegar a la de Cotarelo de 1906, quien apunta en su «Introducción» que el verdadero título de la novela podría ser *Los más finos amantes*, y que tal vez con él circulara en alguna colección «anónima o atribuida a otro autor de la época» (1906: 11). En 2012 D. González Ramírez halla un ejemplar de la *princeps*, cuyas señas da en su artículo «Una novela corta del Siglo de Oro rescatada: *La desdicha en la constancia* de Miguel Moreno»: Madrid, Juan González, 1624, 8º, 4h. + 34 pp. Confirma así que, de las dos novelas conocidas de Moreno, *La desdicha en la constancia* es la primera, desmintiendo las informaciones dadas por Cotarelo de que fue escrita después de *El cuerdo amante*.

<sup>9</sup> Pérez Montalbán comete un error al citar *El cuerdo amante*. La obra sigue siendo nombrada bajo ese falso epígrafe por Nicolás Antonio y por biógrafos más modernos como Adolfo de Castro: *Colección de poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, (II, 67); o E. Fernández de Navarrete, en su *Bosquejo histórico de la novela española*, (XXXIII, 66), ambos en la Biblioteca de Autores Españoles (en Cotarelo 1906: 5-6).

<sup>10</sup> Nada se sabe de estas últimas obras mencionadas por Montalbán, aunque el diálogo *Defensa de damas* aparece citado en varias ocasiones a lo largo del tiempo. Cfr. por ejemplo el *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal* (1828, IX: 351) de Sebastián Miñano, en la entrada *Villacastín*. Cotarelo cambia el título de una de ellas sin dar explicación alguna ni ofrecer ningún dato sobre la obra en cuestión, y ofrece el de *Memorial a su Majestad en favor de la suficiencia de los servicios* (1906: 17).

<sup>11</sup> Roma, Luys Griñani, 1635, 12º, 6h. + 200pp. (Ripoll 1991: 113). Cotarelo da noticias también de esta obra en su «Introducción» a las novelas de Moreno de 1906, y puede leerse en la BAE, T. XLII (*Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1951, pp. 165-173).

<sup>12</sup> Apartado 37, sección b. Cfr. *Inventario General de Manuscritos de la Biblioteca Nacional* (1957, V: 230), cfr. B. Ripoll (1991: 113). Cfr. también Simón Díaz (1992: 381).

especial interés detener la mirada en los prólogos al lector y dedicatorias a sus cuatro obras conservadas (a saber, *La desdicha en la constancia* (1624), *El cuerdo amante* (1628), *Avisos para los oficios de provincia, y consecuencias generales para otros* (1631) y *Flores de España cultivadas en Roma* (1635), enunciadas ahora siguiendo el orden de publicación), en donde Moreno insiste a menudo en su única intención de escribir —en sus ratos libres— para «divertir el ánimo con algún paréntesis de recreación».<sup>13</sup> Lo hará regido por el «principio ético-estético del *prodesse et delectare* que domina toda la teoría de aquellos siglos» (Pacheco-Ransanz 1984: 120), y a sabiendas —como apunta Antonio López de Vega en su *Respuesta* a la *Dedicatoria* que le hace Moreno en *El cuerdo amante*— de que había dado sus años «a diferente ejercicio que el de las escuelas» (6). El propio Moreno en el *Prólogo* al lector de sus *Flores de España* ya apunta hacia esa cuestión y se adelanta a posibles críticas, supeditando de forma clara su faceta literaria a sus obligaciones políticas en Roma y a la conveniencia de que su obra no se desvíe de lo *escrupuloso y ejemplar* de su profesión:

Llega a ser no sólo lícito, sino conveniente en los más graves manejos de materias, así espirituales como profanas, divertir el ánimo con algún paréntesis de recreación, quedando a cuenta del que necesita de este alivio elegir el más honesto. Hallándome en Roma en servicio de su Majestad, con ocupación y cuidados no pequeños, hube menester alguna vez este socorro. Queriendo usar de la elección, consideré que cuanto menos vulgar y público fuese, tanto más agregaría de buena conveniencia a lo escrupuloso y ejemplar de mi obligación.

A la luz de esa «conveniencia» pública, asociada a la discreción, la prudencia y el decoro que exige el servicio al rey, y en consonancia con el propio talante del autor, la intencionalidad y el tono de la obra de Moreno, tanto de sus relatos de ficción como de sus escritos más vinculados a su labor administrativa —como es el caso de los *Avisos*—, adquiere pleno sentido. Y quizás ello explique en gran medida el carácter de sus epigramas, desprovistos casi siempre de lo cómico o satírico que suele dar vida a este tipo de composiciones, y reducidos, como señala Cotarelo, a meros contrastes de ideas, costumbres, hechos o dichos:

---

<sup>13</sup> *Flores de España cultivadas en Roma*, op. cit., prólogo «Al lector».

Los epigramas de Moreno son en general fríos, quizá no tanto porque Moreno no supiese versificar con facilidad, como supone Castro, como por el carácter serio y austero del autor [...] Así Moreno nos trae muchos relativos a lo difícil que es en casos dudosos tomar una resolución; al peligro que encierra servir y agradar a grandes señores; lo diferente que es obrar y decir; lo expuesto de hablar mucho o no guardar secreto; lo difícil de conservar buena opinión; lo detestable del cohecho y la charlatanería en los oficios, cosas todas porque el mismo Moreno había pasado y que le habían hecho reflexionar (1906: 15).

En la *Dedicatoria* a su primera novela, *La desdicha en la constancia* (1624), dirigida a Juan de Jáuregui —que publica en ese mismo año su *Discurso poético contra el hablar culto y estilo obscuro*—, Miguel Moreno ya mostraba su preocupación por estar escribiendo «a ciegas» en un género, como era la novela corta, que estaba perfilándose desde inicios de la década de los veinte:<sup>14</sup>

Con ciego discurso (que ciego es quien escribe sin natural, ni arte) me dejé llevar de mi ignorancia en esta novela, caminando desde el principio al fin por la confusión de la corta noticia que tengo de sus preceptos. Demás de ser posible en mí haber errado el argumento, especialmente en lo verisímil, y faltarme conocimiento de voces cultas y elección para colocallas, dudo si contiene novedad la invención; si suspende y deleita el discurso; si producen moralidad el caso y las sentencias; y si el lenguaje ofende a la excelencia de las frases de nuestra lengua, o si observando parte de sus puros términos se acerca, ya que no llega, a tener algo de verdadera prosa. De todo junto nace desconfiar para reconocer al docto y sujetarme a su juicio, sin afectar humildad y rendimiento (*La desdicha en la constancia*, «Dedicatoria», 36).<sup>15</sup>

En esta declaración pública en forma de carta hay un acercamiento implícito hacia unos principios relacionados con lo más externo y estandarizado de esa «poética en ciernes» de la novela, como son, además del clásico y ya mencionado *prodesse et delectare*,<sup>16</sup> la verosimilitud de la narración, la novedad en la invención, y la llaneza

<sup>14</sup> Recordemos que, después del ostentoso éxito de Cervantes con las *Novelas ejemplares* siete años antes, 1620 había sido el año en que autores como Ágreda y Vargas, Liñán y Verdugo, Salas Barbadillo o Cortés y Tolosa habían publicado sus colecciones de novelas.

<sup>15</sup> Se sigue aquí la edición de D. González Ramírez, que es la primera y única hasta ahora en publicar la *Dedicatoria* de Moreno y la *Respuesta* a ésta de Jáuregui.

<sup>16</sup> «Teniendo por indignos de loor los escritos de que no pueda resultar algún fruto», escribirá Moreno en el «Prólogo» a sus *Flores de España*.

de la lengua y calidad en el estilo (González Ramírez 2012: 30). Y parece ser precisamente este último aspecto uno de los que más preocupa a Moreno, que destina buena parte de su *Dedicatoria* a López de Vega de *El cuerdo amante* a elaborar una enérgica defensa de la castidad de la lengua, en la línea del anticulteranismo mostrado por Jáuregui en su *Discurso*, con el firme propósito de ser *peregrino* tan sólo «en la agudeza de los pensamientos, no en el traje que los explica, si, por mal organizado, es ridículo en la novedad y dañoso en la opinión» (4).

La petición de censura llevada a cabo por parte del segoviano al que era amigo y colega en el cargo de secretario, obtuvo cumplida *Respuesta* de la mano de Antonio López de Vega, «lo que no deja de tener sus puntos de originalidad en el panorama literario de la época» (Bermejo Cabrero 2009: 126). Se convierten así estas primeras líneas prologales en una de esas «preceptivas no formuladas» (Rodríguez Cuadros 1996: 41) que proliferan por prólogos y *marginalia* a lo largo de los siglos XVI y XVII. Aquí, Moreno toma como punto de partida para la elaboración de su alegato a favor de la claridad de la lengua la sentencia aristotélica que «dicen que condena por bajo —aunque claro— el estilo que se ejercita con palabras propias y naturales, y constituye en alteza el que va adornado de forasteras y peregrinas» (3-4); no obstante, López de Vega se encargará de precisar y acotar la cuestión, puesto que Aristóteles (1974: 160) no se ocupa de la novela, y sus ideas más cercanas al género hay que tomarlas de sus comentarios acerca de la «fábula»:

Y en la aprobación de palabras forasteras, de cuya judiciosa y moderada elección, mezcladas entre las varias especies de peregrinas que allí distingue, dice que resulta el estilo grave y magnífico, se ha de advertir que trata de la locución de la tragedia y del poema heroico, a quien conviene y aun es forzosa semejante forma de vestido; y más al segundo, por no ser representación y pedir más admiración que verisimilitud en el lenguaje (7).

En efecto, «el uso antiguo de la voz «novela» —trasunto de novela corta—<sup>17</sup> tendría como paralelo más próximo lo que Aristóteles llamó «poema heroico» (Pacheco-Ransanz 1984: 114-123), pero modificado en parte por la interpretación que la preceptiva renacentista dio al principio de verosimilitud y por la importancia concedida al «enseñar deleitando» (Bonilla 2010: 33).

---

<sup>17</sup> Véase Colón (2001: 13-20).

Asimismo, Moreno, que se define también como una «castellano fino», aunque dice ignorar si habla «finamente» la lengua castellana, muestra reiteradamente su empeño en que se le tenga por un escritor claro y natural:

Expresar un sutil concepto en un periodo conciso, con los verbos inexcusables en el romance castellano, de manera que se ofrezca hermoso y el entendimiento que le va percibiendo quede descansado, es elegancia magistral; pero quitarle la dulzura y gracia con la dureza escabrosa de la transposición del sentido y usurpación de verbos es indignar a la inteligencia y al gusto, en vez de irles obligando (4).

Cotarelo intuye tras las palabras de Moreno una más que posible alusión indirecta a otro escribano de provincia, gran amigo de Lope de Vega, que por entonces cultivaba también el campo de las letras: es Juan Izquierdo de Piña, que había publicado en 1624 unas *Novelas ejemplares y prodigiosas historias*, y entre 1628 y 1629 sus *Casos prodigiosos*. En ambas obras se advierte un estilo ampuloso y en ocasiones gongorino, con construcciones intrincadas y confusas y, sobre todo en la segunda de ellas, con una economía de verbos, en especial del auxiliar *ser*, «que hace no poco extraño su estilo» (1906: 8-9).<sup>18</sup>

Y a pesar de ello, tampoco está exento de cierto retoricismo el de Moreno. El mismo Cotarelo advierte que «no puede decirse que peque contra las reglas, ni de la gramática ni de la buena retórica; pero es tan esmerado, artificioso y discreto, que toda atención es poca para seguir el giro de sus ideas y aun tal cual vez aparecen poco claras» (1906: 9-10). Ha sido precisamente a ese estilo en ocasiones epigramático —aunque también refinado y elocuente— de Moreno, al que se le ha prestado más atención: Bermejo Cabrero lo destaca, por ejemplo, en relación a la «artificiosidad» y el «tono conceptista» de sus *Avisos*, especialmente «por el revestimiento léxico que los adorna», que según él «puede resultar un tanto forzado o sobrecargado» (2009: 120). No obstante, y en referencia esta vez a *El cuerdo amante*, López de Vega encuentra justificada una «mayor copia de flores retóricas» por lo que «estas fábulas» tienen de poéticas (8), y apela, por tanto, no sólo a cuestiones estilísticas, sino también de género en relación a la novela. Por esas mismas fechas, el conceptismo de

<sup>18</sup> Como señala Cayuela, también Alonso de Castillo Solórzano —que se burló a menudo de este estilo ampuloso— hace una referencia a Piña, aunque sin nombrarle tampoco abiertamente, en la dedicatoria «Al lector» de *Lisardo enamorado* (ed. Eduardo Juliá y Martínez), Madrid: RAE, 1947, 57; Anne Cayuela, *Le Paratexte au Siècle d'or*, Genève, Droz, 1996, 203-205.

Moreno era ya elogiado por algunos; Lope de Vega, sin ir más lejos, le dedica estos versos en su *Laurel de Apolo* (1630):

Aunque este nombre por el sol le han dado,  
no siempre Apolo es rubio ni dorado,  
como lo prueba con su ingenio sólo  
Miguel Moreno, que es Moreno Apolo,  
porque escribiendo, de conceptos lleno,  
la pluma es dorada y él Moreno (Silva octava, 181).

## EL CUERDO AMANTE

*El cuerdo amante* se editó sin sus correspondientes requisitos legales (aprobación, tasa, etc.) y en pleno periodo de suspensión del género novelesco en Castilla, después de que tres años antes, en 1625, la Junta de Reformatión decidiera no conceder más licencias para editar comedias ni colecciones de novelas,<sup>19</sup> prohibición que duró hasta el mismo año de la muerte de Moreno. Con todo, la norma se vulneró de diversas maneras: a través de ediciones fraudulentas; editando fuera del reino, especialmente —y aunque no estuviera permitido hacerlo ya desde 1610—<sup>20</sup> en ciudades de la Corona de Aragón; evitando el término «novela» en las colecciones, o enmascarando el contenido narrativo, etc. De este modo, de la segunda novela de Moreno ni siquiera conocemos el lugar de impresión: en la portada no figuran más datos que los del título, autor, dedicatorio y año.<sup>21</sup>

No obstante, el hecho de que, tanto *La desdicha en la constancia* —editada un año antes de la prohibición—, como los *Avisos para los oficios de provincia* —que no es una novela—, vieran la luz en Madrid y de la mano del mismo editor, Juan

<sup>19</sup> Cfr. Jaime Moll (1974), «Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625-1634», *Boletín de la Real Academia Española*, LIV, CCI, 97-103. «En cuanto a las obras teatrales, algunas se imprimieron en Sevilla, pero con datos de la Corona de Aragón» (Colón 2001: 25); cfr. también Mercedes Dexeus, «Las imprentas de la Corona de Aragón en la difusión de la literatura del Siglo de Oro», 79.

<sup>20</sup> Cfr. J. Moll, «Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro», *BRAE*, 59 (1979b), 49-107.

<sup>21</sup> La edición que hemos manejado lleva esta portada: El | cuerdo | amante. | Por | Miguel Moreno. | A D. Diego Ximenez | de Enciso y Zúñiga. | (Adorno tipográfico) | Año M.DC.XXVIII. En 4º, 2h. + 54 fols., sin imprenta ni lugar de impresión.

González,<sup>22</sup> nos puede llevar a pensar en la posibilidad de un lugar de origen común para las tres primeras obras de Moreno, a pesar de que la falta de licencia y de algunas señas descriptivas en *El cuerdo amante* coincidan con lo que podría ser una edición fraudulenta —y, por tanto, posiblemente más deturpada— de una hipotética *príncipe* nunca hallada hasta el momento y en la que sí constara la documentación legal de la obra.<sup>23</sup> De uno u otro modo, al margen de conjeturas y a falta de nuevas evidencias, consideraremos la edición sin licencia, manejada tanto por Cotarelo —que es la que siguen todos los estudios que hasta la actualidad hacen referencia al texto de Moreno— como por mí mismo, la única que fue impresa en su día de la novela y, por tanto, la *princeps*.

En el oxímoron contenido ya en el título de la obra, *El cuerdo amante*, se esconde el sentido último de la trama; y lo destaca el propio Moreno en el inicio de su segunda «Dedicatoria», donde presenta, además, las claves argumentales de su novela:

El título de este papel —como vuestra merced verá— es *El cuerdo amante*. Asunto notable, por lo que parece, tienen de incompatibles amor y cordura. Va tratado —según mi juicio— dando al amor lo que le pertenece y no quitando a la prudencia el imperio que debe tener sobre la pasión, puesto que hasta ver su censura dudaré si acerté el argumento (3).

Y es, efectivamente, ese imperio de la prudencia sobre la pasión el que se va imponiendo sobre los personajes a medida que se desarrolla la acción; así se lo reconoce López de Vega en su «Respuesta» a Moreno:

Y supo vuestra merced de suerte hacer a Amor prudente, que deja no sólo posible, mas conveniente a la prudencia el ser enamorada, ajustando con tanta conformidad los afectos al dictamen de la razón, que no parece que le obedecen, sino que nacen de ella, enmendando o desvaneciendo así la corrupción de la naturaleza, en quien se tenía por imposible caber tanta paz.

---

<sup>22</sup> Este impresor trabajó en el taller de Luis Sánchez, y su breve actividad, que fue interrumpida por un repentino fallecimiento en 1633, había empezado sólo un año antes de la publicación de *La desdicha en la constancia*, después de meter en moldes el *Poema trágico del español Gerardo* de Céspedes y Meneses (1623). Entre los autores que imprimió durante esos años, destacan textos de Bocángel, León Pinelo, Alarcón, Góngora (editó su *Polifemo* comentado por Salcedo Coronel) o Lope de Vega (González Ramírez 2012: 29). Cfr. Delgado (1996: 289-290).

<sup>23</sup> Cotarelo, por el contrario, afirma que la única edición que ha visto de *El cuerdo amante*, cuya descripción coincide con la manejada aquí, parece hecha fuera de España (1906: 8 n.).

La fusión de tradiciones y motivos narrativos que hallábamos en *La desdicha en la constancia*, esa originalidad en la invención que celebraba Jáuregui y que permitía la mezcla de elementos de la novela griega (naufragio, cautiverio, liberación final) y de algunos romances fronterizos, con algunos motivos que ya veíamos en el *Guzmán el Bravo* de Lope o en *El amante liberal* de Cervantes,<sup>24</sup> no la encontramos en la segunda novela de Moreno; de ahí, quizá, que la obra haya sido tachada en ocasiones de «lenta y repetitiva» (Bermejo Cabrero 2009: 127). O al menos, no aparece desde el punto de vista argumental, puesto que en *El cuerdo amante* la acción está centrada plenamente en la trama amorosa de raíz petrarquista,<sup>25</sup> y en «el estudio de las observaciones cortesanas», circunscrito exclusivamente al marco espacial de la capital. Ello conlleva que los rasgos básicos que vienen a definir la novela corta: deseo amoroso, posibles traiciones, pendencias, noticias equívocas, anagnórisis, etc., sean aquí cruciales en el desarrollo de la trama, con una clara prevalencia de las modalidades cortesana y pastoril, y con una importante presencia tanto del género poético, como epistolar.

Pero fue la elegancia y la agudeza estilística de Moreno la que, como ya hemos dicho, más llamó la atención de sus coetáneos. Setenta años después de la publicación de *El cuerdo amante*, el desconocidísimo autor Miguel de Montreal publica sus *Engaños de mujeres y desengaños de los hombres, divididos en cuatro discursos históricos, políticos y morales* (1698), reeditados varias veces en el XVIII (1709, 1719, 1728) y que aparecen como anónimos en 1826. En su obra, Montreal plagia distintos fragmentos de la novela de Moreno, poniendo de manifiesto, por una parte, la vigencia que aún tenía la obra casi un siglo después de su publicación y, por otra, el interés que su refinado estilo consiguió despertar en algunos escritores barrocos.<sup>26</sup>

---

<sup>24</sup> *Guzmán el Bravo* se editó en el mismo año que *La desdicha en la constancia*, 1624, en un libro misceláneo, *La Circe* (González Ramírez 2012: 32). Bermejo Cabrero (2009: 131-132) es quien establece la relación con la novela cervantina, con la que sin duda comparte ciertos elementos, pero que no pasan de ser temas recurrentes en los escritores que acuden a la recreación de escenas de cautiverio. Cfr. Camamis (1977: 175-201) y su capítulo sobre «El cautiverio en la novela del siglo XVII».

<sup>25</sup> Otis Green plantea esa visión —que tienen los poetas del Siglo de Oro y, especialmente, en relación al papel de la mujer— condicionada por el amor cortés de Petrarca, modificado, eso sí, «por la adaptación de la filosofía platónica que hicieron Bembo y León Hebreo» (1955: 46).

<sup>26</sup> En el «Anexo II» se presenta una transcripción de los fragmentos encontrados en la novela de Montreal que son un plagio de *El cuerdo amante*, y que resultan muy interesantes desde el punto de vista comparativo, puesto que permiten apreciar cómo en ocasiones Montreal añade aclaraciones a la redacción original de Moreno, caracterizada a menudo por un estilo repleto de construcciones elípticas.

Un estudio exhaustivo de la novela requiere de un repaso del argumento, que hasta ahora sólo ha sido abordado con algún detenimiento por Bermejo Cabrero (2009: 127-129) —aunque con algunas imprecisiones—, y que creemos que es necesario por cuanto ayuda a clarificar algunos pasajes que tal vez puedan quedar poco claros en la obra y por lo repetitivo de la trama.

*El cuerdo amante* comienza con la exaltación de su protagonista, Celia, una noble dama, encarnación de supremas virtudes, que tras perder a sus padres queda bajo la tutela y protección de su tía Clenarda, viuda y con dos hijas, Laura y Fenisa. En ese agradable ambiente de discreción y libertad, cuyo espacio escénico principal es la casa de Clenarda, encontrará algún alivio la soledad de la hermosa Celia, configurándose así en este inicio de la obra ese mundo de mujeres, «no del todo comprensibles, no del todo previsibles y no del todo controlables» para el hombre,<sup>27</sup> sobre el que girará la acción de los personajes masculinos.

Una noche, al pasar por allí Leonardo, «mancebo noble, rico, entendido y galán» (10), oye unos versos que unos músicos recitan y, sin quererlo, se ve envuelto en una refriega en la que intenta poner paz; sin ser culpable de lo sucedido, es detenido y llevado a prisión y, gracias a su reputación, puesto en libertad a la mañana siguiente. El desafortunado suceso lo lleva a pasar por esa misma calle durante algunos días, hasta que uno de ellos ve a Celia y queda admirado por su belleza; tanto, que ni se percata de la presencia de su amigo Feliciano, que le confesará estar enamorado. Aunque Leonardo no querrá saber de quién, al día siguiente acuerda darle a su amigo el romance que Feliciano le ha pedido como un favor personal que componga para entregárselo a su amada. Es tal la impresión que ha creado Celia en Leonardo, que el galán consagra por entero su pensamiento a ella; pero incluso en ese estado de enajenación, Leonardo se muestra como un personaje que antepone la prudencia, su cordura, a la pasión: «Sólo era medio, en desvelo tan grave, frecuentar su calle, midiendo la turbación al recato y la intención al decoro para que la continuación no declarase su cuidado a alguna curiosa malicia» (15).

Llegado el día de Santiago el Verde, Leonardo y sus amigos, Leonelo, Jacinto y Gerardo, salen a pasear al soto del Manzanares. Ante la distracción de Leonardo, que vive sólo pendiente de Celia, los amigos proponen recrearse recitando «versos y

---

<sup>27</sup> Véase Mariló Vigil, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1986, 43.

prosas» en que tratar su particular visión del amor.<sup>28</sup> Destaca en este punto, por su agudeza e ingenio, el monólogo de Gerardo —en el que Miguel Moreno hace gala de su mejor prosa—, y que plantea la posición más alejada con respecto al protagonista, abogando por un planteamiento colmado de estoicismo ante los quehaceres amorosos. En esta primera parte de la escena en el Manzanares se pone ya de manifiesto la inactividad que envuelve a estos personajes —característica, por otra parte, de otras muchas novelas cortesanas—, individuos «pertenecientes a la clase ociosa —por seguir la terminología de Veblen—, que además de dedicarse a vaguitar y al cuidado y recuento de sus amores, se pasan la vida en discreteos y muestras de ingenio» (Bermejo Cabrero 2009: 129). En este contexto vital, la melancolía emerge, pues, de una cierta «inactividad crónica» que incluye, aunque a partir del siglo XVIII con más evidencia, el aburrimiento; «si bien es ahora la nostalgia la que opera en el mismo centro de la melancolía, respondiendo a la obligación del cortesano de ser activo y feliz» (García Santo-Tomás 2008: 73).

El encuentro con las mujeres tapadas, que tiene lugar a continuación, viene motivado por ese estado de «profunda tristeza» del protagonista, y también por esa imprevisibilidad de la mujer a la que se hacía referencia antes. Dicho encuentro, provocado por estas misteriosas damas de las que más adelante se sabrá la identidad, sirve para mostrar de nuevo en Leonardo su condición de «verdadero amante»; y de héroe, como demuestra el episodio con el que finaliza la escena del Manzanares.

Es precisamente la visita de Leonardo a su amiga Anarda la que a continuación deshace el enigma, puesto que ésta acaba confesando que las tapadas eran ella, Clenarda, y sus hijas y sobrina, que habían ido a pasar el día al soto. Ante esta revelación, Leonardo ve abierto el camino hacia Celia y acuerda con Anarda entregarle unos versos y prosas dirigidos a su amada, para la próxima vez que ésta vuelva a visitar a la viuda. Conforme a ello y llegado el día, Leonardo le da a su amiga un soneto y unas endechas, que contienen ciertas ambigüedades y equívocos, y que las cortesanas leen en un jardín. Los poemas vendrán acompañados de una «regalada merienda» que, por sorpresa, Leonardo les hace llegar por medio de sus criados. Este hecho provoca en las damas el deseo de conocer personalmente a

---

<sup>28</sup> A través de Leonardo se establece, asimismo, una relación entre el espacio y la melancolía; también en Salas Barbadillo venía esta última acompañada de frecuentes serenatas musicales: como las de su *Don Diego de noche*, sin ir más lejos, quien canta tanto a las damas como al Manzanares.

Leonardo y un cambio de actitud en Celia, que empezará a hacer «plato al alma de nuevos pensamientos».

Al día siguiente, Leonardo visita de nuevo a Anarda, volviendo a mostrar sus honrosas intenciones y presentándose como un perfecto galán; asimismo, Anarda le comunicará el interés que tienen las señoras de recibirlo en su casa. Llegado el momento, en la puerta ya de casa de Clenarda, Leonardo oye una voz de hombre recitando unos versos: es Carlos, «hombre principal, galán y mancebo», que ante la presencia del protagonista, y después de hechas las pertinentes presentaciones, decidirá despedirse. Leonardo tiene ahora la oportunidad de explicar a las damas con detalle el episodio de la pendencia que tiene lugar al iniciarse la novela y que lo conduce a prisión, con lo cual se gana aún más el respeto y la estimación de las damas. Deshace además, aunque sólo en parte, la confusión que había creado con las composiciones poéticas del día de la merienda.

Por todo, y en señal de agradecimiento, Anarda propone que Celia y Fenisa canten para el galán; pero, ante su sorpresa, lo que Celia canta es el romance que Leonardo había compuesto para su amigo Feliciano, y que éste iba a entregar a su amada para celebrar las paces. Ello hace crecer ahora la confusión en Leonardo, que duda si Feliciano pretende a Celia, o si es amigo de Carlos y lo ayuda en sus pretensiones para con ella. Acto seguido, Fenisa canta unas décimas y reproduce un diálogo en verso entre dos pastoras. Leonardo devolverá la cortesía con un soneto y, antes de despedirse, Celia, por medio de Laura, pide a Leonardo que le escriba un romance con lo que dejaron de ver —por indisposición de Clenarda— el día de San Juan, su santo, en la Casa de Campo. Al salir, Leonardo se encuentra de nuevo con Feliciano en la puerta de casa de Clenarda, creciendo en ellos dos las sospechas. Tras haber acompañado a Anarda, Leonardo vuelve y ve que cerca de la casa también está Carlos, por lo cual decidirá disfrazarse de mendigo y espiar esa misma noche el lugar. Ni Feliciano ni Carlos lo reconocerán, pero finalmente, ante la petición de este último, abandonará la vigilancia.

Receloso de ambos, Leonardo decide obedecer la petición de Celia cuanto antes y hacerle llegar el romance que se había comprometido enviarle, que en este caso será una carta en la que confiesa abiertamente su amor. No obstante, todo ello forma parte de una argucia para confundirla, puesto que, una vez Celia ha leído la carta, vuelve el criado diciendo que, fruto de una equivocación, le ha entregado un papel que no era para ella y le da, esta vez sí, el romance que Leonardo le había prometido. Ella

contesta con una carta que le entrega al criado y en la que expresa sus dudas y una cierta envidia hacia la otra supuesta dama. Al volver a casa de Leonardo, el criado se da cuenta de que lo están siguiendo: será el mismo Leonardo quien, al ser informado, verá que es uno de los criados de Carlos.

Pasados unos días, Leonardo vuelve a visitar a Celia para ver el fruto de «su industria». En este nuevo encuentro el protagonista deshace el entuerto creado con la falsa confusión de los papeles trocados y declara su amor sincero a la dama, que promete escribirle una carta a la noche y dársela al otro día. Cuando llega el momento, pasado el mediodía, Leonardo vuelve a casa de Celenarda y ve que han salido en coche al Prado. Una vez allí, encuentra a Celia hablando con Carlos; al verlos, crece en él su inquietud, y decide acercarse a ellos y, desde el otro estribo del coche, galantear con Laura. Carlos perderá la paciencia y se despedirá al poco rato. Finalmente, después de acompañarlas a casa, Leonardo recibe la carta que Celia le había prometido y en la que ella le abre el camino a que confirme con nuevas demostraciones su amor, mostrando su nobleza de sangre y su honor de mujer principal que no se deja engañar fácilmente con palabras. Leonardo agradece el valor y el respeto mostrado por Celia y queda satisfecho de la respuesta. Aquella misma noche un hombre rebozado echa un papel por una de las ventanas de casa de Leonardo, que, al percatarse de ello, lo sigue: el mensajero resulta venir de la posada de Carlos, y en la carta anónima pide saber en cuál de las tres jóvenes que viven en casa de Celenarda ha puesto los ojos Leonardo. Él responde con otra carta en la que no da explicación alguna y en la que viene a preguntarle a Carlos eso mismo.

Al día siguiente, ya de noche, Leonardo vuelve a casa de Celenarda y encuentra en la puerta un coche aparcado al que suben dos hombres y algunas mujeres antes de partir. Después de percatarse de que no hay nadie en casa y cuando se dispone a seguir al coche, que iba ya algo apartado, de una puerta sale una mujer principal que, entre sollozos, le suplica que la acompañe sin preguntar las razones, puesto que le va la vida en ello. Esta breve anécdota, insertada en el relato, se convierte en una nueva oportunidad de mostrar ese fondo heroico que esconde el protagonista y que está siempre al servicio de afianzar su nobleza moral: en esta ocasión, se desencadena un debate interno entre la ira, asociada a la pasión y provocada por la desaparición del coche, y la piedad hacia la dama, que finalmente acaba imponiéndose: «Deshacíase en cólera, y quisiera ejecutarla usando descortesía. Por otra parte, le templaban con

honradas y vivas voces su presunción, valor y natural, que inclinados a la necesidad presente, pudieron reducir a piedad la fuerza de la ira» (54).

Dudoso por lo sucedido y aún molesto por haber perdido la pista al coche, Leonardo decide volver a casa de Clenarda. Cuando llega, ve que de ella sale Feliciano, que ha vuelto para guardar unas joyas que una de las señoras se ha dejado descuidadas fuera de un escritorio y tiene prisa, por lo que lo emplaza para al día siguiente. Ello incrementa aún más la confusión en la que vive sumergido el protagonista, que, envuelto en imaginaciones, no sabe qué crédito dar al «casto celo» que Celia le había mostrado. Leonardo decide esperar la llegada del coche en medio de una noche oscura. Cuando llega y los dos hombres se percatan de su presencia y le piden explicaciones, él se aparta a otra calle poco frecuentada e, indignado, acomete contra los dos, que como él, caen heridos; cuando uno de ellos parece reconocerlo por la voz, él se percata de que parece Feliciano y, desconcertado, huye hacia su casa, donde prepara una coartada y se esconde junto a uno de sus criados.<sup>29</sup> Clenarda y las tres jóvenes quedan dudosas de lo que ha podido suceder y a la mañana siguiente se informan, enterándose también de la sospechosa ausencia de Leonardo. Es el momento en que se ponen a prueba los sentimientos de Celia, puesto que Octavio, criado de Clenarda, ha visto cómo Leonardo acompañaba la noche anterior a una mujer y desmiente su coartada. Afortunadamente, el caso no llega a la justicia.

Ocho días después y aprovechando la visita de Anarda a Clenarda, Leonardo les hace llegar mediante un criado regalos y cartas; cuando éste consigue estar a solas con Celia, le entrega una joya de oro y diamantes como obsequio y un papel, en el que Leonardo insta a Celia a reunirse con él pasados tres días. Ella acepta, aunque se muestra prudente. Llegada la noche acordada, el protagonista se presenta a la cita, pero aparece Belisa, una de las criadas de Celia, que después de recibir un obsequio del galán avisa a su dueña.

Llega la declaración de Celia y las pertinentes explicaciones de Leonardo ante lo sucedido la noche en que acompañaba a la misteriosa dama en peligro. Es el momento en que se aclaran definitivamente todas las confusiones acumuladas en el relato, especialmente la que atañe a los personajes de Carlos y Feliciano: Celia le revela a Leonardo que ambos pretendientes están «concertados de casar con Laura y Fenisa» después de su inminente recuperación; se relatan, además, los detalles de lo

---

<sup>29</sup> La pendencia con Carlos y Feliciano representa el punto más álgido del relato y el momento a partir del cual se empiezan a desvelar las incógnitas que se habían venido diseminando hasta ahora.

acontecido la noche de la pendencia, ahora desde una perspectiva que aún no conocíamos, como es la de Celia; por último, Leonardo sabrá también que no fue reconocido ese día por Feliciano y que, tanto él como su amigo, lejos de guardarle algún rencor, se preciarían de saber quién fue el hombre con el que tuvieron la disputa, para sellar con él un compromiso de perpetua amistad por la valentía demostrada. Por su parte, ante las explicaciones de Celia, Leonardo confiesa cuales fueron las razones de su ausencia y cómo aquella noche no pudo evitar la reyerta, y decide aguardar a que Carlos y Feliciano sanen del todo las heridas para preparar su encuentro con ellos y reparar el daño cometido. Entre tanto y una vez los amantes se han declarado, acuerdan seguir viéndose cada noche.

Finalmente, Leonardo citará a su amigo Feliciano en la Puerta de Alcalá y allí le confesará todo lo sucedido. Feliciano muestra su agradecimiento, «poniendo en más estrecho lazo la amistad para adelante», y promete no contar nada de lo ocurrido a Carlos y, así, zanjar la cuestión. La novela concluye con la boda de los tres amigos, la noticia del feliz final de la mujer a la que Leonardo había ayudado —confirmándose que había sido acusada injustamente—, y con una moraleja que sirve de colofón y en la que se pondera la virtud de los buenos actos y el hecho de ser agradecido.

Este detallado resumen del argumento de la novela nos permite apreciar la monotonía espacio-temporal de la historia, además de su entronque puramente cortesano. El tema amoroso centra la atención de todo el relato,<sup>30</sup> los personajes son arquetípicos y el planteamiento argumental sigue la pauta de lo esperado: encuentro y enamoramiento, proceso de seducción, irrupción de algunas dificultades y lucha por vencerlas, y final feliz con un designio didáctico. Todo ello le confiere a la novela una uniformidad manifiesta de caracteres, situaciones y conflictos, que a menudo dificultan el avance de la acción. No obstante, gran parte de la confusión a la que somos sometidos como lectores a lo largo de la novela va en paralelo a la que sufre el protagonista, y es fruto del perspectivismo aplicado por Moreno en su relato, a través del cual vamos descubriendo las verdaderas intenciones de los personajes a medida que se van deshaciendo algunos equívocos. De este modo, la acción avanza mediante un crescendo de interrogantes que desencadenan el episodio de la pendencia, y que se

---

<sup>30</sup> Miguel Moreno, como Camerino u otros muchos autores del momento, no es un teórico ni un innovador en cuestiones amorosas. Su tratamiento del tema se inserta dentro de la tradición del amor cortés y el neoplatonismo, de la que recoge sus aspectos más superficiales. Véase López Díaz, «Un novelista poco conocido: José Camerino y sus *Novelas amorosas*», *Revista de Filología*, 8, 1992, 291-298.

van resolviendo a partir de ahí, saliendo a la luz las verdaderas intenciones de todos los implicados en la historia. La causa de esta simplicidad argumental radica en que el autor centra toda su atención en los aspectos más relacionados con el carácter de sus personajes, y en los cambios y las luchas internas que experimentan por amor. Es precisamente en ese contexto en el que Moreno destila su mejor prosa y hace alarde de su ingenioso y original estilo, que —y como ya apuntaba en su día Cotarelo (1906: 10)— «los inteligentes y amantes del arte en la expresión oral de los pensamientos saborearán con placer».

## La presente edición

La edición que el lector tiene en sus manos parte de la transcripción de la edición *princeps* de 1628, que aparece publicada sin lugar de impresión. He utilizado el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid con signatura R/11813, y no he tenido apenas en cuenta la edición sin anotar de 1906 publicada por E. Cotarelo y Mori en Madrid, puesto que —y a pesar de ser la que ha servido de referencia a la crítica las veces que ésta se ha interesado por la obra de Moreno— se trata de un texto descuidado, plagado de variantes de lectura y deficientemente puntuado. Tan sólo me remitiré a las palabras que González Ramírez dedica a Cotarelo en la «Introducción» a su edición de *La desdicha en la constancia*, obra que —recordemos— el crítico e historiador asturiano había editado también en 1906, junto a *El cuerdo amante*, en su *Colección selecta de antiguas novelas españolas*:

Sus negligencias en el texto se cuentan por decenas, destacándose los errores por omisión y las malas lecturas que modifican radicalmente el sentido del original [...] El repertorio de estropicios que ofrece la deturpada edición de Cotarelo debe servir de toque de atención para preveniros de los estragos que contiene su colección de novelas, a la que se sigue acudiendo porque autores como Matías de los Reyes o Sanz del Castillo aún esperan una reedición moderna con criterios contrastados, mientras que otros, como Juan de Piña, a pesar de haber sido rescatados, han quedado sepultados en tesis doctorales inaccesibles (2012: 33-35).

El punto de partida es, por tanto, prácticamente el mismo que adoptaríamos ante una primera edición del texto, con lo que esto supone de riesgo ecdótico para el

editor. Las intervenciones *ope ingenii*, aunque no han sido muchas, puesto que el texto se imprimió con una gran pulcritud, se señalan en nota a pie de página. No se han especificado, no obstante, las correcciones producidas por errores evidentes, como pueden ser las omisiones o adiciones gráficas en el interior de palabra, o las reduplicaciones —a no ser que correspondan a expresiones enteras—.

La norma general para la edición del texto parte del criterio de modernización: así, se han modernizado las grafías sin valor fonético y que no tienen relevancia lingüística en el siglo XVII (como las variaciones entre los grupos /j-x-g/, /s-ss-ʃ/, /c-z-ç/ o /s,x/, el uso de *h*, etc.); se ha optado por separar las contracciones de Preposición + Demostrativo («de esta» en lugar de «desta») o Preposición + Pronombre personal («de él» en lugar de «dél»), pero se ha mantenido la contracción, en cambio, en unos pocos casos que se han acompañado también de su correspondiente nota a pie de página («entrambos» en lugar de «entre ambos», «esotra» en lugar de «esa otra», «estotra» en lugar de «esta otra»); y se han desarrollado, asimismo, las abreviaturas («cuando» en lugar de «cuãdo», «que» en lugar de «q», «tãbién» en lugar de «también», etc.; «vuestra merced» en lugar de «V.S.»). En algún ejemplo se ha conservado la presencia o ausencia de grupos cultos («reprehender» en lugar de «reprender», «vitoria» en lugar de «victoria»); cuando no, se ha elegido la única forma registrada en el *DRAE* («extraño» en lugar de «estraño»). Se divide la palabra *porque* cuando funciona como *para que*, y se mantiene *quien* por *quienes*, práctica generalizada durante la época. También quedan tal cual las abundantes manifestaciones leístas, laístas o loístas que, aunque pueden dificultar en ocasiones la comprensión del texto, forman parte de los rasgos dialectales propios del autor.

Modernizo las mayúsculas, la puntuación y la acentuación siguiendo las nuevas normas ortográficas de la Real Academia Española, aunque acentúo el adverbio *sólo* y los demostrativos cuando es necesario para evitar ambigüedades. Las formas verbales con pronombres enclíticos se acentúan gráficamente o no, siguiendo igualmente las reglas generales de acentuación de la RAE (tiéneme, abrazole, júntase, metéisnos...).

Esta edición va acompañada de notas sintácticas, léxicas, semánticas e históricas, de *realia*, algunas de las cuales no son más que textos literarios de la época que ofrecen otros contextos comparativos; otras son o notas aclaratorias, o referencias a estudios críticos y ediciones en los cuales encuentra el lector más datos, detalles y análisis. Con esta primera edición moderna de *El cuerdo amante* se pretende, ante

todo, facilitar a los lectores actuales la comprensión de uno de los textos olvidados de nuestro barroco, además de proponer un punto de partida, mejorable sin duda en innumerables aspectos, que conduzca a posteriores estudios más pormenorizados de la obra. Mi objetivo primordial ha sido, pues, darla a conocer y situarla en las coordenadas ideológicas de su autor y de la ficción del XVII. Si para ello he cometido algún error, pido disculpas de antemano.<sup>31</sup> Vale.

---

<sup>31</sup> Doy las gracias al profesor Guillermo Serés por dirigir este trabajo, por su ayuda y por su paciencia, así como a las profesoras Montserrat Amores y María Jesús Machuca, encargadas de las labores de coordinación del mismo. A mi mujer Carme y a mi hija Martina, por su amor e infinita comprensión, se lo dedico.

EL  
**CUERDO**  
AMANTE

POR  
MIGUEL MORENO

*A D. DIEGO JIMÉNEZ*  
*de Enciso y Zúñiga*

Año M.DC.XXVIII.

## A DON DIEGO JIMÉNEZ DE ENCISO Y ZÚÑIGA.<sup>1</sup>

Considerando que los graves empleos de su talento de vuestra merced necesitan más de alivio al espíritu que de aumentos al peso que oprimiera a fuerzas menores,<sup>2</sup> propuse hacerle una ofrenda de recreación.<sup>3</sup> Con este intento adorné de la desaseada gala de mi ingenio el asunto que remito. Ya que de mi parte será justo desconfiar el acierto del favor que vuestra merced me hace, osaré esperar que halló —si no las elevaciones encumbradas que se humillan a la alteza de su pensamiento— algún favor de deleite digno de los agrados de su gusto. Los que bien sienten juzgarán que,<sup>4</sup> en calificar con tal dueño tan humilde trabajo,<sup>5</sup> supe disculparme si me concedo su aprobación, y vuestra merced, en recibirle y patrocinarle, hará lo que pude prometerme de quien es.

Miguel Moreno.

---

<sup>1</sup> Don Diego Jiménez de Enciso y Zúñiga (Sevilla, 1585 – Sevilla, 1634) fue, además de dramaturgo, veinticuatro de Sevilla desde 1613 y teniente mayor y tesorero de la Casa de Contratación, y obtuvo el hábito de Santiago en 1623. Alternó la vida en su ciudad natal con una temporal estada en la corte y, tras volver de nuevo a Sevilla en 1625, le fue otorgado el cargo de alguacil mayor y la alcaldía de los Reales Alcázares. Como dramaturgo, de él se conservan diez piezas, ocho de las cuales de carácter histórico, de un estilo sobrio y poco afectado y escritas con una gran habilidad versificadora y fuerza dramática. Tal vez su obra más famosa es *El príncipe don Carlos*, representada en Palacio en octubre de 1622. Posteriormente, durante la celebración de la jura en Cortes del príncipe Baltasar Carlos en 1632, se representó su *Júpiter vengado*, con aparato escénico de Cosme Lotti. Recibió elogios de Lope de Vega en el canto XIX de la *Jerusalén conquistada* (1609) y en su *Laurel de Apolo* de 1630, así como de Juan Pérez de Montalbán, o incluso del mismo Cervantes. Su obra más celebrada en el siglo XVII fue su drama político *Los Médicis de Florencia*.

<sup>2</sup> *talento*: ‘entendimiento’.

<sup>3</sup> ‘diversión para alivio del trabajo’.

<sup>4</sup> *sienten*: ‘opinan, forman parecer o dictamen acerca de alguna cosa’.

<sup>5</sup> *calificar*: ‘ennoblecere, ilustrar, acreditar’.

## A ANTONIO LÓPEZ DE VEGA,<sup>6</sup> secretario del condestable de Castilla.<sup>7</sup>

El título de este papel —como vuestra merced verá— es *El cuerdo amante*. Asunto notable, por lo que parece, tienen de incompatibles amor y cordura. Va tratado —según mi juicio— dando al amor lo que le pertenece y no quitando a la prudencia el imperio que debe tener sobre la pasión, puesto que hasta ver su censura dudaré si acerté el argumento.<sup>8</sup>

Mi temor es en todo mayor que mi ingenio y, superior a uno y otro, la docilidad con que me rindo a corrección; que tuviera por grave culpa ser necio obstinado. Sobre desengaño tan precioso, asienta bien el amor y consejo del docto amigo, pues producirá enseñanza y enmienda: jamás dirijo a otro fin la consulta que hago de mis borrones y, como siempre respeto por maestros a los que consulto, sintiera por traición que, obligándolos con sujeción humilde,<sup>9</sup> respondieran con falsa lisonja.<sup>10</sup> No diga que tiene amigos quien no les merece sanas y fieles advertencias,<sup>11</sup> especialmente en las cosas que llegan a la indispensable reverencia de la reputación y pasan al sagrado inviolable del juicio, si ya no es que se disculpan con que no hallan capacidad que las admita, como sucede a la medicina en el mal irremediable.

Tiéneme con cuidado —no menor— el lenguaje, que, aunque soy castellano fino, ignoro si hablo finamente la lengua castellana. Sentencia de Aristóteles dicen que

---

<sup>6</sup> Antonio López da Veiga (Lisboa, 1586 – Madrid, 1655) fue poeta, filósofo, moralista, crítico literario y arbitrista hispanoportugués. Sobrino y protegido del teólogo agustino, también de origen portugués, Diego López de Andrade, se formó en Alcalá de Henares, donde estudió cánones y leyes, y frecuentó los ambientes intelectuales y artísticos. Su primera publicación en la Corte data de 1614, a raíz de su participación en un certamen poético durante las fiestas de beatificación de Teresa de Jesús, y en 1620 publica *Lírica poesía*, que fue elogiada por Lope de Vega en *El laurel de Apolo*. Sus ideas literarias sobre preceptiva las publicó en el «Diálogo de los poetas», incluido en su obra *Heráclito y Demócrito*, donde teoriza sobre el teatro desde una postura claramente anticonceptista. Como moralista y filósofo fue un gran conocedor de Séneca y del neoestoicismo, como se refleja en los seis diálogos de sus *Paradojas racionales*. En el siglo XVIII fue un escritor muy apreciado por su talante clasicista y espíritu crítico.

<sup>7</sup> Antonio López de Vega fue secretario de Bernardino Fernández de Velasco y Tovar (1609-1652), duque de Frías, marqués de Berlanga, conde de Haro y condestable de Castilla. En la Edad Media, el condestable ostentaba el cargo más importante de la milicia y era el máximo representante del rey en ausencia del mismo; tenía derecho a pendón, mazas, reyes de armas, y a las llaves de la ciudad donde residía el monarca, además de ser un cargo vitalicio y, desde el año 1473, hereditario. En Castilla la figura fue creada por el rey Juan I en el año 1382.

<sup>8</sup> *puesto que*: con valor adversativo, ‘aunque’, ‘a pesar de que’.

<sup>9</sup> *obligándolos*: vale por «atraer la voluntad o la benevolencia de otro, con beneficios o agasajos, para tenerle propicio cuando le necesitare» (*Aut.*).

<sup>10</sup> ‘alabanza’.

<sup>11</sup> ‘consejos, enseñanzas’.

condena por bajo —aunque claro— el estilo que se ejercita con palabras propias y naturales, y constituye en alteza el que va adornado de forasteras y peregrinas.<sup>12</sup> No disputo la inteligencia de este lugar; la exposición cierta remito a vuestra merced, para que juntamente vea si cuadra al vestido y adorno de mi asunto. Sólo sé que soy católico en la lengua en que nací y, pues en ella se han salvado tan insignes escritos, no he de desnaturalizarme buscando livianamente condenación a los míos.<sup>13</sup> Sea hereje contra ella quien quisiere, desconociendo los seguros tesoros que encierra y dándose a imaginar que puede ser dogmatizador de nuevas frases y términos, que para esto hay tribunal de inquisición de críticos, cuya exacta censura es la verdadera determinación y el más abrasante castigo de este género de delincuentes.<sup>14</sup> Si la hermosura y aseo que nos comunica nuestra lengua padeciera la esterilidad antigua y mendigara socorros, debido era dárselos, pero estando tan fértil, por suficiencia y tan venerables cultores, es hacer necesitada a la riqueza.

Peregrino lograra ser en la agudeza de los pensamientos,<sup>15</sup> no en el traje que los explica, si, por mal organizado, es ridículo en la novedad y dañoso en la opinión. Expresar un sutil concepto en un periodo conciso, con los verbos inexcusables en el romance castellano, de manera que se ofrezca hermoso y el entendimiento que le va percibiendo quede descansado, es elegancia magistral; pero quitarle la dulzura y gracia con la dureza escabrosa de la transposición del sentido y usurpación de verbos, es indignar a la inteligencia y al gusto, en vez de irles obligando.<sup>16</sup> Con pretexto de cultura se abortan disfraces y sombras tan vanos que producen dos efectos:<sup>17</sup> el primero es no mudar la sustancia de lo que encubren y, si en el sujeto no la hay, visten

---

<sup>12</sup> La *Poética* de Aristóteles fue redescubierta a partir de la traducción al latín de Giorgio Valla, publicada en Venecia en 1498. El carácter esotérico del texto no impidió una amplia difusión de sus ideas, algunas de ellas reducidas a píldoras en misceláneas, tratados científicos y otros géneros literarios. El estagirita, Platón, y Horacio componen el triunvirato de *auctoritates* máximas del Renacimiento.

<sup>13</sup> *livianamente*: ‘fácilmente’.

<sup>14</sup> *determinación*: ‘resolución, decisión’. Moreno está desarrollando a lo largo de toda su argumentación una metáfora lingüístico-religiosa con la que subraya su «católica» fidelidad a la lengua castellana y su firme voluntad de no desnaturalizarse utilizando voces y expresiones *forasteras* y *peregrinas*. Desde esa perspectiva acusa de herejes, sobre los que debe caer el peso de la censura, a los escritores que ignoran los *tesoros* que encierra la lengua castellana y que, por ello, pretenden crear artificios que no son propios de ella. Cabe recordar que en el Siglo de Oro los textos eran sometidos tanto a un control preventivo, llevado a cabo por el Consejo Real, como a una censura inquisitorial represiva, posterior a la publicación y circulación de los escritos, que era la que específicamente competía al Santo Oficio.

<sup>15</sup> Enmienda de la *príncipe*, que presenta ‘peregrino holgara ser’.

<sup>16</sup> Aquí ‘ligando’, ‘moviendo eficazmente, a voluntad’.

<sup>17</sup> *abortar*: en sentido metafórico «malparir o parir fuera de tiempo» (*Aut.*).

de defectos al desaliño; el segundo, que si hay alguna, la privan de conocimiento y alabanza con la obscuridad afectada.

Las singularidades han menester mucha ciencia, mucho juicio y mucha dicha para ser recibidas con aplauso y colocadas en aprobación, y habiendo de constar de calidades tan altas y de tan dificultosa unión,<sup>18</sup> son —no concurriendo— un peligroso sacrificio ministrado de su autor a la atención general,<sup>19</sup> que eterniza su descrédito. Soy de parecer que es sabio intento dejar que logre su posesión quien tan justamente la goza y reconocer por empresa difícil despojarla, mayormente siendo tan cierto que flacas fuerzas no pueden ascender a insuperables conquistas. Procurar lugar entre los buenos es discreto cuidado, y venerar a los mejores —desvelándose por imitarlos— indicio de cabal seso.<sup>20</sup> Prudente discurrir es considerar que los que les han seguido y siguen en las edades pasadas y presente son la mayor parte, y en temeridad toca pensar que tantos se engañaron y querer desquiciar lo que está asentado en tanta firmeza. Los que verdaderamente saben siempre buscan y eligen lo mejor, y, si no variaron, es maravillosa prueba de que debieron permanecer.

Finalmente digo que puede criar Dios hombres singulares, pero si la valentía de sus obras y estimable persuasión de los fundamentos de su doctrina, especulado a las luces más claras, no les concede en la observancia común y escuela universal el atributo que ellos usurpan, vienen a ser infelices tiranos. Suplico a vuestra merced le vea, no dando por perdido el tiempo que vacare a más útil diversión, acordándose de que las fatigas a que obligan los amigos se acompañan, por la naturaleza de la amistad, de suavidad que las hace menores, y me responda su sentimiento,<sup>21</sup> que en fe de él osaré cumplir el voto que he hecho de este trabajo a quien le dediqué.

Miguel Moreno.

---

<sup>18</sup> *calidades*: ‘cualidades’.

<sup>19</sup> *ministrado*: ‘servido, suministrado’.

<sup>20</sup> «Se toma por juicio, cordura, prudencia o madurez» (*Aut.*).

<sup>21</sup> ‘dictamen, juicio, opinión’.

## RESPUESTA

Si por larga experiencia no me constara del modesto natural de vuestra merced, pudiera tener disculpa, después de vista la novela que remite a mi juicio, de creer que me pedía antes alabanzas que censura: que de quien con tanto ingenio inventa, con tanta cordura dispone y con tanta elegancia explica, no se debe presumir que ignora lo que hizo. Bástale a este género de composición, sobre el caudal de buena imaginativa y buen discurso, el estudio de las observaciones cortesanas: no necesita precisamente de afectados rigores de arte. Y así, aunque sabemos que dio vuestra merced sus años a diferente ejercicio que el de las escuelas —si bien no sin provecho de la república, con desgracia de las ciencias—, no le lisonjea quien le dice que escribe estos y semejantes papeles con ojos de todo abiertos y con noticia suficiente para acertarlos.<sup>22</sup> De lo general del ingenio, este es el juicio que siempre hice.

De lo particular de esta novela afirmo desengañadamente que excede en el argumento a algunas que he visto y alabado de vuestra merced, y a todas las que en lengua castellana merecen estimación, y que será hacer mucha de las más presumidas de Italia el ponerla a su lado. Tiene novedad y tiene suspensión, continuadas y aun apretadas hasta el fin.<sup>23</sup> Y supo vuestra merced de suerte hacer a Amor prudente,<sup>24</sup> que deja no sólo posible, mas conveniente a la prudencia el ser enamorada,<sup>25</sup> ajustando con tanta conformidad los afectos al dictamen de la razón, que no parece que le obedecen, sino que nacen de ella, enmendando o desvaneciendo así la corrupción de la naturaleza, en quien se tenía por imposible caber tanta paz. No pondero particularidades, porque por cualquiera parte que la abra aquella parece que lo pide de justicia,<sup>26</sup> y quedo embarazado y temeroso de ofender a las demás;<sup>27</sup> esto en cuanto a la traza y disposición de ella.<sup>28</sup>

---

<sup>22</sup> *noticia*: «ciencia o conocimiento de las cosas» (*Aut.*); *acertarlos*: «decir bien y al caso alguna cosa, o hacerla con tanta felicidad que se consiga el fin que se desea o a que se destina y dirige» (*Aut.*).

<sup>23</sup> *aun*: 'hasta'.

<sup>24</sup> *de suerte*: 'de manera'; hemos mantenido la mayúscula en *Amor* —que aparece en casi todos los ejemplos de la palabra en la edición príncipe, como es frecuente en el Siglo de Oro— sólo en los contextos que pudieran llevar a algún tipo de equívoco. Desde la Edad Media una de las formas de *Amor* que más aparece en los textos es la de la personificación del amor como figura visionaria, claramente diferenciada de la imagen clásica, pero dotada de lo que se podría llamar una «realidad emocional» (R. Romojaro 1998: 155).

<sup>25</sup> *mas*: 'sino'.

<sup>26</sup> *cualquiera*: 'cualquier'.

<sup>27</sup> *embarazado*: Covarrubias da 'impedido', en el sentido metafórico actual de 'paralizado'.

<sup>28</sup> *traza*: 'diseño'.

Los versos son enamorados y afectuosos, que basta para quien no profesa la ociosidad escrupulosa de la cultura. En lo que toca al ornato de la locución, habla vuestra merced con la fineza con que siente, y no sólo propia, mas también galanamente.<sup>29</sup> Y advierto que no es la propiedad que alabo la que se opone a la metáfora, sino la que respeta lo legítimo del idioma y tiene su lugar también en las traslaciones y demás colores retóricos.<sup>30</sup> De forma que, sin exceder ni violentar los términos de la lengua, se puede ornar con todos,<sup>31</sup> y orna vuestra merced con mucha conveniencia la oración. Al que contra esto alegare el lugar de Aristóteles que vuestra merced apunta en su billete,<sup>32</sup> seguramente se le puede responder que no le entiende. Porque, en cuanto a la propiedad de las voces que parece desacredita, no es de la que habla el filósofo la de un idioma respecto de otro, sino la con que derechamente en cualquiera significan los vocablos a las cosas:<sup>33</sup> como llamar risa al reírse y llanto al llorar —que aplicado lo uno al campo y lo otro a la aurora fueran metáforas—. Y esto dice que, continuado sin mezcla de realces metafóricos, hace la oración clara pero humilde,<sup>34</sup> como la frecuencia o continuación de translaciones confusa y fastidiosa, siendo el medio lugar siempre destinado a la virtud.<sup>35</sup> Y en la aprobación de palabras forasteras, de cuya judiciosa y moderada elección,<sup>36</sup> mezcladas entre las varias especies de peregrinas que allí distingue, dice que resulta el estilo grave y magnífico, se ha de advertir que trata de la locución de la tragedia y del poema heroico, a quien conviene y aun es forzosa semejante forma de vestido; y más al segundo, por no ser representación y pedir más admiración que verisimilitud en el lenguaje.

Juzgue vuestra merced ahora con qué conveniencia se trae este lugar —aun cuando admitiera el sentido de que vuestra merced se teme— para precepto de los estilos de la prosa, a cuya elegancia, por sentencia de todos los retóricos, no sólo afea o, por mejor decir, estorba o deshace cualquiera sombra de oscuridad,<sup>37</sup> más aún de afectación. Verdad sea que a la locución de estas fábulas, por lo que tienen de

<sup>29</sup> ‘con gala, elegancia y discreción’.

<sup>30</sup> *traslaciones*: ‘metáforas’.

<sup>31</sup> *ornar*: ‘adornar’.

<sup>32</sup> «Papel pequeño doblado en formas diversas, con que recíprocamente se comunica la gente en cosas de poca consecuencia» (*Aut.*).

<sup>33</sup> *derechamente*: ‘justamente’.

<sup>34</sup> ‘pobre, de poca altura’.

<sup>35</sup> Alude A. López de Vega a la clásica *aurea mediocritas*, actitud de conformidad con un término medio alejado de cualquier tipo de exceso, tal como expresan, por ejemplo, Horacio y Séneca, pero que se remonta a los poetas y filósofos griegos. En este caso, el autor lisboeta defiende un estilo ni demasiado ampuloso y lleno de artificio ni, por claro, demasiado pobre.

<sup>36</sup> *judiciosa*: ‘juiciosa’.

<sup>37</sup> ‘oscuridad’.

poéticas, se permite mayor copia de flores retóricas, y así no las condenará justamente por afectadas quien las hallare escritas con más adornos de los que consiente el histórico y aun el orador. Pero querer ampliar esta licencia a introducción de vocablos extranjeros, a transposiciones y colocación meramente poética, es hacerse insolente con la permisión y ultrajar la propia lengua en el sitio más conveniente para honrarla, y donde se le debía permitir la ostentación de sus legítimas galas.

Muchos, señor, son los que escriben, raros los que escriben como deben.<sup>38</sup> A vuestra merced le tienen los que bien sienten, por uno de los segundos, y al que presumiere hacerle sombra, las de sus mismos escritos le castigarán el sacrilegio haciéndole ridículo. A mí me tenga vuestra merced por uno de sus fieles. Y si a mi voto se le ha de dar la honra de su crédito,<sup>39</sup> juzgo no sólo por decente, mas por obligatorio el ilustrar vuestra merced su lengua y su patria con esta y con semejantes luces de su ingenio.

Antonio López de Vega.

---

<sup>38</sup> *raros*: ‘pocos’.

<sup>39</sup> *voto*: ‘dictamen, parecer’.

## EL CUERDO AMANTE

Nació la hermosa Celia en Madrid, y con ella las gracias por quien fue milagro de su tiempo y será su memoria venerada en todos. La nobleza de su sangre pudiera acreditarse en sus merecimientos,<sup>40</sup> y fuera grande cuando no poseyera más de la que de ellos procedía.<sup>41</sup> Querer saber pintar su ingenio y entendimiento, será justo deseo no conseguido.

En la parte que tocó a sus padres de su educación, vigilaron fuese el amor doctrina y la doctrina regalo. Faltáronla al mejor tiempo, substituyéndola por principal hacienda su calidad y loables costumbres,<sup>42</sup> y por maestro hasta que tomase estado el buen natural que la dio el cielo, y honradas obligaciones que heredaba. Fueles consuelo quedase en el amparo de Clenarda, su tía, viuda y discreta, en quien lo agradable del trato daba lugar a una descuidada o cortés llaneza. En su tutela y patrocinio, y en compañía de Laura y Fenisa, sus hijas, tuvo algún alivio su soledad. La hermosura de las dos, el grande amor que su madre las tenía, no tener padre a quien respetar, ser inclinadas a música, versos y prosas —ejercicios que, aunque honestos, son excusados las más veces en doncellas—, las daba licencias que se les debieran negar y opinión que, si no obliga a menos reverencia, basta para ser conocidas entre libres censores. No permitía al entendimiento, la tierna edad de Celia, todas las fuerzas que pide la resistencia de tan suaves daños. Como el gusto que crían es poderoso a engañar o divertir a espíritus más auxiliados de prudencia,<sup>43</sup> pudo acreditar en ella el que llegó a tener por decente entretenimiento en las primas. Campeaba de manera el verdor de los años, la inquietud de la belleza y bizarría de las galas que,<sup>44</sup> por todo junto, pudiera mudar nombre la calle donde habitaban y intitularse La mayor causa de deseos.

---

<sup>40</sup> ‘méritos’.

<sup>41</sup> *cuando*: ‘aun cuando, aunque’.

<sup>42</sup> *calidad*: «prenda, parte, dote y circunstancia que concurre en algún individuo o cosa, que la hace digna de aprecio y estimación, así por lo que mira a lo interior, como a lo exterior de ella» (*Aut.*).

<sup>43</sup> Por *espíritus* se entendía una realidad fisiológica a medio camino entre el alma y el cuerpo. El amor se explica como un intercambio de *espíritus* entre los enamorados. «De aquella vista pura y excelente / salen espíritus vivos y encendidos, / y siendo por mis ojos recibidos, / no paran hasta donde el mal se siente» (*soneto VIII*, de Garcilaso).

<sup>44</sup> *bizarría*: ‘galanura, elegancia’.

Pasando por ella una noche a deshora Leonardo,<sup>45</sup> mancebo noble, rico, entendido y galán, vio cerca de la casa de Clenarda dos hombres embozados asistiendo a unos músicos que cuando llegó querían cantar o,<sup>46</sup> lo más cierto, hacer un agravio ocasionando murmuración. La poca priesa y mucha inclinación a la música le detuvo e hizo gustoso el encuentro.<sup>47</sup> Para gozar de ella, se encubrió de una casa y oyó este soneto:<sup>48</sup>

Navego en mi ambición a un bien incierto,  
 por quien vivo anhelando en pena ardiente:  
 con rendida esperanza y fe valiente  
 el golfo sulco,<sup>49</sup> sin saber el puerto.  
 En tormenta de dudas casi muerto, 5  
 sustenta Amor con ánimo eminente  
 mi tímido bajel, que humilde siente  
 naufragio que, aun dudado, es como cierto.  
 Mas no al horror del golfo, no a la duda, 10  
 no al dolor de alejarse la bonanza,  
 cederá mi constancia lo invencible.  
 Que cuando el bien su calidad no muda,  
 y en las causas de amarle no hay mudanza,  
 no importa ser dudoso si es posible.

Aún no habían despedido los últimos acentos, cuando, por otra parte de la calle, vinieron otros dos embozados y un músico, que se detuvieron casi en el mismo puesto. Luego, el músico, cumpliendo la obligación de templar,<sup>50</sup> hizo lo que le ordenaron, cantando estas décimas:<sup>51</sup>

Niña de tus mismos ojos,  
 que porque son los más bellos,  
 te ofendiera en no tenellos

<sup>45</sup> *deshora*: 'tiempo inoportuno y no conveniente'.

<sup>46</sup> *embozado*: 'cubierto el rostro por la parte inferior hasta las narices o los ojos'.

<sup>47</sup> Aun cuando la forma *prisa* aparece documentada desde el siglo XIV, *priesa* está plenamente vigente en el siglo XVII.

<sup>48</sup> Composición poética que contiene catorce versos endecasílabos distribuidos en dos cuartetos y dos tercetos, con rima consonante *ABBA* en los cuartetos y, en este caso, *ABC* en los tercetos. Cfr. 51 n.

<sup>49</sup> 'surco'.

<sup>50</sup> Vale aquí tanto por 'afinar', como por «moderar, sosegar la cólera, enojo o violencia de genio» de los demás (*Aut.*).

<sup>51</sup> Combinación métrica de diez versos octosílabos con rima *abbaaccddc*, que sólo admite punto final o dos puntos después del cuarto verso. «Las décimas son buenas para quejas, / el soneto está bien en los que aguardan, / las relaciones piden los romances, / aunque en octavas lucen por extremo. / Son los tercetos para cosas graves, / y para las de amor, las redondillas» (*Arte nuevo de hacer comedias*, 307-312).

por los más altos despojos, <sup>52</sup>	
ya que sin temer enojos,	5
dulces efectos de amor,	
te dio el alma lo mejor	
de que es dueño el albedrío,	
da luz al intento mío,	
a sombra de tu favor.	10
En viendo esas luces bellas	
de quien el sol se enamora,	
pues con más hermosa aurora	
oscurecieran estrellas,	
abrasado en las centellas	15
de fuego tan venturoso,	
quedé envidiado y dichoso,	
dando al alma por señales,	
del bien que alegra mis males,	
más gusto en menos reposo.	20
Aunque la causa hayas sido	
del incendio en que me veo,	
no funda en él mi deseo	
favor que no ha merecido:	
discretamente advertido,	25
conozco lo que sintiera	
si tanta dicha perdiera,	
que en ocasión de tal precio,	
no padecer es desprecio,	
no adorar locura fuera.	30
Pidiera mi pensamiento	
licencia para obligarte,	
si en tus ojos el amarte	
me diera merecimiento:	
no tuvo consentimiento	35
en su gracia mi osadía,	
y así en tan dulce porfía,	
pues que no se excusa amar, <sup>53</sup>	
será vida el desear,	
si gloria el premio sería.	40

De la razón de los versos, coligió Leonardo que no estaban muy favorecidos los que en ellos hablaban, si bien en lo que se siguió dieron a entender el cuidado que les obligaba: ofendidos unos de otros, se acuchillaron. No consintió el valor de Leonardo dejar de poner paz, tanto con su espada, como con razones, que tal vez son

<sup>52</sup> En este caso no se ha modernizado la forma *tenellos* ‘tenerlos’, para no trocar la rima consonante en *-éllos*.

<sup>53</sup> *pues que*: ‘puesto que’.

importantes armas.<sup>54</sup> Fue tan considerable su oposición, que los dividió, desocupando la calle y dejándole solo. Queriendo recogerse, le llamó una voz de mujer desde una reja baja y, con alguna turbación, le preguntó si era compañero de los de la pendencia, o si los había conocido, y si había algún herido: respondió a todo que no. Antes de decir otra palabra, oyeron que la justicia —que siempre tiene y es razón, más que duplicados oídos— venía a gran priesa con noticia de la cuestión. A un tiempo reparó en ello Leonardo y cerraron la ventana.<sup>55</sup> Consideró que le habían visto, y tuvo por mejor esperar seguro, que culparse temeroso. No le libró de prisión decir la verdad, que ya que no por cómplice, fue tenido por testigo de la causa y de lo sucedido, y preso hubo de pasar la noche adonde lo son los más alegres días.

La que le habló a la ventana fue Celia, que, con Laura y Fenisa, había estado atendiendo a lo que suena bien y las más veces produce mal. Quedaron cuidadosas ellas y Clenarda —que luego lo supo— del daño que podían esperar —por no haberle esperado—, y dudosas del fin. Sentían hubiese preso, de cuya calidad no estaban informadas ni satisfechas.<sup>56</sup> Para desengañarse y sosegar, hicieron diligencia por la mañana y lo consiguieron,<sup>57</sup> que el ser conocido y bien reputado Leonardo le daba crédito en la opinión de todos. Con éste, y la confesión que —salvando inconvenientes— quiso hacer, fue suelto, ganando ocultos agradecimientos adonde por propio interés se los debían.

Ya parece que lo que sin este desmerecido disgusto pudiera ser curiosidad, se redujo a preciso cuidado de saber la causa. Este pensamiento le hizo pasar algunos días por la misma calle sin lograrle; recato o pena que le pareció procedía de la culpa de las cuchilladas. Uno de ellos vio que a una ventana alta estaba a su parecer de huésped el sol; tanta belleza la ocupaba. Quedó tan admirado, que tuviera disculpa en creerlo, si, informándose, no se desengañara de que era Celia, sobrina de Clenarda. Habiéndola obligado que reparase en su cortesía, pasó la calle tan suspenso, que le habló Feliciano —amigo suyo, a quien encontró— primero que le viese.<sup>58</sup> Quiso Feliciano acompañarle con color de un cuidado que había de comunicarle.<sup>59</sup> Discurriendo en diversas cosas, preguntó Feliciano a Leonardo cómo le iba de

---

<sup>54</sup> *tal vez*: ‘en tal ocasión’.

<sup>55</sup> *a un tiempo*: ‘simultáneamente’.

<sup>56</sup> *calidad*: aquí vale por ‘estado’.

<sup>57</sup> *diligencia*: «aplicación, actividad y cuidado que se pone en averiguar lo que se quiere saber» (*Aut.*).

<sup>58</sup> *primero*: ‘antes’.

<sup>59</sup> *color*: ‘motivo, pretexto’.

pasiones de amor: respondió que, sin duda, dependía de lo mismo lo que quería decirle.

—¿Por qué? —replicó Feliciano.

—Es gran consuelo —dijo Leonardo— hallar siempre materia dispuesta en el que es consultado.

—Así es —dijo Feliciano—, pero aún no me habéis satisfecho.

—No soy tan discreto —dijo Leonardo— que esté enamorado, ni aun lo permiten los tiempos que corren.

—Sois tanpreciado de secreto —dijo Feliciano—, que podría formar queja de vos; a los amigos como yo más lugar se debe en el pecho del amigo.

—¡Confiésolo! —dijo Leonardo—, mas lo que digo es cierto; y, cuando no lo fuera, antes puede ser esa comunicación agravio de amor y de la causa, que ofensa al mayor amigo el ocultarlo.

—Común sentencia es —dijo Feliciano— que los bienes son mayores comunicados.

—No lo niego —respondió Leonardo—, pero admite muchas limitaciones. He visto comunicar bienes con seguridad y sencillez, y reducirse a males por oírlos y juzgarlos con mala intención.

—Casi me puedo persuadir —dijo Feliciano— a que habláis ofendido, que esa doctrina cuesta o ha costado sangre.

—¡No, por Dios! —dijo Leonardo— No es precisa experiencia propia, habiendo tantos ejemplos, ni otra razón de estado más fuerte que ser justo quitar la ocasión a quien me puede igualar o ofender en ella. Y guardad esta regla en todo aquello de que se os siga reputación o gusto.

—Pues yo, Leonardo, tengo rendida el alma con la mayor razón que dio disculpa en historias amorosas. Adoro con tan justa causa, que no parece sino que fue y es la primera de mi entendimiento. Perdonad, por vida vuestra, que aunque os detenga, he de contaros mis dichas. Bien habréis visto en la calle de...

—¡No paséis adelante, Feliciano —dijo Leonardo—, si me habéis entendido! ¿Es necesario favor para algún accidente? Que en tal caso ya es inexcusable buscar amigo seguro.

Respondió Feliciano que no.

—Pues si no —dijo Leonardo—, yo os perdono la calle y el nombre de esa señora, que no quiero tener una calle menos que andar, ni obligarme a bajar los ojos cuando la

encuentre; ni que a vos, sin culpa mía, os pese alguna vez de haberme dado parte de ese pensamiento.

—Agradezco —dijo Feliciano— los preceptos y pido socorro a vuestro ingenio para lo que se me ofrece. He de celebrar con versos las paces que, después de un peligroso disgusto, me han restituido a felices principios que juzgué perdidos, y estimaré que por mí invoquéis esta vez las Musas.<sup>60</sup>

—¡Sea así! —dijo Leonardo—. Si bien, sobre lo dicho, os aconsejo que, si es posible, no enamoréis con gracias ajenas, sino con lo que merecéis y podéis, distribuyéndolo de manera que al principio ganéis opinión; después den gusto vuestras acciones, para que los fines dejen deseo de ellas.

Abrazole Feliciano y despidiose, quedando de volver el día siguiente por los versos; como lo hizo, llevando este romance:<sup>61</sup>

¡Bien hayan las dulces horas, <sup>62</sup>	
aunque fue cada una un siglo,	
que sustenté mi firmeza	
en amorosos peligros!	
¡Bien haya mi pensamiento,	5
que siempre en noble ejercicio,	
en las dudas fue cortés,	
contra el temor fue atrevido!	
¡Bien haya mi fortaleza,	
que tantas veces rendido,	10
fue mayor que mi dolor,	
fue aliento de mis suspiros!	
¡Bien hayan tantos deseos	
abrasados de sí mismos,	
pues en hielo alimentados,	15
de incendios fueron abismo!	
¡Y bien hayan, finalmente,	
desvelos tan bien nacidos,	
desdenes tan bien logrados,	
tan bien adorado olvido!	20
A todos doy parabienes	
del duro mal padecido, <sup>63</sup>	

<sup>60</sup> En la mitología griega *las Musas* eran, ordinariamente, las nueve hijas de Zeus y de la titánide Mnemósine: Calíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polimnia, Talía, Terpsícore y Urania. Eran las deidades inspiradoras de la música, pero también de todas las artes nobles, de la poesía, de la danza, e incluso de las ciencias, y presidían el pensamiento en todas sus formas: elocuencia, persuasión y sabiduría.

<sup>61</sup> Composición poética de origen y larga tradición española, con rima asonante en los versos pares. Cfr. 51 n.

<sup>62</sup> *bien hayan*: ‘para bendecir o desear bien’.

<sup>63</sup> *parabienes*: ‘felicitaciones’.

ya que la gloria mayor mis graves penas han visto. ¡Qué importa haber sido grandes, si el mal con el bien medido, era ofensa ser menor, fue deuda ser infinito! Hágase capaz mi alma, con ilustres sacrificios, de ser cuerpo de este bien, si cabe en lugar sucinto. <sup>64</sup> Consideré aún en el fin, que no pasó del principio, que sólo es amor valiente el que obliga más rendido. En noble correspondencia, muestre con discreto estilo que sólo es digno de premio quien se juzga de él indigno.	25      30    35   40
---	--

Hizo tal impresión en Leonardo la belleza de Celia, que luego se conoció esclavo de amor con los más ardientes afectos que jamás había sentido.<sup>65</sup> Encomendaba el sosiego a la memoria y hallaba en ella inquietud por descanso. Hecho árbitro de sus pensamientos, vacilaba entre infinitos que —desvelado— soñaba por remedios, y no adquiría más de la sombra de donde nacían. Si intentaba engañarse, en muchos desengaños con que se hacía argumentos, procurando venciese la razón a la pena —no olvidando si la competencia de la música fue por Celia—, quedaba engañado y afligido, reconociendo la dificultad de la vitoria.<sup>66</sup> No culpaba a los ojos, por que no le castigase la voluntad, que ya tomara este agravio por su cuenta. Acordábase, entre tiernas ansias, de la paz que le puso en la guerra que padecía y, como amaba la guerra, no daba —aun en el daño— por mal empleada la paz que fue su principio. Sólo era medio en desvelo tan grave frecuentar su calle, midiendo la turbación al recato y la intención al decoro, para que la continuación no declarase su cuidado a alguna curiosa malicia.

Llegó el día de Santiago, a quien la primavera, en cuyo florido tiempo viene, ha dado el justo renombre de Verde.<sup>67</sup> Día que siempre fue breve, siguiendo la calidad de

---

<sup>64</sup> ‘recogido’.

<sup>65</sup> *luego*: ‘en seguida, inmediatamente’.

<sup>66</sup> ‘victoria’.

<sup>67</sup> La fiesta de Santiago el Verde se celebraba en Madrid el primero de mayo y debía su nombre a la romería —que gozó de una espléndida popularidad en los siglos XVI y XVII— realizada cada año en dirección a la Ermita de San Felipe y Santiago, más conocida como Ermita de Santiago el Verde. En el

los placeres, por los muchos que ofrece a la vista el apacible soto de Manzanares,<sup>68</sup> y la hermosura y galas de damas y galanes que le ocupan. Salió a él Leonardo en un coche a aumentar melancolía en la alegría de otros,<sup>69</sup> acompañado de Leonelo, Jacinto y Gerardo, sus amigos, ingenios y buen gusto en que pudiera cualquier pesar hacer treguas con el dolor; en el de Gerardo con mayor causa, por el discreto y airoso decir. Pasearon el soto, que estaba tan fértil de recreación, que con la variedad ponía límite al deseo; que, aunque la belleza y bizarría producían infinitos, se terminaban en la misma variedad. Repararon los tres en que Leonardo no se alegraba. Antes,<sup>70</sup> sin atenderlos, gastaba la vista en mirar —vigilantísimo— los coches, de donde coligieron que sin duda le importaba. Para provocarle a hablar, dijo Gerardo:

—¿Hay gusto que se iguale a venir hoy a esta selva, sin cuidado ni penas, a ver con libertad tanta libertad?

—No por cierto —respondió Jacinto—, que aunque llaman dulce tiranía la de amor, yo repruebo todo género de tiranía.

—Verdad es —dijo Leonelo— que sería mejor se excusase, pero es calidad tan importante para conservarle, que creo no permaneciera faltando.

—Dejemos —dijo Gerardo— sutilezas de amor para la común escuela de los lastimados. Siga tan rigurosas leyes quien las ignora, que yo, a lo saludable, con licencia de Amor, de las damas y de mis señores y amigos, sólo me entiendo con la comodidad.

—Luego, ¿no os holgárades —dijo Leonelo— de ver en este soto a la causa de vuestro amor, recibiendo de sus ojos mil embajadas del alma? Pues, entre otras cosas, tiene Amor por excelencia que, en la ausencia más breve, adelanta estimación, enfurece el deseo y da mayor valor a los favores.

—No sé lo que hiciera, puesto en la ocasión —dijo Gerardo—. Sin ella, como desapasionado, juzgo que la mejor fiesta es la de casa, y lo más seguro no poner el corazón en aprieto: que a mí de cualquiera se me desmaya, cuanto más de las

---

siglo XVIII la celebración fue perdiendo afluencia de público, hasta llegar a desaparecer. Se cree que tuvo un origen pagano de adoración ante la llegada de la primavera. «A ti te lo digo moza, / óyelo tu faltriquera. / Lo verde de Santiago, / dulces y coches me cuesta: / para mí verde es el santo, / pero la salida negra», dice Quevedo en su romance *Calendario nuevo del año y fiestas que se guardan en Madrid*.

<sup>68</sup> Fue costumbre en el Madrid del XVI y XVII lo que se vino a llamar «bajar al sotillo» para indicar la asistencia a la romería del 1 de mayo, que se realizaba en las alamedas y sotos del río Manzanares, donde se encontraba la Ermita de Santiago el Verde.

<sup>69</sup> *coche*: «carro cubierto y adornado, de cuatro ruedas, que le tiran caballos o mulas» (Covarrubias).

<sup>70</sup> ‘al contrario’.

licencias que hoy da el campo.<sup>71</sup> Júntase a esto la congoja de no haber de darlo a sentir, por no convertir en aviso lo que debiera acreditar cuidados.

—Ya sabemos —dijo Jacinto— que sois devotísimo del recato; y según eso, ¿no os sujetárades a merecer con diligencias públicas?<sup>72</sup>

—Mucho lo dudo de mi condición —dijo Gerardo—, advertido de que en ellas se conocen presto causas secretas que producen daños irreparables,<sup>73</sup> consideración que me obligó a escribir este soneto:

Dé música el bisoño enamorado,<sup>74</sup>  
 ronde la calle a su querida prenda,  
 piense, ignorante, convertir la ofrenda  
 en guedejoso y femenino enfado.<sup>75</sup>  
 Anhele, satisfecho y engañado, 5  
 en inquietud incauta, que se entienda  
 con desprecio común que es su contienda  
 pública aclamación de su cuidado.  
 El templo consagrado haga terrero,<sup>76</sup>  
 profanando divinos sacrificios 10  
 con irrisión de quien está a la mira,<sup>77</sup>  
 que yo, con mi silencio y mi dinero,  
 medios, por más prudentes, más propicios,  
 mostraré a los demás que son mentira.

—Todo lo que habla y escribe Gerardo es digno de alabanza —dijo Jacinto—, pero no todos los placeres de amor se conquistan ni han de conquistar con dinero, que algo se ha de dejar a su noble naturaleza.

—No lo querrá negar Gerardo —dijo Leonelo—, sino seguir ahora la libertad que profesa, y si es que la goza, todos los que no le imitan pueden envidiarle.

—¿Por qué no la he de gozar —dijo Gerardo—, si primero que nace el deseo se vende la ocasión?

<sup>71</sup> *licencias*: «libertad inmoderada, y facultad de hacer o decir todo cuanto a uno se le antoja» (Aut.).

<sup>72</sup> *merecer*: se refiere a ‘lograr’ los favores de la amada *con diligencias públicas*, es decir, con la ayuda de las acciones de otros.

<sup>73</sup> *presto*: ‘con gran prontitud y brevedad’.

<sup>74</sup> *bisoño*: ‘principiante, inexperto, novato’. «Es voz tomada del italiano *Ho bisogno*, que aprendieron los españoles por necesidad en Italia, para pedir lo necesario» (Aut.).

<sup>75</sup> *guedejoso*: ‘de cabellera larga’. En los juramentos de fidelidad, los enamorados se entregaban ‘prendas’: pañuelos, guantes, alhajas, rizos del cabello, etc. como prueba de buena fe en los acuerdos amorosos. «Ella, con las colores / que imprime la vergüenza, / le dio de sus guedejas una trenza» (*La gatomaquia*, I).

<sup>76</sup> Aquí, utilizado en sentido irónico, «el sitio o paraje desde donde cortejaban en Palacio a las damas» (Aut.).

<sup>77</sup> *irrisión*: ‘desprecio y burla’.

—Pasa tan adelante el silencio de Leonardo —dijo Leonelo— que podríamos entender le disgusta nuestra compañía.

—Ya se queja mi agradecimiento —respondió— de esa palabra, pues es el que debo al favor que recibo, y a entrambos correspondiente mi cortesía.<sup>78</sup> Y para desengañaros de que, aunque no he hablado, he percibido los discursos, especialmente las soluciones de Gerardo, digo que podría pedirle nuestra verde edad documentos para sustentarse en flor,<sup>79</sup> libre de las molestias con que la marchitamos.

—Si tan presto los pudiéades ejecutar como oír —dijo Gerardo—, yo perdonara la gloria de ellos por la común ganancia de observarlos.

—Eso es pedir atención al auditorio —dijo Jacinto— para más versos o prosas. Y si es así, apartémonos de los coches a lo más quieto de la ribera, y allí, después de oír las reglas con que Gerardo se gobierna, hagamos fiesta a la suspensión de Leonardo con lo que trajere escrito cada uno, con condición que él ha de hacer lo mismo.

Pusiéronlo por obra y, obedeciendo el primero Gerardo, dijo:

—De mí, señores, no hay que tener lástima, que, si valen ejemplos, los que observo tienen tanta fuerza como muestran. Dando el lugar que merece a la caridad bien ordenada, soy en lo temporal principio, medio y fin de mis cuidados. Gusto de ser prójimo de todos, pero no enemigo de mí mismo. Convierto en propia utilidad el amor que solía poner en quien, si le conoce, es sólo para la suya, y así, me quiero ahora cuanto antes, engañado, me aborrecía. Para conseguirlo, es mi memoria escarmiento, comodidades mi voluntad, el entretenimiento, picardía y cautela. Halla crédito en el temor de mis costosas experiencias sólo lo que veo que pasa. Hago a los ojos dos caras de la belleza: una de lo aparente, creyendo que todo lo es; otra, de los pesares que trae consigo, conque lo blando del natural no lo parece ni los padece.<sup>80</sup> Si llegan a ser tres, con la de la necesidad, en quien tiene menos lugar el amor, porque hace menor la hermosura, miro sólo a la necesidad y con esto se convence el apetito.

Doy todo el corazón al gusto que causa ver a otros comprar desvelos que no padecí y venderles pesares que no se atrevieron a la estrella que tan provechosamente me ayuda. Muestro que me abraso donde me hielo. Profeso humildad contra daños de presunción. Doy cortesía y lisonja a buenas palabras; regalos, a quien los llevo a

---

<sup>78</sup> *entrambos*: ‘ambos’.

<sup>79</sup> *documentos*: «doctrina o enseñanza con que se procura instruir a alguno en cualquier materia, y principalmente, se toma por el aviso o consejo que se le da para que no incurra en algún yerro o defecto» (*Aut.*).

<sup>80</sup> *natural*: ‘temperamento, complexión o inclinación propia de cada uno’.

deber, partiendo siempre conmigo.<sup>81</sup> Regulo la deuda, calidad y causa, por el tiempo que corre. Reduzco lo que me piden a lo que quiero y sin daño puedo dar, dejando que padezcan las violencias del dinero los que hacen tema, gusto o punto de honra el desperdicio. Estoy desengañado de que quien se mueve por interés todo lo recibe, todo lo olvida y todo lo premia de una manera. Como dicen que el que ama se convierte en la cosa amada,<sup>82</sup> huyo de mujeres pobres, que adonde siempre es preciso el dar, no puede lucir el ánimo más poderoso, pues viene a ser forzoso lo que había de ser gala. Tengo mucha lástima a los que aman cebados,<sup>83</sup> considerando que, cuando no carezcan sino de entera satisfacción, aun estando presentes las mayores finezas, es pensión intolerable.

Guardo siempre, compuesta y prevenida, una hermosa queja que se oponga a la que se puede formar de mí, y cuando la otra quiere enfadarme, la anticipo de suerte que parece verdad el artificio, y produce perdón y premio. Según soy de desgraciado, tengo don de que me cojan los serenos en la cama las pendencias sin género de pesadumbre. Los celos —muy falso—, doylos siempre por ciertos y ahorro la necesidad de pedirlos; excuso el gusto que sacan las mujeres de verlos padecer, advertido de los delitos que cometen a sombra de las mayores obligaciones. Si alguna vez conviene pintarme ofendido para algún simulado respeto, es para quitar canas ver la distancia que hay del semblante y palabras al corazón.<sup>84</sup> Al fin, se sale mi libertad con lo que han menester mi salud y estado. Lo fácil me enfada y lo dificultoso también. Los desengañados políticos del Tercio Viejo, a quien consulto, dicen que esto es vivir.<sup>85</sup> A mí me suena bien, sabe y sale mejor. Quien sintiere lo contrario llorará arrepentimientos, cuando, por violentos o forzosos, tengan los desengaños menos valor.

Mucho gusto recibieron, encareciendo la agudeza, gracia y doctrina.

---

<sup>81</sup> *partiendo*: ‘repartiendo’.

<sup>82</sup> Parodia del tópico platónico y cristiano de la transformación de los amantes; cfr. Serés 1996 (*La transformación de los amantes*, Barcelona, Crítica, 1996).

<sup>83</sup> Calambur con ‘amancebados’, esto es, ‘que mantienen trato sexual ilícito, al margen del matrimonio’.

<sup>84</sup> *quitar canas*: de la expresión ‘quitar mil canas’, que significa ‘causar gran gusto y satisfacción’.

<sup>85</sup> El Tercio Viejo de Nápoles, junto al de Sicilia y al de Lombardía, nació con las ordenanzas de Carlos I de España de 1534 y 1536, con las que el rey formó las bases a partir de las cuales, durante los siglos XVI y XVII, las tropas españolas debían mantener su hegemonía sobre las demás naciones europeas. Decía Calderón, a propósito de los soldados de los Tercios: «y así, de modestia llenos, / a los más viejos verás / tratando de ser lo más / y de aparentar lo menos»; y, más adelante: «Aquí, en fin, la cortesía, / el buen trato, la verdad, / la firmeza, la lealtad, / el honor, la bizarría, / el crédito, la opinión, / la constancia, la paciencia, / la humildad y la obediencia, / fama, honor y vida son» (*El soldado español de los Tercios*).

—Quiera Dios, Gerardo —dijo Leonelo—, que se logren tan buenos avisos, sin que llegue tiempo en que no seáis poderoso a usar de ellos.

—Confieso que es posible en mi blando natural, pero en el ínterin que no me dejaren escarmientos,<sup>86</sup> que alabo y tengo por importantes amigos, los procuraré ejecutar. Diga Jacinto lo que le toca.

—Ya se sabe —respondió— las disculpas que merecen mis versos por lo poco que debo a las musas. Por cumplir el concierto, habrá de ser ingenio y cultura la obediencia. Diré un soneto al desengaño de una conquista que tuvo el fin que declara:

Quiso Amor que adorase un imposible,  
para aumentar su gloria en mi desvelo;  
el alma, agradecida, dio a su celo  
cuanto en dulces afectos es posible.  
Pensando conquistar el invencible 5  
pecho, que ilustra el más hermoso cielo,  
dispuse más materia a más recelo,  
tocando siempre fuerza inaccesible.  
Sin querer desengaño en desengaños,  
de hielo me abrasé contra mudanza, 10  
acreditando gustos en engaños.  
Pero faltó del bien la confianza,  
que cuando Amor permite tantos daños,  
es señal que no hay vida en la esperanza.

—A Leonelo toca ahora lo prometido —dijo Gerardo—, ¡ojámosle!

—En ocasión de grandes prendas —dijo Leonelo—, recibía favores que no osaba creer. El atrevimiento se detenía en el respeto. Cuando me pareció que podía dar menos lugar al temor, sin que el estar satisfecho llegase a ser soberbia, fue mi deseo indirectamente de estas décimas, procurando todavía conservar lo que había ganado por cortés y humilde:

Si me alejo, lo sentís;  
si me acerco, os apartáis;  
si dudo, decís que amáis;  
si creo, me desmentís:  
hacéis lo que no decís 5  
y decís lo que no hacéis;  
tanta variedad tenéis,

---

<sup>86</sup> *en el ínterin*: ‘en tanto’.

que, de admirado y confuso, a mi entendimiento excuso, con que aún vos no os entendéis.	10
Aunque mi amor os agrada, mi justo deseo os ofende, y mi pena no se entiende porque os juzgáis disculpada: hasta que estéis declarada,	15
en golfo que es tan incierto, sigo el norte, dudo el puerto, y sólo llego a entender que es querer y no querer y tenerme vivo y muerto.	20
Amor, dueño soberano del más rebelde albedrío, en mí se acredita impío, en vos resplandece humano: sin duda el arco y la mano	25
detuvo cuando os miró, y tanto en vos se agradó mi dulce herida ya hecha, que dio al aljaba la flecha por que no os merezca yo. <sup>87</sup>	30
Sola a vos ha reservado de su general prisión, pues en su jurisdicción tan segura habéis entrado: justamente os ha librado,	35
si hay tal distancia en los dos y tan bella os hizo Dios, mas ya que el alma rendí, haced que me suelte a mí, o dejad que os prenda a vos.	40

—Siempre soy de parecer —dijo Jacinto— que se mida el favor a la calidad, para que lo que es gracia no se atreva a perder el miedo al respeto. Y claro está que, cuando el estilo no lo mereciera, tendrían en la disposición que significáis buena acogida.<sup>88</sup> Estando la persona a quien se dedicaron en estado de allanar dudas, a pesar del decoro, sería jugar con cartas hechas.<sup>89</sup>

<sup>87</sup> *aljaba*: «la caja donde se llevaban las flechas» (*Aut.*).

<sup>88</sup> *significáis*: vale aquí por ‘hacéis saber, dais a entender’.

<sup>89</sup> Cfr. *Luis Pérez el Gallego*, II «... El galán / que sirve por lo entendido / con papeles estudiados, / es el fullero del vicio, / pues juega con cartas hechas».

—Así sucedió —dijo Leonelo—. Y pues nuestro deseo ha llegado a hacer treguas en el silencio de Leonardo, procuremos en la ocasión que le damos medrar el gusto que niega, alegrándonos de que hable, si bien casi forzado.

—Tiempos hay —dijo Leonardo— en que es hacer ofensa a los sentidos ejercitarlos, si aquello en que querrían ser sentidos no permite al alma que lo parezcan. Quédese esto aquí, que declararme más será confusión y no satisfaceros, y oíd este romance:

Ojos, pues yo preso vivo, no penséis que libres sois; un solo dueño tenemos, una misma es la prisión.	
Los hierros de su cadena mis dulces aciertos son, y en ser prisionero humilde, soberbios logros me doy.	5
Estime la libertad quien no adora como yo, quien menos belleza admira, quien no es digno de mi ardor.	10
Sólo viva en mi memoria lo que en la prisión ganó, y celebre mi albedrío, que contra sus leyes voy.	15
Pues sabéis, ojos, que es fuerza para vivir su favor, ministrad del alma afectos que exceden de adoración.	20
Si agradar suele el esclavo, por verse libre, al señor, cambiad el intento en mí con discreta emulación.	
Deuda es nuestra esclavitud de tan alto galardón, que aun concederse al objeto constituye obligación.	25
El primor de más decoro de vuestra jurisdicción, será parecer silencio el afecto de más voz.	30
Por tan divino respeto nunca Amor desmereció, y más si el premio consulta el consejo del honor.	35
No llegue a sentir mi dicha culpas con que sea menor,	

que al recato, hasta los celos  
consagran veneración.

40

—Lo que veo es —dijo Gerardo— que vos sois el confuso, y nosotros los satisfechos.

—¿Cómo? —replicó Leonardo.

—Porque el romance —dijo— ha cantado lo que vos entendéis que calláis. ¿De qué sirven rodeos, si tenéis ese corazón cual no le tenga quien desea vivir sobre la haz de la Tierra? Estáis celoso, desfavorecido o enojado de que haya venido al soto esa señora, si ya no es que fue sin vuestra permisión;<sup>90</sup> y lo peor, que aunque ha venido, no la veis, y metéisnos en metafísica de alma y sentidos.

—Sobra lo dicho para hombre tan llagado como publica el romance —dijo Jacinto—. <sup>91</sup> Prémiesele la significación del afecto, y dejémosle meditar en él.

Iba a proseguir Gerardo y cesó, porque de otro coche, que ocupaban cuatro o cinco mujeres tapadas, llamaron a Leonardo, que en un estribo del suyo había vuelto a su elevación. Fue, y recibieronle más tapadas. Díjoles que, llamarle tapadas, se permitía por la publicidad presente,<sup>92</sup> pero no recatarse ya tanto. Que le advirtiesen sólo de si le habían llamado como a conocido o a extraño: si como a conocido, él sabía de sí no sería tenido por grosero, y si como a extraño, merecería perdón siéndolo.

—Para lo que habéis sido llamado —dijo la una, cuya voz no conoció—, importa poco la advertencia. No os hemos de pedir nada, ni se hace con otro intento que obedecer cierto gusto que muy a la ligera nació en este coche.

—Según eso, no me toca más que oír y responder —dijo Leonardo.

—La curiosidad es parte de naturaleza en las mujeres —dijo la tapada—; de aquí procede que alguna de nosotras, habiendo dado dos o tres vueltas por esta parte, ha reparado en la profunda tristeza que mostráis y, con determinación de mujer, quiere saber la causa. ¡Por vida mía!<sup>93</sup> ¿Son pensiones de amor o amargores de matrimonio?<sup>94</sup> Que he entendido son estos dos trabajos los que más condenan a melancolía.

---

<sup>90</sup> 'permiso'.

<sup>91</sup> *llagado*: vale por 'herido' de amor.

<sup>92</sup> *publicidad*: referido a 'lo público'.

<sup>93</sup> En la *princeps* la exclamación de la tapada aparece reduplicada.

<sup>94</sup> *pensiones*: se toma por 'penas, trabajos o cuidados' (*Aut.*).

—Siendo, como soy, soltero —dijo Leonardo—, libre estoy de lo segundo y, por pobre, fuera desgracia verme sujeto a lo primero. Pero ¿qué puede importar a ese gusto saber mis penas o placeres?

—Pregunta ociosa —dijo la tapada—, pues si es amor y tratáis verdad, no hay aquí a quien le pese; y si hubiera quien se holgara, interesábadles el agradecimiento debido a tal fineza.

—Entendía —dijo Leonardo— era fuerza, y no fineza, sacrificarse en ausencia a la cosa amada.

—En rigor —dijo la tapada—,<sup>95</sup> preciso ha de ser, mas son tan peligrosas las ausencias en los hombres que, si en alguno se ve, se ha de tener por fineza, y no calidad del amor que le obliga.

—Las mujeres han dado en desacreditarnos —dijo Leonardo— sin advertir —hablando ahora como con tapadas— cuán partido anda el juego de la ingratitud. Yo sé de alguno que, sólo de ver lo que aún no conoce, lo adora de la misma manera que si el fuego que recibió por la vista fuera de favores.

—Holgárame —dijo la tapada— de conocerle, para estimarle por verdadero amante.

—A no ser demasía —dijo Leonardo—,<sup>96</sup> pidiera licencia para saber dónde le llevar.

—No lo dije por tanto —respondió—. Lo que haremos será rogar muy de veras a Dios le restituya a estado mejor; con lo cual, y con vuestra licencia, nos vamos, que es tarde.

—O en mí hay poco merecimiento —dijo Leonardo—, o en todas mucha cautela, pues no le tengo para que se me fíe el intento de esta diligencia.

—¿Qué malicia puede haber —replicó—, si no os pedimos nada? Circunstancia que arguye, o buen trato, o calidad. ¿Ni qué desmérito, si os hemos hablado por quien sois? Por ahora habréis de perdonar, que quien aquí conoció y habló, os avisará si quisiere.

Decir esto y caminar para Madrid fue todo uno. Volvió Leonardo a sus amigos, que cuidadosos le esperaban, y siguieron el mismo camino, dando por bien empleada la tarde.

---

<sup>95</sup> *en rigor*: ‘estricta, realmente’ «es giro procedente del latín escolástico, como observaba ya Luis Vives, *Adversus pseudodialecticos*, 1520» (F. Rico).

<sup>96</sup> *demasia*: ‘insolencia, descortesía’.

Al pasar a Manzanares,<sup>97</sup> vieron en medio de él detenido y con necesidad de socorro al mismo coche, y que de él le pedían a Leonardo llamándole por su nombre, conque creció la confusión.<sup>98</sup> Para darle, hizo que sus amigos se apeasen en la ribera y, poniéndose en un caballo que en ella le aguardaba, volvió al río con su coche. En él —igualando con un estribo, del otro ayudadas de él y de los cocheros— entraron tres, de cinco mujeres que iban, y salvaron el disgusto. Aquí, entendió se descubrieran y no lo hicieron; antes, dándole muchas gracias por la cortesía y ofreciendo sacarle de dudas, caminaron a gran prisa. Quisiera seguir las y desengañarse, pero mudó parecer, reparando en que no era posible dejar de ofrecerse ocasión.

Entregado a su pensamiento, le daba mayores fuerzas viendo que, a las de la voluntad, rendía su poder el albedrío, y que de éste había hecho voluntad la imaginación, y de la libertad prisión de donde no sabía salir. Predominábalo todo la imagen que en su idea se había esculpido, tomando materia de su bella forma y dando forma y estilo a padecer por la más amable materia. Miraban los ojos lo que no veían y veían allí lo que deseaban. Pedía la lengua palabras al corazón y dábale el corazón en cada palabra, para que, como en él no había más vida que el dueño por quien muriendo la pagaba, no hubiese palabra en que no fuese una vida. El entendimiento, reducido todo a inteligencias de este bien, proponía siempre nuevas inteligencias, de la gloria que encerraba, de manera que pudiera Celia, con lisonja o admiración, dudar si se debía más a sí misma que al ardiente celo de Leonardo.

Tenía amistad con Anarda, a quien el tiempo no pudo desengañar en mucho tiempo, mujer que perdió el escrúpulo en su natural. Visitola un día y hallola deseosa de verle. Hablando en cosas pendientes entre ellos, advirtió que, con mal encubierta alegría de ojos, recatada risa y falsas acciones, daba a entender que tenía qué decirle. Preguntó Leonardo el misterio, instando en que le había. Aunque Anarda se excusaba, deseosa dijo:

—Huélgome mucho que sin darme cuenta estáis tan adelante en amores.

—¿Yo enamorado, Anarda? —respondió Leonardo— ¿En qué se hecha de ver?

—Que viejo es —dijo ella— en amantes empezar negando, y confesar después más de lo que les preguntan. Cesen conmigo resistencias cuya fortaleza consiste en

<sup>97</sup> En aquel tiempo, los ríos no llevaban artículo.

<sup>98</sup> Es habitual en la literatura de la época la aparición de coches de caballos en el «sotillo», puesto que era importante conseguir cualquier tipo de caballeriza con que cruzar el río para llegar a la isla en que se ubicaba la Ermita de San Felipe y Santiago.

comunicación y tomemos el pulso al alma, que, o lo he mirado mal, o está diciendo por esos ojos que la socorra, que es grande el fuego.

—Maravíllome —dijo Leonardo— que entendáis ofendiera a la merced que de vos recibo, ocultando lo que siempre fiaría mejor de vos que de mi pecho.

—Ya no podrá dejar de ser agravio el que me hacéis —dijo Anarda—. ¿Qué hiciste el día de Santiago?

—Pasear el soto —respondió— y entretenernos con algunos versos y prosas.

—Negáis —dijo Anarda— lo que podéis, sabiendo yo que tuviste contemplación que admirar y finezas que ofrecer.

—Ahora me acuerdo —dijo Leonardo— que de un coche me llamaron unas mujeres tapadas, que aquel día anda esto con el día y la fiesta; pero, aunque desee conocerlas allí y después ayudándolas a pasar el río, no lo permitieron.

—¿Acordáraseos —dijo Anarda— de lo que se habló?

—No —dijo Leonardo—, que cosa tan accidental y que presumí no tenía más causa que conversar un rato, no lo había de encomendar a la memoria.

—¿Ni de aquello —dijo Anarda— del amigo muy abrasado en fuego que entró por la vista, que ofrecíades llevar adonde se os diese licencia?

—Es verdad —respondió Leonardo— que pasaron esas palabras.

—Reduzcamos burlas a veras —dijo Anarda— y vea yo al tal amigo, si acaso no le estoy viendo, que aunque aprieto tanto, entiendo que no es tormento el que doy; y advertid que en esto tengo tanta parte como aquellas amigas que me lo encargaron.

—Ellas tienen notable gusto —dijo Leonardo—, si andan cazando pensamientos al vuelo. Debajo de que la mía no es excusa, sino verdad, os ruego me digáis quién son.

—Dudo que las conozcáis —dijo Anarda—; y que, las conozcáis o no, eran Clenarda, Laura y Fenisa, sus hijas, y Celia, su sobrina; doncellas discretas, bizarras y hermosas.<sup>99</sup>

Perdió algún color Leonardo y, reparando la turbación con el deseo de saber, la preguntó si era muy grande la amistad que con ellas tenía.

—La que basta —dijo Anarda— para correspondernos familiarmente, reputando cada una por propio el gusto de todas.

—¿En efecto —dijo Leonardo— sois tan su amiga? ¿Tanto, tanto?

---

<sup>99</sup> *bizarras*: 'lucidas, espléndidas y adornadas'.

—Sí, Leonardo —dijo Anarda—, tan su amiga soy; pero, por lo que repetís, ¿conocéislas? ¿Habéislas hablado o tenéis noticia de ellas?

—No —dijo Leonardo—, mas ya es preciso desearlo, siquiera por el curioso cuidado que las debo. ¿Qué calidad es la suya?

—No he sabido tanto de su calidad —dijo Anarda—, cuanto de su trato, que en la corte, de tanta variedad compuesta, es la mejor sangre. Si de este la hemos de inducir, considerando que por la mayor parte muestra nacimiento, inclinación y costumbres, téngolas por de buena calidad. Verdad es que Laura, Fenisa y Celia dan a la edad la alegría que honestamente permite, y que Clenarda gusta de participar de lo que perdió, mas todo se reduce a lícitos fines.

—Dijiste, si no me acuerdo mal —replicó Leonardo—, que os encargaron supiédeses lo que me preguntaste, y deseo saber la causa.

—Son Laura, Fenisa y Celia —respondió—, extrañamente, amigas de papeles,<sup>100</sup> y como os vi tan suspenso y los vuestros son estimados, demás de proponérselo,<sup>101</sup> creí que hacía el pensamiento su oficio y que el ingenio provocado de las aguas, del verdor de los campos, de tantas ninfas y,<sup>102</sup> finalmente, de toda la ocasión que daba el día, forjaba conceptos. De esto nació llamaros y pasar con mucho gusto aquel tiempo, haciendo ellas, de veros y oíros, el mismo juicio que antes las di a entender.

—¿Por qué no me hablaste vos y se descubrieron ellas? —dijo Leonardo.

—¡Pretendilo! —respondió Anarda— y por ir muy de rebozo, quedó diferido para mejor tiempo, y yo encargada de llevarles de los versos o prosas que escribís. Y así, en teniendo aviso mío de que las voy a visitar, me las daréis.

—Sea como lo ordenáis —dijo Leonardo— y corra por vuestra cuenta suplir defectos de lo que no ofrecí, pues sabéis que en mí es tan accesorio,<sup>103</sup> y que no es bien cause pesar lo que no permite presunción.

—Con mujeres tentadas por este camino, suplidos están cuando los hubiera —dijo Anarda—, que todo lo ignoran y lo más creen, engañadas en la armonía que tan bien les suena.

Despidiose Leonardo. Y si bien quisiera declararse, resistió el discurso al corazón, cosa tan importante como poco usada. Contentose, por entonces, de ver abierto

---

<sup>100</sup> ‘cartas’.

<sup>101</sup> *demás*: aquí vale por ‘fuera de’.

<sup>102</sup> *ninfa*: «Falsa divinidad que los paganos creían presidir en las aguas, ríos y fuentes... *Ninfa* se toma también por dama o señora moza» (Terreros), que es el sentido que aquí tiene.

<sup>103</sup> ‘secundario’ en el sentido de ‘no principal’.

camino para su intento. Advirtió —aunque abrasado—<sup>104</sup> que, de hacerlo, sería posible si Anarda lo comunicaba a Celia —que era a lo que se había de ordenar— se ofendiese; que puesto que no ofende amar,<sup>105</sup> debe ofender buscar medios sin tiempo, que es lo mismo que prometerse fin sin principio. Veía que no todas veces quieren las mujeres, a lo menos la que llega a ser cuerda, que entienda la mayor amiga pasión semejante, porque en las tales pesa más la vergüenza que la amistad. Juzgó por acertado esperar, pues ya no le podía faltar Anarda, y no sabía si la habría menester para con Celia. Sólo deseaba por amigo a su inclinación,<sup>106</sup> medio que vence a los demás y no quita a la calidad aquella parte que pierde entre terceras.<sup>107</sup>

Conforme al concierto,<sup>108</sup> le avisó un día de que a su instancia iban a un jardín. Señaló cuál sería; señal que entendió a su modo, o a lo menos al de Anarda, por lo que después hizo. Estando en él, la preguntó Clenarda qué había del amigo, y Laura y Fenisa si traía algún papel suyo. Respondió Anarda que sí, y que por haberle enviado cerrado poco antes de salir de casa,<sup>109</sup> no le había abierto; que ya deseaba ver si quien había hablado como libre, escribía enamorado, amparado de la licencia de la pluma. Dieron a una fuente, circundándola, el bello primor y adorno que no tenía, y abierto el papel, decía:

Amor, ya que tuviste atrevimiento,	
cuando, para vivir, sin ti vivía,	
de aprisionar al alma que tenía	
en libres desengaños su contento,	
permíteme valor, que en dulce aliento,	5
digno de hacer gloriosa tu porfía,	
declare el dueño, <sup>110</sup> que mis pasos guía	
la pena con que honró mi pensamiento.	
Aumenta en osadía tus despojos,	
corriendo a la humildad cobardes velos	10
de que justo respeto la ha vestido;	
que jamás tendrán medio mis enojos,	
juzgando por la causa los desvelos,	
si a tanto amor negases lo que pido.	

<sup>104</sup> *abrasado*: ‘avergonzado’.

<sup>105</sup> Cfr. 8 n.

<sup>106</sup> ‘afecto y amor’.

<sup>107</sup> Aquí vale por ‘alcahuetas’. *Autoridades* da «el que media entre dos para el ajuste o convenio de cosa buena, o mala».

<sup>108</sup> ‘lo pactado’.

<sup>109</sup> Entiéndase: ‘habérselo enviado’ (Leonardo) cerrado poco antes de salir de casa (Anarda).

<sup>110</sup> *dueño*, y no *dueña*, en obediencia no sólo a una antigua tradición (ya la lírica provenzal llamaba a la amada *midons* o *senhor*, en masculino), sino también porque *dueña*, usado habitualmente con el significado de ‘vieja criada’ o ‘mujer de edad’, tenía una connotación negativa (F. Rico).

—¡A la vuelta vienen más versos! —dijo Fenisa.

Echaron de ver que era así,<sup>111</sup> y leyeron estas endechas:<sup>112</sup>

Dile, Celia, a Anarda,	
si hubiere ocasión,	
que a sus ojos muero	
viviendo en su amor.	
Mujeres a solas	5
y amigas cual sois,	
mejor consultáis	
secreta pasión,	
pues serás testigo	
de que mi intención	10
merecer desea	
gracia en su favor.	
Cuéntala el cuidado,	
el gustoso ardor,	
los tiernos afectos	15
con que suyo soy.	
Siempre contemplando	
su belleza estoy,	
que Amor no permite	
otra suspensión.	20
Háblola en mi idea,	
y allí el corazón	
temblando descansa,	
teme su rigor.	
Con justo decoro,	25
hijo de su honor,	
la digo que adoro	
el bien que me dio.	
No paso adelante,	
que aunque la afición	30
permite licencia	
para un tierno error,	
la sombra venero,	
que es justa razón	
venerar deidad,	35
tan dulce ilusión.	
En ausencia, pienso	
que tendré valor	
de decirla a Anarda	
que el alma la doy.	40

<sup>111</sup> ‘así’.

<sup>112</sup> Género de metro de carácter luctuoso por lo común, cuya composición consta de coplas de cuatro versos, en este caso de seis sílabas cada uno y rima asonante en los versos pares.

Y en viendo los rayos  
 de aquel resplandor  
 cómo gloria inspira,  
 causa admiración,  
 calman los sentidos, 45  
 haciendo en mi voz  
 salva de respeto,<sup>113</sup>  
 fiesta en confusión.  
 ¿Si ausente me oprime  
 tanta turbación, 50  
 qué no hará presente  
 en su esfera el sol?  
 Harto significa  
 mi transformación,  
 lo que siento y dudo 55  
 es si lo entendió.  
 Efectos iguales,  
 pues tan nobles son,  
 a tener más dicha,  
 lucieran mejor. 60  
 Sé lo que me cuestan,  
 lo que valen no,  
 y así desconfío  
 de su galardón.  
 Tu discreto estilo 65  
 les dará primor,  
 el oro te entrego,  
 sirve de crisol.<sup>114</sup>  
 Pues tal elocuencia  
 el cielo os prestó, 70  
 la fuerza conquista  
 que ya me rindió.  
 Hechízala, Anarda,  
 pues lo quedo yo,  
 que es mujer e ingenio 75  
 fuerte persuasión.  
 Sus acciones mira  
 con alta atención,  
 que acciones tal vez  
 son lengua interior. 80  
 Advierte las prendas  
 de su estimación,<sup>115</sup>  
 seguírela el gusto  
 que buscando voy.  
 Por todos caminos, 85  
 formemos los dos

<sup>113</sup> *salva*: ‘saludo’.

<sup>114</sup> «Vaso de cierta tierra arenisca, de la hechura y forma de un medio huevo, en que los plateros funden el oro y la plata, y los acendran y acrisolan» (*Aut.*).

<sup>115</sup> *prendas*: ‘señales, pruebas, demostraciones’.

fuego para el fuego  
que al alma abrasó.

Contentoles la suavidad del estilo, votando de común acuerdo que no era posible faltar materia aunque lo hubiese negado.

—Si hemos de conocerla por lo literal —dijo Clenarda—, la señora que los trae es la querida,<sup>116</sup> pues hablan con ella.

—Si es porque me llamo Anarda, respondido está lo contrario con las muchas que hay de este nombre, y con que saca de duda poner por tercera a Celia, a quien no conoce, cuando mi edad no resistiera tales gentilezas.

—Otra razón he considerado —dijo Laura—, y es que parece que en la décima copla muda el intento, porque viene a ser la Anarda tercera desde allí adelante.

—Quede por enigma —dijo Clenarda— hasta que él la declare en nuestra casa, adonde Anarda le podrá llevar; que, por tan su amigo y por su persona, se le puede conceder.

—Bien es —dijo Fenisa— que quede así, por que no nos inclinemos todas a Celia, que, con tanto callar, pudiéramos maliciosamente creer nos enseña el juego.<sup>117</sup>

No tuvo lugar de responder Celia —que hasta allí había estado suspensa—, mas de con las colores que la salieron al rostro.<sup>118</sup>

Llegó el jardinero, y dijo que a la puerta buscaban a la señora Anarda para darle un recado. Ella preguntó quién. Respondió el jardinero que parecía criado.

—Pues entre —dijo Anarda—, que no hay de qué recatarnos.

Era, el que la buscaba, criado de Leonardo. Díjola que Leonardo, su señor, olvidando el atrevimiento para con aquellas damas, en el amor que la debía sabiendo que ella les hacía la fiesta, había tomado —de su obligación y cortesía— permiso para enviarles colación que le suplicaba recibiese la voluntad,<sup>119</sup> pues el regalo, por humilde, no merecía este nombre, y le hiciesen favor de no contarle por suyo, por que no perdiese crédito.

Acabando de dar el recado, sin dejar pronunciar respuesta, entró una curiosa y regalada merienda, de manera que, aunque quisieran excusarse de recibirla, ya no

<sup>116</sup> Entiéndase: ‘La querida por él’; sin mantener, por tanto, ‘relación amorosa ilícita’ alguna.

<sup>117</sup> «Disposición, poder o arte para conseguir alguna cosa» (*Aut.*).

<sup>118</sup> La voz *colores* es con frecuencia femenina en el Siglo de Oro.

<sup>119</sup> *colación*: «El agasajo que se da por las tardes para beber, que ordinariamente consta de dulces y algunas veces se extiende a otras cosas comestibles: como son ensaladas, fiambres, pasteles, etc.» (*Aut.*).

pudieran. Todas se espantaron del discreto término y, pareciéndoles que cada una era obligada a singular estimación, pidieron a Anarda tuviese por bien de responderle diciendo a Leonardo que deseaban conocerle y servirle. Fueles tan sazónada y bien servida, que cada bocado era alabanzas del dueño: cual encarecía la persona, cual el ingenio, cual el sentimiento y estilo en decir, y todos, los merecimientos de tales partes.

Sólo Celia, con nunca sentidos cuidados,<sup>120</sup> hacía plato al alma de nuevos pensamientos, dando tan buen lugar en ella al que se hacía Leonardo, que por tan bueno le dudara él. Sentía una blanda y agradable violencia,<sup>121</sup> que, si bien era violencia porque ignoraba haberla dado consentimiento, era juntamente amable por la suavidad con que venía.<sup>122</sup> No había hablado jamás a Leonardo, y ya no le pesara de verle. Si quería defenderse de la memoria, que le era tan favorable, ella misma la vencía, ofreciendo a la resistencia, con más viva representación, los fundamentos que la obligaban. Aún no se acordaba del nombre de Amor, y quisiera, como si por tenerle lo deseara, saber el sujeto de los versos y la causa cierta del que tácitamente declaró en el soto.<sup>123</sup> No había reparado en él muchas veces que le miró en su calle y ahora estimara saber que era ella el dueño de aquellas acciones. Acomodándose a los accidentes de esta mudanza de estado,<sup>124</sup> preciaba lo que cuando libre no veía y, con ser la cosa más amada de Leonardo y más digna de ser amada, desconfiaba de si lo que quiere Amor que desconfíe la mayor presunción y belleza. Acabando de merendar, por venir la noche, volvieron a sus casas, tan alegres de la entretenida tarde que, atribuyendo principalmente la causa a Leonardo, propusieron darla su nombre para celebrarla siempre.

El día siguiente visitó Leonardo a Anarda, a quien halló con extremo contenta. Díjole lo que había prometido a las amigas, y que sólo él sabía ser galán y discreto, pues era tanta la gala de la persona como de las obras.

—Donde sobran obligaciones —dijo Leonardo— son excusadas las gracias;<sup>125</sup> y más en mi condición, que lo que más la mueve es el gusto que me doy ejecutándola.

—Cuando libre de lisonja, es debido el agradecimiento —dijo Anarda— no se niegue, que es bien ofrecerle y aun cortesía recibirle. De lo contrario se podría colegir

<sup>120</sup> Vale aquí por «recelos o temores de lo que puede sobrevenir» (*Aut.*).

<sup>121</sup> 'fuerza, ímpetu'.

<sup>122</sup> *juntamente*: 'a un mismo tiempo'.

<sup>123</sup> *tácitamente*: 'secretamente'.

<sup>124</sup> *accidentes*: vale aquí por 'movimientos de ánimo o pasiones'.

<sup>125</sup> *excusadas*: aquí 'superfluas e inútiles'.

que el a quien se agradece no se precia de la ocasión que lo pide y la da menos valor.<sup>126</sup> ¿No bastaban los papeles, sin tan gallarda demostración?

—Fuera de la disculpa que di en mi recaudo —dijo Leonardo—,<sup>127</sup> me movió otra razón que tengo por eficaz. Paréceme que los versos es muy frío regalo, especialmente a mujeres y en el campo. Por esto quise que, si no contentaban, perdiesen el mal sabor con lo segundo, y si parecían bien, fuese duplicado el gusto.

—Todo agradó más que sabré encarecer —dijo Anarda—, y ojalá que, pues estando yo podíades, fuérades allá.

—Caso —dijo Leonardo— que eso no fuera inadvertencia, echando a perder la tarde aquellas damas, no lo pudiera acabar conmigo.<sup>128</sup> Soy de opinión que se malogra el regalo yendo tras él quien le hace. Parece que va de contado a cobrar el premio,<sup>129</sup> y tiene mucho de buena calidad lo contrario. Dar lugar a que la obra merezca por sí es cordura, pues, siendo bien empleada, no puede faltar mejor tiempo para lo demás.

—Es tan notable vuestro estilo en todo —dijo Anarda— que podríades dar leyes a todos los que pretenden en este tiempo.<sup>130</sup>

—Según eso, por pretensión tenéis la mía —replicó Leonardo.

—No sé —dijo Anarda—; yo veo, para que lo sea, cuanto debe y puede intervenir.

—Buen desvanecimiento me cogiera —dijo Leonardo— para castigo de mi sosegada humildad.<sup>131</sup> Amigo quiero ser y no pretendiente. Disculpables son los descuidos de un amigo, y muy notadas las faltas e impertinencias del amante que arrojadamente se empeña sin admisión.<sup>132</sup> Temo las dificultades que encierra el agradar por ver trocados los verdaderos caminos de merecer. Sucede conseguir el deseo saber el medio que lo dispuso, y no cuál fue el mérito. Sé lo que vale la amiga, lo que puede la necesidad, lo que facilita la ocasión, lo que destruye el vicio, lo que yerra la inclinación, las ciegas resoluciones de las mujeres, y no sé dónde asiste el gusto sin especie de tiranía. No me espanto que tenga tan buen lugar el interés, que ya conozco no hay gracia tan bien recibida como una dádiva,<sup>133</sup> pero aborrezco que haya quien piense mejor modo de pedir que estimarse y obligar dando a los merecimientos

<sup>126</sup> *colegir*: ‘inferir, deducir’.

<sup>127</sup> *recaudo*: ‘recado’.

<sup>128</sup> *acabar*: ‘conseguir, obtener, alcanzar’.

<sup>129</sup> *de contado*: ‘al instante’.

<sup>130</sup> Detrás de las palabras de Anarda parece oírse la voz del propio Miguel Moreno, que recuérdese, era «hombre erudito y versado en leyes» (B. Ripoll).

<sup>131</sup> *desvanecimiento*: ‘vanidad, presunción, soberbia’.

<sup>132</sup> *se empeña*: ‘insiste’.

<sup>133</sup> «El don, alhaja o cosa que se da y entrega graciosamente a otro» (*Aut.*).

la calidad que por codicia o desconfianza pierden. Sobre todo, lo que más me acobarda es que, como las mujeres ponen sólo de su parte el recibir, y no ven ni consideran los pasos, la congoja, la industria y tal vez la bajeza a que obliga el dar,<sup>134</sup> se pierde la mejor parte del agradecimiento. Pero confieso que este discurso no se aplica a nuestro caso, que le son muy distantes los que dan causa a creer en él.

—Huélgome —dijo Anarda— que lo confeséis, que incurriérades en grave culpa con lo contrario. No ha de padecerla, por regla general, quien la limita, hablando como habla tan dañosa experiencia, para donde es granjería el daño,<sup>135</sup> vendiendo los sentidos sin consentimiento ni interés del alma. Sea o no pretensión la vuestra, lo cierto es que allí hay mucho que pretender y en vos muchas partes para obligar; y que lo están tanto aquellas señoras, que me mandaron os diga les hagáis una visita, tanto para conoceros y hablaros, cuanto para que les declaréis aquellos versos. Vedlas, que siempre que queráis podréis, y no faltará tiempo para disputar sobre lo propuesto.

La alegría de tener licencia de ver a Clenarda, o por mejor decir, a Celia, competía con el deseo, acelerándose por sosegar en mayor desasosiego. El día que lo puso en ejecución, llegando a la puerta del cuarto de la casa de Clenarda, oyó que, de la parte de dentro, cantaba voz de hombre estos versos:

De ver a Celia en el valle dando bellezas su vista, se dan parabién las plantas, las flores se dan albricias. <sup>136</sup>	
Con la soberbia que causa la gloria de tanta dicha, a despreciar se atrevieron al sol, que sin luz se mira. Sus bellos ojos, que ufanos las disculpan y acreditan, <sup>137</sup> dieron a la primavera por gala su misma envidia. Las aves, que merecieron el aliento que respira, con él mismo celebraron el favor que comunican. Los vientos, enamorados de causa tan peregrina, ser sus efectos mostraron,	5       10       15

<sup>134</sup> *industria*: 'ingenio y sutileza, maña o artificio'.

<sup>135</sup> *granjería*: 'beneficio, ganancia'.

<sup>136</sup> 'dádivas, regalos o dones que se hacen por alguna buena nueva'.

<sup>137</sup> *ufanos*: 'alegres'.

deleitando cuanto admira.	20
No negaron su tributo	
las lisonjas cristalinas,	
dando con manos de plata	
perlas entre dulce risa. <sup>138</sup>	
Los zagales mejoraron	25
seguridad en sus dichas,	
que después de ver a Celia,	
ninguna mayor codician.	
Lisardo, el más venturoso	
que sus favores inclina,	30
hizo fiesta a sus cuidados	
cantando lo que suspira:	
«Pues que mis congojas	
tanta gloria ven,	
sin duda se acaban,	35
ya no hay que temer». <sup>139</sup>	

No fue pequeña la pena que sintió de la música, por lo que se aborrece entre amantes que ajenas gracias entretengan; piensan que lo que en ellos es disgusto, es deleite en quien no querrían que lo escuchase. Hízola más grave oír en versos el nombre de Celia, cuando preciara que no fuera conocida. Lo mismo que le detenía confuso o celoso, daba velocidad a las ardientes alas que le llevaban en su pensamiento. Compuso el semblante lo mejor que pudo, si bien desayudado del color del rostro, y procurando volver a los ojos lo que usurpó la alteración, entró. Estaba de visita Anarda, con Clenarda, Celia, Laura y Fenisa. Ninguna le llevó luego la vista —aunque pudiera— como representarle la envidia más buenas partes que quisiera en el que había cantado.<sup>140</sup> Mirole Carlos —que así se llamaba—, hombre principal, galán y mancebo, como si le fuera a dar el enojo que él se daba de que hubiese sido bien recibido; pensión inexcusable en quien ama, que se confirmaba en él con haber enmudecido, y hablar el corazón con el ceño de él.

—Es el señor Leonardo —dijo Laura a Carlos— muy amigo de Anarda, y por esto se hace de él en esta casa, donde es tan querida, la estimación debida a quien es.

<sup>138</sup> *lisonjas*: aquí se toma por ‘lo que agrada, deleita y da gusto a los sentidos’, y son *cristalinas* por venir del agua clara, de ahí las metafóricas *manos de plata* y *perlas*. Cfr. Garcilaso, *Égloga I*, 239: «corrientes aguas, puras, cristalinas, / árboles que os estáis mirando en ellas», que entronca con el tópico del *locus amoenus*.

<sup>139</sup> Concluye el poema con este romancillo de cuatro versos hexasílabos a modo de estrambote. En ellos, aunque con una temática bien distinta, parece haber reminiscencias de Santa Teresa de Jesús: «Pues el amor / nos ha dado Dios, / ya no hay que temer / muramos los dos» (*Para navidad*).

<sup>140</sup> Es decir: ‘ninguna de ellas le atrajo después la vista... tanto, como el hecho de representarle la envidia más buenas partes que él quisiera en el que había cantado’.

En esta palabra desconoció Carlos la novedad que le había causado verle,<sup>141</sup> persuadiéndose a que no lo era acudir allí. Y Leonardo se puso en más cuidado, pareciéndole que aquello era asegurar a Carlos de algún recelo.

—Cuando este caballero —dijo Carlos— no obligara con sólo su presencia, me obligara yo de aquí adelante a su servicio, por lo que merece con la señora Anarda.

—Desobligado estaréis, Leonardo —dijo Clenarda—, de agradecer el gusto que dais. Puedo decir que habéis sido deseado antes que conocido.

—En eso considero mayor mi deuda —respondió—, pues gozo favor que, después de grandes méritos, entendiera que no merecía.

—Clenarda provoca —dijo Anarda—, en lo que con vos hace, a que envidiemos su entendimiento, ejercitándole con tanta causa; y yo, que lo fui de que os conociese, la deberé siempre el interés que ganáis en ello.

—¿Quien ha de osar hablar —dijo Laura—, si ponéis término al estilo que las doncellas alcanzamos? Cesen, por vida mía, los cumplimientos, convirtiéndolos en llaneza, que ni Leonardo viene a despedirse, ni es bien que tan presto perdamos opinión.

Pareciole a Carlos que con la fiesta que hacían a Leonardo se olvidaban de él. Sentido de esto y de que fuese tanta, quiso —despidiéndose— ser cuerdo con pasión,<sup>142</sup> haciendo fácil lo que se tiene por dificultoso. Si a alguna le pesó, la mayor parte lo deseaba.

—Al fin, señor Leonardo —dijo Clenarda—, os tenemos adonde podemos dar las gracias que pide la parte que nos ha tocado de vuestro galán proceder, y adonde juntamente sabréis que podéis tener esta casa por muy vuestra.

—Y adonde también —dijo Laura— nos sacaréis de las dudas que tenemos en la inteligencia de vuestros papeles —cosa que la agradeció Celia, como más interesada.

—Esta casa ha de ser siempre prisión gustosa de mi libertad —dijo Leonardo—; y no será mucho, pues me costó prisión la primera vez que la vi, sin ofenderla con poco respeto.

—Eso querría saber —dijo Clenarda—, para pesarme de que os haya sido tan costosa.

—No lo dije por tanto —dijo Leonardo—, ni quiero que os pese de lo que me está bien, y la causa fue tan contingente, que puedo publicarla por sucedida en la calle.

---

<sup>141</sup> *desconoció*: ‘fingió, simuló’.

<sup>142</sup> *cuerdo*: ‘prudente y juicioso’.

Una noche pasé por esta, bien descuidado de convertir en delito inocentes pasos. Detúvome la suavidad de una música que en dulces consonancias daba alma a tiernos sentimientos. Acabada, llegó otra tan digna de ser oída. Como la competencia, en poderosos o ignorantes, se sujeta pocas veces a otros respetos que los suyos, se trocaron la armonía en confusión y los instrumentos en espadas. Lo poco que me importaba no impidió que la mía se pusiese en medio. Con ella reparé no pocos golpes que se tiraron,<sup>143</sup> y con buenas razones les obligué los ánimos, reduciéndoles a que se retirasen. Fui llamado de una mujer por una ventana baja, y no hube satisfecho a las breves preguntas que concede una turbación, cuando la justicia me cogió por fruto de su deseo. Quisieran en la cárcel saber lo que procuraron, para procurar lo que les negué, mas supieron quién soy, conque tuve fácilmente libertad.

—Ahora es mayor el bien de conoceros, y de la misma manera la obligación de estimaros —dijo Clenarda—. Acuérdomé muy bien de esa noche por el pesar que sin querer me dieron estas muchachas; y aunque de lo que hiciste es la intención digna de alabanza —mayormente no interviniendo otro interés—, el daño debiera ser poco si había de corresponder a la culpa. Sin embargo, os deberemos eternamente que evitádeses escándalo.

—Lo que veo es —dijo Fenisa— que todas son gentilezas en Leonardo, si juntamente advertimos lo que hizo en el soto, el río, el jardín. Y más el día del soto, que por tan enamorado como se confesó, pudimos —dando celos a su dama, que sin duda lo vio, o supo— ponerle en las mejores penas; y digo mejores porque se toma satisfacción dándolas.

—También eso, por verosímil, querría saber —dijo Clenarda—, ya que no podréis negar que sois aquel amigo, ejemplo de amantes, que queríades mostrar. Persuádome a ello reparando en el soneto y endechas que vimos.

Quien, con ligero cuidado, pusiera a este tiempo los ojos en Celia, echara de ver el que tenía, pues pendientes los suyos de las palabras que esperaba de Leonardo, parecía —tomando de lo forzoso de la modestia cuanto podía— que había de ser ella sola a quien tocasen.

—Verdad es —dijo Leonardo— que soy el que pinté tan enamorado, mas no tan dichoso, ya que lo es mi pensamiento, que diese celos; y pruébase con que dije que lo estaba sólo de haber mirado.

---

<sup>143</sup> *reparé*: ‘defendí’. Se ha añadido el adverbio de negación *no*, que no aparece en la *princeps*.

—Pues ¿qué objeto daremos —dijo Laura— al soneto y las endechas,<sup>144</sup> especialmente al encuentro de ellas, para que también entendamos si concedió Amor lo que en el soneto se pedía y si Anarda, o Celia, hizo con Celia o Anarda buen oficio? Que de las que hay aquí de este nombre, examinándolas cerca de esto, la una hubo menester responder por sí, y la otra no supo.

—Debajo de los nombres que se introducen —dijo Leonardo, mirando siempre cautamente a Celia—, habla el cuidado con quien le causa. En ellos andan disfrazados los verdaderos. La que se tiene por confusión en las endechas es que quise decirla a Celia cuanto se dirige a Anarda. Y como los atrevimientos son agradables vestidos de temor que nace de respeto, usé aquel estilo. Con esto, si ella gustaba de entenderme, quedaba entendido, y si ofendida, amparado del sagrado de Anarda para atribuirle el intento. Cuanto a la oración del soneto, hasta ahora, que es la mejor ocasión, no ha sido oída.

—Vos lo habéis dispuesto de suerte —dijo Celia— que nos dejáis satisfechas y dudosas.

—Razón será —dijo Anarda— que, pues música dio cárcel a Leonardo, se recompense aquel mal rato con dársele aquí bueno. Canten Celia y Fenisa para que le demos la admiración debida a la parte que les dio el cielo de esta gracia, y luego le oiremos a él, que no la desacredita.

Ellas respondieron mirando a Clenarda, y ella les dio con mucho gusto la licencia, que con callar la pedían. Cantó primero Celia el romance que Leonardo dio a Feliciano. Turbose de manera Leonardo oyéndole, que el sentimiento le quitaba sentidos en cada palabra. La pena que recibía le representó penas que no imaginara, advirtiéndole que había concebido conceptos para su daño. Con rigurosa prontitud, le puso luego delante la memoria discursos que ofrecían los más duros pesares. Acordábase de lo que le pasó con Feliciano cuando se le pidió, y aquellas paces que dijo quería celebrar después del disgusto, por haberle restituido al felice estado que tuvo por perdido.<sup>145</sup> Sobre todo, lo que más le afligía era que el temor aseguraba la sombra de esta congoja, con persuadirse a que aquel disgusto habría sido el que procedió de la música. Si quería inclinarse a librar a Feliciano, quedaba en pié la confusión, reparando en que podía ser Carlos amigo suyo y haberle pedido para él, pues le había hallado cantando de Celia. Pero, por que no desmereciese el favor lo que

<sup>144</sup> *objeto*: en el sentido de ‘fin o intento a que se dirige alguna cosa’.

<sup>145</sup> *felice*: ‘feliz’. «Es más usado en la poesía para ajustar los versos» (*Aut.*).

perdía por mal logrado, pagó en cortés estimación la que debía. Tomó el instrumento Fenisa y cantó estas dos letras:

Laura, si celos me das, de mi condición advierte que yo pasaré su muerte, mas tú me la pagarás.	
Si pretendes abrasarme con fuego tan ofensivo, después que tu pecho esquivo se alimenta de matarme, no pienses que por mostrarme tan rendido y amoroso te perdonaré quejoso pena en que culpada estás: que yo pasaré su muerte, mas tú me la pagarás.	5           10
Disimular un agravio, sin darse por entendido, cabe en un pecho ofendido, por castigar como sabio. Si porque no muevo el labio, aunque es tan grave el dolor, acrecientas su rigor, muy burlada te hallarás: que yo pasaré su muerte, mas tú me la pagarás.	15           20
Amor suele perdonar tal vez esta pesadumbre, pero celos de costumbre es un civil afrentar. Si te quieres engañar en su estilo y tu hermosura, no disputo si es cordura, digo que avisada estás: que yo pasaré su muerte, mas tú me la pagarás.	25           30

*Diálogo entre JULIA y MARCIA*

JULIA

Marcia, con mucho rigor  
a tu pastor has tratado.

MARCIA

Julia, todo va fundado  
en saber si tiene amor.

JULIA	¿Qué duda puedes tener sobre tanto desear?	5
MARCIA	Si finge para engañar, como suele suceder.	
JULIA	Con todo, es mucho rigor darle el bien tan dilatado. <sup>146</sup>	10
MARCIA	Julia, todo va fundado en saber si tiene amor.	
JULIA	Razón es darle esperanza, aunque de la fe te alejas.	
MARCIA	Temo que llegue a dar quejas mi justa desconfianza.	15
JULIA	Quien tan firme te ha seguido no es posible que te engañe.	
MARCIA	Mejor es me desengañe mi experiencia que su olvido.	20
JULIA	¿Para qué causas su ardor, si no le ha de ver premiado?	
MARCIA	Julia, todo va fundado en saber si tiene amor.	
JULIA	Si deseas que te quiera, mudar intento podría.	25
MARCIA	Quien ama, siempre porfía y vive de lo que espera.	
JULIA	Suele pasar la ocasión y después tarda en venir.	30
MARCIA	Mayor pesar es sentir descuidos de posesión.	
JULIA	¿Según eso, su dolor no tendrá mejor estado?	
MARCIA	Sí tendrá, que va fundado en saber si tiene amor.	35

Ya deseaban todos que llegase la vez a Leonardo para alegrarse, según le alababa Anarda. Deseando dar a entender a Celia —si fuese posible— lo que había encomendado a los ojos, que casi no había quitado de ella, lo hizo, manifestando en dulces acentos afectos que la sacrificaba en este soneto:<sup>147</sup>

Piensan los ojos que las luces bellas  
de aquel espejo en quien el sol se mira,  
cuando su resplandor al alma admira,  
advierten de mi amor dulces querellas.  
Duplican voces, consagrando en ellas  
tierno cuidado que a su centro aspira,

5

<sup>146</sup> Vale por ‘diferido, retardado’.

<sup>147</sup> *sacrificaba*: ‘obsequiaba’.

informa el corazón que allí suspira,  
ardiente causa en líquidas centellas.

Esperan, suspendiendo movimientos  
en las niñas atlantes de su celo,<sup>148</sup>  
alegres nuevas, nuevos pensamientos.

10

Mas, como luces son que habitan cielo,  
supremo objeto ocupa sus intentos,  
negando glorias al mayor desvelo.

Agradáronse tanto de oír a Leonardo que confesaron ser ellas las favorecidas. Bien le parecía a Celia que Leonardo se le inclinaba, porque no lo disimulaban las señales: pero, como el deseo duda siempre lo mismo que se incita, olvidábase de que lo podía creer, y creía desconfianzas. Para desengañarse, aconsejada con su amor, cuyo poder obra igualmente en todos sujetos, infundiendo osadía a la más tierna edad y trazas al más corto ingenio, quiso ver si el cuidado de Leonardo era el que ella quería. Habló en secreto a Laura, diciéndola que, pues por indisposición de Clenarda no habían gozado la mañana de San Juan —su santo—, pidiese en su nombre a Leonardo un romance de lo que habían perdido de ver en el paseo de la Casa del Campo.<sup>149</sup> Hízolo Laura, dando mucho contento a Leonardo, que abría en este camino para su intento. Aceptolo, conque se le había de dar licencia para hablar en él con su Celia, quedando Celia de esta condición ni alegre ni penosa.

Era ya hora de irse Anarda y hubo de acompañarla Leonardo, a quien Clenarda pidió con encarecimiento no olvidase aquella casa. Al salir de ella, encontró a Feliciano que iba a entrar, encuentro que le produjo infinitos azares y con que calificó más su sospecha.<sup>150</sup> Saludáronse con un mismo pensamiento, haciendo en ambos el recelo que no pareciesen tan amigos. Porque Feliciano no había jamás visto en aquella parte a Leonardo, y Leonardo no quisiera verle, pasó de largo Feliciano, con tanto pesar de Leonardo que, aunque iba acompañando a Anarda, le parecía —lo que estimara— que daba pasos atrás. Con más prisa que ella pensó, la dejó en su casa y volvió, siguiendo su inquietud, hacia la casa de Clenarda; no porque había de entrar,

<sup>148</sup> *atlantes*: «voz muy usada de los poetas y algunas veces en la prosa para expresar aquello que real o metafóricamente dice sustentar un gran peso» (*Aut.*). La voz se introdujo con alusión a la fábula de Atlante, rey de Mauritania, que finge sustentaba el cielo sobre sus hombros.

<sup>149</sup> La Casa de Campo está situada en el extremo occidental de la ciudad de Madrid y bordeada, en su límite oriental, por el río Manzanares. Felipe II —tras hacerse en 1562 con lo que hasta entonces era una villa con huertas, perteneciente a la familia Vargas— convierte el terreno en una villa de recreo, a semejanza de las del Renacimiento italianas.

<sup>150</sup> *azares*: ‘disgustos’.

si bien quisiera con alguna traza.<sup>151</sup> Cerca de ella vio a Carlos, a quien conoció —no obstante que era la segunda vez, y anochecido— por la imagen que el temor deja siempre en la memoria del que le percibe. Aquí creció la confusión y faltó discurso, por sobrar dañosos discursos: sólo juzgó necesario no detenerse, excusando en Feliciano y Carlos malicias que no se han de causar ni con la mayor pasión.

No quiso dilatar el descubrir luces contra su confusión, para entenderse mejor en ella. Viendo la diferencia que tiene el suceso de las competencias sabiendo o ignorando el competidor, fió de su traza que le alumbraría. Dos formas que encomendó a su propia persona eligió por fieles espías,<sup>152</sup> librándose de sujetarse a los juicios e intentos de un amigo, aunque sea de los que llaman del alma, y a las vilezas que ejemplifican criados; porque de la misma manera que en éstos no está establecida inviolablemente la lealtad, ni medida a la necesidad su industria y diligencia, falta tal vez en aquellos cabal intención, espera y agrado. No hallaba más ajustada precisión que la suya y, pudiendo contentar al corazón con asistir a todo, era de opinión ser más acertada esta regla que obligarse a reprehender a los domésticos y disimular a los iguales,<sup>153</sup> pues perdida o mal ejecutada la ocasión, no es descanso ni remedio.

Entre once y doce de la misma noche se plantó junto a la reja baja de adonde le llamaron la noche de la música. Hizo báculo de la espada desmintiendo la guarnición y,<sup>154</sup> cubierto de capa parda, con montera en la cabeza y barba poblada y negra en el rostro,<sup>155</sup> ofrecía apariencia de pobre a quien le mirase. Poco después, acudió al puesto otro hombre. Pasole dos o tres veces,<sup>156</sup> llegándosele tan cerca como Leonardo deseaba para conocer que era Feliciano. Viendo Feliciano que estaba despacio,<sup>157</sup> le dijo:

—Amigo, ¿qué hora es?

—No lo sé —respondió Leonardo, con órgano de voz desconocida.<sup>158</sup>

<sup>151</sup> ‘plan ideado para lograr un fin’.

<sup>152</sup> En referencia a ‘sus ojos’.

<sup>153</sup> *reprehender*: conservando la *h* etimológica de origen latino, como sucedía con otros compuestos a partir de la forma *prehender* (*comprehender*, *sorprehender*, excepto *aprehender*, con diferente significado de *aprender*). Autores como Enrique de Villena, Nebrija, Juan de la Cuesta, Juan de Robles y otros, admitían la aparición del grafema por el prestigio que suponía la tradición.

<sup>154</sup> *desmintiendo la guarnición*: vale por el ‘hecho de perder alguna cosa (*la guarnición*, en este caso) la línea con que igualaba y hacía juego con otra (*la espada*)’ según *Autoridades*; *guarnición*: ‘defensa que se pone en las espadas junto al puño’.

<sup>155</sup> *montera*: «cobertura de cabeza, con un casquete redondo cortado en cuatro cascos... con una vuelta o caída alrededor para cubrir la frente y las orejas» (*Aut.*).

<sup>156</sup> Enmienda de la princeps ‘paseole’ por ‘pasole’.

<sup>157</sup> ‘que tenía tiempo’.

<sup>158</sup> *órgano de voz*: el ‘sonido de la voz’.

—¿Pide limosna? —dijo Feliciano.

—Sí, señor —replicó.

—Pues tome —dijo Feliciano— dos reales y vaya, sépame la hora que es.

—¿Y adónde —respondió Leonardo— hallaré a su señoría?

—No se le dé nada —dijo Feliciano— de ser tan puntual, que, entre tanto que se informa, vendrá el reloj, cumplirá por los dos y embarazará menos.

Desparecióse Leonardo por una hora que Feliciano estuvo detenido a la reja. En apartándose, mudó la primera forma, quedando de negro en exterior de ronda sin despedir la barba.<sup>159</sup> Púsose en la misma parte que al principio, aguardando si venía el segundo a quien esperaba, y hubo menester poca paciencia para ello. Aparecieron luego en la calle dos hombres oprimidos de broqueles,<sup>160</sup> elegantes de sombreros y cultos en traje de noche.<sup>161</sup> Entraron en consulta, reparando en la ocupación de la reja. La resolución fue acercarse el uno, que era Carlos, y decir a Leonardo:

—Caballero, suplícole por cortesía que, si no le importa, esa asistencia la deje, que si no será fuerza procurar que lo haga y conocerle.

—Lo primero es barato —dijo Leonardo— por lo poco que importa irme o estar; lo segundo fuera caro. Pero, pues no es necesario ponerle precio, adiós.

Hechas estas dos acciones con que al parecer supo que Carlos y Feliciano eran soldados de su misma guerra, salió de la calle, poniendo de allí adelante el cuidado en inquirir de quién pretendían premio.

La pena que le molestaba era tan intolerable que, si quería hacer treguas con el cuidado a fuerza de razones, ninguna le cuadraba. Consideraba que, si era cierto amar en casa de Clenarda, Carlos y Feliciano, podría ser a Laura y Fenisa, que lo merecían, y no sosegaba, cegándose en ardientes recelos. Tal vez elegía por remedio mudar parecer, imaginando correspondiente fin a tan inquietos principios. Parecíale fácil vencerlos en su nacimiento, pero como entre dudas y desengaño aún no tiene lugar la resolución, y ocupaba Amor la distancia que en tan distantes estados hay, supeditaba el amor al entendimiento, ofreciéndole, en la vida que sustentaba, secretas prendas que le llamaban a que prosiguiese. Viendo que era esto con lo que más se consolaba,

<sup>159</sup> *ronda*: ‘espacio que hay entre la parte interior del muro y las casas de la ciudad’; *despedir*: ‘apartar de sí, quitarse’.

<sup>160</sup> «escudos redondos, hechos de madera, cubiertos de ante encerado o baldrés, con su guarnición de hierro al canto, y en medio una cazoleta de hierro que está hueca, para que la mano pueda empuñar el asa o manija que tiene por la parte interior. Su uso es para cubrir el cuerpo e impedir que el enemigo con quien se combate no pueda herirle» (*Aut.*).

<sup>161</sup> *cultos*: ‘con cultura de estilo’.

y que recelos eran desvaríos antes de saber si era amado, determinó obedecer a Celia y escribir el romance. Esperó que él, y el pensamiento que le ocurrió para saber el de Celia,<sup>162</sup> le pondrían en estado conveniente a su quietud.

Otro día, dio un papel a un criado y orden que le llevase a Celia y entregase en sus manos, diciendo que era el que había pedido, y, sin esperar a que leyese, la dejase. Diole a tiempo que le pudo recibir sin testigos, guardando en lo demás lo advertido. Abrióle Celia y vio que decía:

*Será posible que se tenga por osadía haber tomado licencia de la inclinación que solía regir, y ahora es vuestra, para seguir este cuidado. Pero no fuera justo que si hubiese de perder por alto mi pensamiento, deje de quedarme la gloria de habermepreciado de él. Yo os amo con las veras que confesarán vuestros merecimientos, que no ha menester quien los llega a considerar causa mayor para pagarles este forzoso y debido tributo. Heme atrevido a declararlo, por dar más vida a la materia que de vos procede sólo con imaginar que lo sabéis. Que ya no podrá dejar de ser felicidad la que, aunque quiera molestarme como pena, habrá de resistirse a sí misma con el favor que me hago estimándola.*

No tuvo lugar Celia —después de haber leído dos o tres veces— de celebrar la no pensada alegría que gozaba, ni hacer juicio sobre el suceso, porque con castigado semblante volvió el mismo criado. Díjola que había trocado dos papeles que le había dado su dueño a un tiempo para diferentes partes; que, porque aquel no era para ella, sino el que traía, le tomase y volviese el otro redimiría un gran disgusto de que ya no quedaba del todo libre,<sup>163</sup> por la parte que le había alcanzado.

Admirose Celia de suerte que faltó respuesta en su discreción, mas, por no dar a conocer en algún extremo lo que sentía, resistió cuanto pudo, abriendo con menos presteza que el primero y más severo rostro el segundo papel, que decía:

¡Oh, Celia, lo que perdiste  
la mañana de tu santo,  
siendo cortés con el sol,  
negando glorias al campo!

<sup>162</sup> Es decir: 'la idea que se le ocurrió'.

<sup>163</sup> *volviese*: 'devolviese'.

Cuando más hermosa el alba,	5
si a tu belleza la igualo,	
pues hermosura sin arte	
encierra primor más alto,	
dio al segundo paraíso	
vista alegre, rostro claro,	10
convidando a Filomena	
a hacer música del llanto, <sup>164</sup>	
salí a gozar, de ti ausente,	
en imperfectos retratos,	
envidia en ajeno amor,	15
sin tenerla mi cuidado.	
Jamás Manzanares tuvo	
semblante tan regalado,	
dando a la sed de su arena	
cristalino desengaño.	20
Sus apacible riberas	
tantas flores ostentaron,	
que la selva enriquecieron,	
ya de olores, ya de aplausos.	
Los aires, en vez de yedra,	25
a los olmos abrazados,	
velocidad suspendían	
dulcemente deleitando.	
Mil coros de pajarillos	
tan acordes gorjearon,	30
que extrañaba su armonía	
ser racionales pensando. <sup>165</sup>	
Viendo ajeno de tus plantas,	
pródigo de adorno al campo,	
dije: «¡Qué fuera, si Celia	35
hoy le hubiera iluminado!».	
Andaba el padre del gusto	
victorioso si embozado,	
en galas y bizarría,	
arco y flechas mejorando. <sup>166</sup>	40
No faltó en su forma Venus; <sup>167</sup>	

<sup>164</sup> En la *Metamorfosis* ovidiana, Filomena —hija de Pandión, rey de Atenas—, durante su cautiverio en el bosque —en manos de Tereo de Tracia, que la ha violado y le ha cortado la lengua para que no pueda explicar nada a nadie, en especial a Procne, hermana de Filomena y esposa del héroe tracio— teje sobre una blanca tela signos purpúreos en los que explica su triste historia. Procne, tras recibir la tela y descubrir el engaño y la crueldad de Tereo, y después de rescatar a Filomena, tomará venganza asesinando a su hijo Itis y sirviéndoselo cocinado a su padre. Finalmente, Filomena será transformada en un ruiseñor, y como símbolo suyo aparece en la tradición poética. Cfr. *Égloga I*, 231: «la blanda Filomena, / casi como dolida / y a compasión movida, / dulcemente responde al son lloroso».

<sup>165</sup> *rationales*: usado como sustantivo es «el predicado esencial que constituye la diferencia entre el hombre y el bruto» (*Aut.*).

<sup>166</sup> En referencia a Cupido, dios del amor, representado en la iconografía tradicional como un niño alado, con los ojos vendados y con arco, aljaba y flechas (unas con punta de oro, para enamorar, y otras con punta de plomo, para causar la indiferencia).

<sup>167</sup> Diosa del amor, la belleza y la fertilidad en la mitología romana, y madre de Cupido. Toma atributos tanto de la diosa griega Afrodita, como de la etrusca Turan.

tantas la imitaron tanto,  
 que a sí se desconociera  
 si viera tales traslados.  
 En vistosa escaramuza 45  
 tiernas ansias se trabaron,<sup>168</sup>  
 siendo adargas en los coches,<sup>169</sup>  
 nieve pura en blancas manos.  
 Júpiter,<sup>170</sup> menos medroso  
 otras formas desechando, 50  
 guiaba ilustres Adonis,  
 blandiendo el gusto dorado.<sup>171</sup>  
 El sol, que entonces dormía  
 en la prisión que le has dado,  
 ofendido en su pereza, 55  
 quiso vengarse abrasando.  
 Pero, su intento vencido,  
 corrido quedó y burlado,<sup>172</sup>  
 que entre tan rara belleza  
 sus rayos fueron nublados. 60

Preguntó Celia si Leonardo le había reñido mucho por el descuido: respondió que sí.

—Pues sois el embajador de estas cosas —dijo Celia—, bien conoceréis a su querida Celia y a la dama para quien escribió el papel que decís me diste por yerro; y así, no será demasía preguntar si son muy hermosas, aunque, regulándolo por su buen gusto, era excusado.

—No sé —dijo el criado— quién sea Celia, ni hasta ahora he conocido a esotra dama.<sup>173</sup>

—Por lo menos —dijo Celia— sabéis dónde vive. Y esto se me puede fiar, seguro de que no seréis castigado, sólo por averiguar si es la misma que a mí me ha dicho.

—Eso ignoro como lo demás —dijo el criado.

—¿Cómo puede ser —replicó Celia—, si confesáis que recibiste el primero papel para dárselo, y era imposible sin saber a quién y dónde?

<sup>168</sup> *Escaramuza*: ‘contienda, disputa o pendencia’.

<sup>169</sup> *adargas*: ‘escudos de cuero, ovalados o de forma de corazón, para embrazar’, usado en los *juegos de cañas*, diversión caballeresca en que los participantes, en cuadrillas y montados a caballo, se acometían con cañas (cfr. La descripción de *El maestro de danzar*, I).

<sup>170</sup> Dios supremo del cielo en la mitología romana, cuyo elemento más representativo es el rayo y que tiene por animal sagrado al águila. Zeus y Tinia son sus equivalentes en las mitologías griega y etrusca respectivamente.

<sup>171</sup> *Adonis*: según la mitología griega, Adonis fue hijo de Cínires, rey de Chipre y Mirra. Recogido por Afrodita, su crianza fue confiada a Perséfone, y se convirtió en un joven de una belleza extraordinaria. De su sangre, tras ser herido mortalmente por un jabalí, hizo brotar Afrodita una flor de anémona que, en abrirse, anuncia el inicio de la primavera.

<sup>172</sup> *corrido*: ‘avergonzado, confundido’.

<sup>173</sup> *esotra*: ‘esa otra’.

No supo responderla, y viendo ella que era vana su diligencia y conveniente no mostrarse más, determinó escribir a Leonardo dictando su pena y cordura, y dijo:

*Aunque desconocí el primero papel y considerado parte del segundo, sentí que se podía tener envidia a la señora Celia; después, mirando con piedad de mujer uno y otro, convertí la envidia en lástima y supe lo que se debe a vuestra verdad. En efecto, señor Leonardo, no hay hombre que no sea de los que oigo se usan, ni acreditada opinión de quien no se pueda temer algún engaño. Pero, por que no se atribuya a cuidado lo que es curioso atrevimiento de amistad, dejo malicias que mal entendidas podrían, en lo exterior, parecer quejas y reservo a mi pensamiento el juicio que pide la duda. No envío ninguno, por dároslos en vuestra mano y saber quién goza en prosa de la traición que padecen los versos.*

Despidió al criado, que todavía pedía el papel, con que el que llevaba le serviría de descargo en su culpa. Poco después que salió de casa de Celia reparó en que le iba siguiendo un hombre, en cuyo talle y traje mostraba también ser criado. Persuadióse que le seguía con que, habiéndose detenido en dos zaguanes, hizo él lo mismo, sin dejarle hasta que llegó a casa de su dueño.

Aguardábale Leonardo como quien había puesto en aquella traza y diligencia la vida de su esperanza. Lo primero que le dijo fue que aquel hombre le había seguido. Alterose Leonardo y, poniéndose a una reja desde donde miraba a la calle, le vio. No obstante que ya se quería volver,<sup>174</sup> conoció que era criado de Carlos, porque el día que visitó a Cienarda y le halló con ella, estaba a la puerta, y después le acompañaba cuando, habiendo dejado a Anarda, [volvió] por aquella calle.<sup>175</sup> Diole tanto pesar, que [estuvo] determinado a salir y examinarle los pasos si no le detuviera considerar que era acrecentar desengaño a quien le enviaba. Más sosegado de aquel nuevo accidente,<sup>176</sup> leyó el papel de Celia, sin entender de él lo que principalmente deseaba, puesto que no se reducía a que carecía de misterio quedarse con el otro preguntar en

<sup>174</sup> *no obstante que*: ‘aunque’, ‘a pesar de que’.

<sup>175</sup> Debido a que el ejemplar de la edición *princeps* que manejamos está deteriorado en esta parte del texto, se toma *volvió*, al igual que sucede a continuación con *estuvo* —y por ello se han colocado entre corchetes—, de la edición de *El cuerdo amante* publicada por Cotarelo en su *Colección selecta de antiguas novelas españolas*, IV (1906).

<sup>176</sup> Enmienda de la primera edición, que presenta ‘mal sosegado’.

particular lo que el criado dijo, y lo que significó había visto en su semblante y acciones.

Pasados dos días que se negó de vida dejando de ver a Celia, fue a ver el fruto que le daba su industria. Estaba Clenarda en la cama sosegando una indisposición, Laura escribiendo y Fenisa tomando lección de danzar; pudieron hablar solos él y Celia.

—Mucho tardaba ya esta visita —dijo Celia—, aunque no habrá sido tardanza en quien, con disculpa, estaría olvidado.

—No pudiera ser mayor el favor —dijo Leonardo—, si fuera de vos deseada. ¿Cómo habéis pasado este tiempo que he perdido, si no de merecer esta dicha, de confesarla?

—Quien no conoce —dijo Celia— cuán socorrido sois de lisonjas, poco hará en engañarse dándolas crédito. Mas, como habéis adelantado avisos,<sup>177</sup> será desestimación no usar del provecho de ellos.

—Justo es me afrente de que sospechéis soy lisonjero —dijo Leonardo— cuando sólo he usado de artificio para averiguar una verdad.

—Debéis de dar tal vida a vuestros pensamientos —dijo Celia—, que según la variedad que profesan, si mi cuidado hubiera de estar pendiente de ellos, me mataran.

—No alcanzo —dijo Leonardo— el intento de darme tanto pesar.

—Tanto os justificáis —dijo Celia— que me holgará saber qué salida diéradis a la causa con que repruebo vuestro trato, si os pasara esto con vuestra amada Celia y la otra dama a quien escribiste tanto amor, en las cuales, descubierto el engaño, tuviera su lugar esta queja.

—Si tan presto como las diera satisfacción —dijo Leonardo—, la tuviera de que la quieren, yo fuera creído y ellas satisfechas.

—Laberintos formáis a mi discurso con esta confusión —dijo Celia—, pues si considero la historia que habéis comunicado de Celia, presumo que debe de haber correspondencia; y si advierto la que nuevamente ofrece el papel que por yerro me dieron, debo juzgar de lo que valéis y de que ningún hombre cuerdo se declara sin parecerle que puede, que tendríades buena respuesta.

—En eso consiste mi pena —dijo Leonardo—; estoy declarado, no sé si entendido. Y a saber que puedo declararme más es, sin duda, que Celia convirtiera en premio la

---

<sup>177</sup> 'noticias'.

queja, y la otra dama quedará por tan su amiga que la confiará cuanto el alma comunica.

—¡Digo mil veces que no lo entiendo —respondió Celia— y que no hay cosa que preciara como entenderlo!

—Pues dad palabra a la fe que secretamente os obliga, al respeto con que merezco grato oído, si no blanda respuesta, al amor más puro que debió llamarse amor y, en efecto, a Leonardo, que enriquecido de tales calidades, se considera pobre de iguales merecimientos, y sabréis lo que ya es fuerza deciros, tanto en virtud de obediencia, como de mis cuidados.

Respondiole Celia con agradable atención, y él prosiguió diciendo:

—Para deber a mi suerte las dichas que la hacen tan dichosa, quiso que os conociese, o por mejor decir, lo que vale miraros. La paz que puse la noche de la música, y prisión que por ella pasé, fue principio de la amable guerra que no resisto y de la prisión más digna de eternizarse. Incitado de haberla padecido cuando el descuido que me trajo por esta calle menos lo pedía, solicité los cuidados a quien doy todo el pensamiento. Procurando saber el dueño de aquella acción, os vi. No será ofenderos confesar que quedé rendido, pues confesaré que aún no llegó a ser lisonja en vos tan humilde despojo. Desde aquel punto, parece que tomé nuevas potencias de vos.<sup>178</sup> De tal manera las ministráis que, a ser tal mi fortuna que os preciárades de examinarlas, pienso que, ya que no os hallárades obligada, os contentara conocerlas por tan vuestras. Harto he dicho sin encarecer y,<sup>179</sup> como si lo callara, me acusa el corazón de que quedo corto. Finalmente vos sois, señora Celia, la Celia a quien el alma consagra cuanto para amaros vale; la musa de los versos que habéis leído; la primavera que contemplaba el día del soto; el dueño del papel que creéis se os dio por yerro. Valime de aquella traza para hacer menor este atrevimiento, disponiendo la ocasión de manera que lo fuese. Juzgad ahora si os satisface la salida que dudábades, y no dudéis de que es cierto lo que es más imposible que no sea. No pido que hagáis lo que no debéis, que es agradecer, sino que no os disguste que haya hecho el valor lo que tocaba a tan noble osadía. Discúlpome, no con que es la causa de todo vuestra hermosura, sino con que hasta ahora no ha salido de mi pecho, con ser amor.

---

<sup>178</sup> *potencias*: según divulgaba la escolástica, eran cada una de las tres facultades del alma, a saber: entendimiento, voluntad y memoria.

<sup>179</sup> *encarecer*: ‘exagerar’.

Iba a responder Celia y no pudo porque despertó Clenarda y la llamó.<sup>180</sup> Díjole que a la noche escribiría un papel y se le daría el día siguiente. Habiendo dicho a Clenarda lo que le pesaba de su indisposición, se fue contento de que Celia no hubiese mostrado enojo y prometiese escribirle.<sup>181</sup>

Esperó el plazo de tan corta dilación como amante que no sabe lo que espera de su deseo. Llegado, volvió a casa de Clenarda después de mediodía, a quien, ni a las demás halló, por haber salido en coche al Prado.<sup>182</sup> Púsose a caballo y encontró el coche, si bien de suerte que le pesó. Vio a Carlos hablando con demostración de alegría a Celia, que ocupaba un estribo. Creció su inquietud en que, aunque procuró ser visto, no le llamaron. Juntó en un punto todas las sospechas precedentes. El medio más eficaz que se le ofreció para penetrar los ánimos de los dos, fue llegar al otro estribo a hablar con Laura, que iba en él. Creyó que, si Celia recibía pena, no lo disimularía el semblante y, si Carlos la amaba, no se le encubriría y, cuando amase a Laura,<sup>183</sup> obraría lo mismo. Púsolo por obra con airoso despejo.

Laura, que estaba enfadada de que durase tanto la conversación de Carlos y Celia, ayudó al intento como si estuviera prevenida. Si es cierto, como se dice, que hace sangre la voluntad, aquí hizo guerra a sangre y fuego. Todo era ardiente inquietud, sin haber corazón en su lugar, color que no se mudase, ni ojos que no diesen voces. Carlos hablaba menos a Celia por atender a Laura; Celia no le respondía por mirar a Leonardo; él no la miraba por dar más abrasante cebo a sus ojos; y Laura, que en nada perdía, gozaba la ganancia diestramente. Jamás debió de estar tan en su punto —como ahora en Laura— el garboso arte de jugar de mano y manto.<sup>184</sup> No reparó en hacer

<sup>180</sup> Se ha enmendado de la *princeps* ‘recordó’ por ‘despertó’.

<sup>181</sup> Aunque no se explicite el cambio de sujeto, queda claro por el contexto que éste es ahora Leonardo, y no Celia.

<sup>182</sup> Entiéndase: ‘a quien, ni a las demás, no halló’. En los inicios del siglo XVII el paseo del Prado Viejo de San Jerónimo en nada se parecía al actual Paseo del Prado de Madrid. Situado a las afueras de la villa, era un camino de tierra arbolado, surcado por un arroyo, con puentecillos y fuentes. En sus proximidades estaban el prado de los Recoletos Agustinos y el de Atocha, que junto al de San Jerónimo eran conocidos bajo el común denominador de «Prado Viejo». Ya desde el siglo XVI, tras la llegada de la corte a la villa, fue lugar de encuentro y diversión, sobre todo entre las clases altas madrileñas.

<sup>183</sup> *cuando*: cfr. 41 n.

<sup>184</sup> Ya describía Quevedo ese mismo tipo de juego de seducción en *El mundo por de dentro*: «Venía una mujer hermosa, trayéndose de paso los ojos que la miraban y dejando los corazones llenos de deseos. Iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro a los que ya le habían visto y descubriéndole a los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, ya tapada de medio lado descubría un tarazón de mejilla». Esa manipulación del manto por parte de las mujeres es elogiada por algunos historiadores, que destacan «la gracia con que se lozanearon y se atapan los rostros con los mantos» (Morgado, *Historia de Sevilla*, I, 47); y especialmente las españolas, de las que dicen que «no hay mujeres que con más afición, donaire y aseo le usen» (León Pinelo, *Velos*, 45r).

amagos a Leonardo para que tomase un barro que llevaba,<sup>185</sup> deseosa de que ardiese aquella centella más en el pecho de Carlos. Puesto que Leonardo lo entendió, alargó la cortesía cuanto bastó para que la intención abrasase a Carlos y Celia, y retiró y excusó el efecto —despreciando la baja doctrina de los que la vulgaridad llama picones—,<sup>186</sup> por convertir en cuerda advertencia lo que en Laura fue arrojamiento celoso. No pudo dilatarse hasta el fin la paciencia de Carlos y despidiose demudado, dejando a Leonardo más satisfacción que la que llevaba. Acompañolas hasta la puerta de su casa y, cumpliendo entonces Celia lo prometido, le dio con recato un papel que decía:

*Aunque dicen que es buen principio en la mujer el oír, no lo tengo por el mejor, supuesto que ya son calles públicas los oídos que todos las andan. De aquí sacaréis que no consiste la vida de vuestro intento, para proseguirle, en que os escuchase, pues, sin pesarme de saberle, pudiera cesar allí, sino en que atrevidamente me pide el agradecimiento que os dé lugar para que hagáis de manera que lo crea. No sé si, ya que esta respuesta se mide a cuanto promete un honesto y justo decoro, os parecerá libertad. Cuando sea así, que no lo espero de quien sois, he querido ver, comunicándoos verdades que deseaba fiaros, la calidad que ganáis en lo que hiciéredes, para que las conozca. Que aunque veo lo que merecen vuestras buenas partes, son mis sentidos hijos del honor con que nace una mujer principal. Y cuando, fundado en vuestros merecimientos, olvidárades lo que en mí es tan digno de estimación, hallárades que no habían tenido puerta para llegar al alma.*

No pudieron tener tanta fuerza los temores que a Leonardo acobardaban, que no diesen lugar a la alegría que les procuraba vencer. Para desterrar lo que tenían de injustos entró en cuenta con ellos,<sup>187</sup> mediando su entendimiento y prudencia. Consideró el donaire del principio del papel,<sup>188</sup> el lugar que le ofrecía en Celia su

---

Cervantes describía, desde el punto de vista ahora del que es seducido, cómo el deseo lo acrecienta la aparición de «una blanca mano con muy buenas sortijas» (*El casamiento engañoso*); «las manos que de rato en rato nevaban el manto» (*El mundo por de dentro*).

<sup>185</sup> *barro*: «vaso que se hace de diferentes hechuras y tamaños de tierra olorosa para beber agua».

<sup>186</sup> «los que hacen chasco, zumba o burla para picar e incitar a otro».

<sup>187</sup> Es decir: «los tuvo presentes, en consideración».

<sup>188</sup> *donaire*: «gracia y discreción».

agradecimiento, la discreta prevención contra la libertad que pudiera presumir y, finalmente, la honrada resolución del fin. Besó mil veces las letras que tantas dichas articulaban, enamorándose nuevamente del valor y respeto con que Celia se hacía conocer en ellas. Asegurábase de sus pensamientos, advirtiéndole que en aquellos tiernos años era más propia tan noble presunción que no calificar ejemplos de la infelicidad de otros sujetos.

La misma noche se turbó en alguna manera su contento y encendió más la competencia. Ocupaba Leonardo un cuarto bajo con ventanas y rejas a la calle. Estando en el zaguán para salir fuera, vio que un hombre rebozado cuidaba de las ventanas.<sup>189</sup> Sosegóse por no impedir el fin, encubriéndose en el zaguán. El que iba de rebozo echó un papel por una, y dejó el puesto. Consideró Leonardo que el papel ya no podía faltar y el mensajero sí, si no le seguía, e hízolo hasta que entró en la posada de Carlos. Volvió a la suya y, leído el papel, decía:

*Aunque el ir sin firma este papel niegue el dueño, es muy vuestro servidor. Sabe que entráis en casa de Clenarda e imagina que con intento, si decente, amoroso. Impórtale que declaréis en cuál de aquellas tres bellezas habéis puesto los ojos, para quitar inconvenientes que de lo contrario podrían resultar. Esto os suplica.*

No quiso dilatar la respuesta, ni que lograra Carlos el gusto que podría sacar de entender le había asustado. Al punto la ordenó y dejó en su casa por el mismo estilo, vertiendo con ella en su pecho más veneno del que sentía; decía:

*Pudiera excusarme de responder a un papel sin firma y a una pregunta, cuanto a mí, tan firmada, si fuera mi cortesía menos sujeta a trabajos en que merecer. Mi entrada en casa de Clenarda es cierta, si bien poco ejercitada. Hasta ahora he puesto los ojos, no en una, sino en las tres bellezas. Pero soy hombre frágil y, de la noche a la mañana, podrá acaecerme lo que imagináis. Y así, será más acertado que, pues sois el cuidadoso y en las tres no os ofende mi pensamiento en una, me digáis*

---

<sup>189</sup> *rebozado*: ‘con el rostro, especialmente la barba o el bozo, cubierto con un lado de la capa’.

*cuál es, para que, reservándola, sepa que no os queda jurisdicción en las dos.*

Ocupaciones precisas que tuvo el día siguiente impidieron que no viese a Celia; fue a visitarla ya de noche. A la puerta de su casa estaba un coche. Queriendo entrar, se hubo de detener, sintiendo que bajaba gente. Al resplandor de poca luz, vio que eran dos hombres que, aunque de noche, parecían de calidad,<sup>190</sup> y algunas mujeres. Con silencio y recato, se entraron en el coche y caminaron.<sup>191</sup> Presumiendo que sería visita que había tenido Clenarda —con medio corazón, porque el otro medio se le iba tras el coche—, llegó a la puerta de su cuarto. Jamás se aprovechó tanto de los oídos, ni los tuvo tan dispuestos. No oyó ningún ruido y se persuadió a que Clenarda y sus hijas y sobrina eran las que habían bajado. Con suma diligencia volvió a seguir el coche —que iba algo apartado—, puestos en él los ojos y, en ellos, su sosiego. Al pasar por la puerta de una casa, le detuvo no menor accidente. Salió de ella una mujer que parecía principal y, encareciendo grave aflicción en turbación, lágrimas y sollozos, se echó a sus pies y le asió las manos. Cobrando limitado esfuerzo, dijo con tierno y doloroso afecto, articulando palabras de suspiros:

—Señor mío, no he menester saber quién sois, para esperar el amparo que puedo dudar de mis desdichas, ni es necesario que sepáis quién le pide, para socorrerme, pues cabe en vuestra obligación. Mi temor y peligro no permiten más razones, ni el tiempo breve que el cielo me ha dado para librar la vida de violenta muerte. Suplícoos me acompañéis hasta donde importa sin preguntar la ocasión que en tal riesgo me tiene, que en otra mejor sabréis cuán bien habéis empleado la nobleza que de vos me prometo.

Justamente pudo este suceso —sin lo que tuvo de improvisado— turbar a Leonardo. Su confusión fue la que se deja entender, porque a la última palabra se les desapareció el coche.<sup>192</sup> Deshacíase en cólera y quisiera ejecutarla usando descortesía. Por otra parte, le templaban, con honradas y vivas voces, su presunción, valor y natural, que, inclinados a la necesidad presente, pudieron reducir a piedad la fuerza de la ira. Respondiolo que guiase, persuadido a la importancia del caso. Excusó por entonces preguntas que pudieran dañar deteniéndola, y también el encarecerla lo que por

<sup>190</sup> ‘de nobleza en el linaje’.

<sup>191</sup> *caminar*: «hacer viaje, ir de un lugar a otro, sea a pie, a caballo, en carro, o en otra manera» (*Aut.*).

<sup>192</sup> ‘desaparecer’ es un uso arcaico, pues la forma ‘desaparecer’ se documenta ya desde el siglo XIII (Corominas, IV: 400).

acompañarla perdía. Anduvieron hasta donde dijo podía dejarla, no porque allí fuese el sagrado que buscaba,<sup>193</sup> sino porque ya estaba a la vista de él. Tuvieron por gran dicha no haber sido encontrados por todo el camino sino de un hombre que les dio cuidado, porque le puso en reconocer a Leonardo todo lo que de paso pudo. Iba tan entregada a su congoja, y él tan divertido en sus penas, que ni ella la recibió con diligencias de conocerla, ni él se acordó de ser curioso.

Al despedirle le dijo que, para que esperase de tan grande obligación agradecimiento debido, la dijese su nombre, calidad y casa. Respondió Leonardo a todo, y que, aunque le había cogido en riguroso trance, ya era lo que más temía si quedaba segura,<sup>194</sup> porque la eficacia de sus palabras,<sup>195</sup> en alguna manera, le informaba que no era engaño lo que de la relación de aquella desgracia pudiera ser disculpa de delito cometido. Ella, añadiendo extremos al agradecimiento, le obligó a que se dividiesen.

Dudoso de este caso y ofendido y lastimado del primero, tenía por forzoso, si no saludable remedio, dar pensamientos al pensamiento. Combatido de ellos, venía a ser el sentimiento medio de sí mismo. Dividido en discursos, toleraba la fuerza, ya que no la dilación. Si consideraba qué linaje de peligro sería el de aquella mujer,<sup>196</sup> para alegrarse de haberla librado, le molestaba a solas el cuidado que creció cortándole los pasos que seguía, sin darse por satisfecho de lo que tan justamente hizo. Aprobaba la pena, por la parte que se debía en ley de quien era, y Amor le castigaba con las suyas, fundadas en su propia conveniencia. Después de muchos juicios que hizo sobre la causa que podía haber sacado de su casa aquella hora a Clenarda, y no teniendo ninguna por precisa respecto de aborrecerlas todas, volvió a ella, hallando paso sólo en aquellos pasos para sosegar. Quiso entrar y saber adónde podría parar su inquietud, pero estorbolo Feliciano, que de allá bajaba. Holgárase de excusar que le conociera; no fue posible y díjole:

—¡Oh, Feliciano! ¡Qué buena ventura ha sido ésta a los deseos que tenía de veros!

—Yo os he buscado muchas veces —respondió Feliciano— y no he tenido suerte de hallaros. Si no fuera precisa la priesa que llevo, me detuviera a daros cuenta de

<sup>193</sup> *sagrado*: «metafóricamente significa cualquier... sitio que asegura de algún peligro, aunque no sea lugar sagrado» (*Aut.*).

<sup>194</sup> Es decir: 'lo que ahora ya más le preocupaba era si ella se quedaba allí segura, sin correr peligro'.

<sup>195</sup> *eficacia*: 'virtud y fuerza'.

<sup>196</sup> *linaje*: 'género, clase'.

cosas más que, por importantes, lo piden. Iré contento de que tenéis salud, y desde ahora os prevengo para mañana.<sup>197</sup>

—¿Tanta es la priesa —dijo Leonardo— que no dará lugar a que os detengáis un momento?

—¡Sí, por mi vida! —replicó Feliciano—; y bien se colige de que, habiéndoo menester, pierdo lo que deseo. Dejose una de estas señoras que aquí viven unas joyas fuera de un escritorio cuando salieron de casa, y mandáronme venir a guardarlas. Perdonad lo que no es descortesía, que quien es tan discreto no ignora que la diligencia es calidad en los gustos y cuando interviene desterrar un temor.

—Yo he venido en balde —dijo Leonardo—, entendiendo estaba con ellas Anarda, su amiga.

—Lo que digo es cierto —dijo Feliciano—; adiós, y no me faltéis.

Quedó anegado en confusión, sin saber qué remedio dar para salir de ella. Maldecía a la pasión que opuesta a toda buena advertencia había podido divertirle de saber dónde estaban; cosa que ingeniosamente fuera fácil, y más con Feliciano, que hubiera menester poco para decirlo. Resolviose a esperar el fin de aquel desvelo, sintiendo grave inquietud de que Feliciano fuese tan de casa.<sup>198</sup> Envuelto en imaginaciones, no sabía qué crédito dar al casto celo que Celia había mostrado. Muy a deshora sintió que venía el coche. Valiose de ser la noche oscura. Llegando a la puerta de la casa de Clenarda, se acercó a él osadamente y vio que se apearon las mismas mujeres y hombres. Repararon en él y, quedando el uno acompañándolas a su cuarto, se fue a él el otro y le dijo qué miraba. No respondió Leonardo; antes, se retiró, esperando hasta entrar en otra calle poco frecuentada, por evitar escándalo. Allí se detuvo y el que le seguía dijo:

—Del atrevimiento que habéis tenido se infiere que no carece de cuidado y, si no lo es, pasa de descortesía. En cualquiera caso, obliga a más respeto aquella casa y la presencia, si no la sombra, de los que veníamos en el coche. ¡Decid lo que buscábades, o lo procuraré saber!

La respuesta de Leonardo fue hacer cara con animosa demostración.<sup>199</sup> Indignole tanto que, teniéndolo por desprecio, sacó la espada. A este tiempo llegó el compañero e hizo lo mismo. Acudió el valor de Leonardo a la necesidad y, reconocida del

<sup>197</sup> *prevenir*: ‘disponer con anticipación’, en el sentido aquí de ‘citar, convocar’.

<sup>198</sup> Es decir: ‘que Feliciano fuese tan «de confianza» en casa de Clenarda, tan de su casa’.

<sup>199</sup> *animosa*: ‘valerosa, bizarra, valiente’.

corazón, se valió de él, y de estoque y broquel que llevaba, de manera que pudiera ser temida y envidiada la pendencia. A la ejecución de una estocada que tiró al primero, cayó en el suelo diciendo:

—¡Muerto soy!

Y luego dijo el compañero con turbada voz:

—¡Yo estoy herido!

Entonces habló Leonardo y dijo:

—¡Todo se pudiera haber excusado no empeñándose en lo que tan poco importaba!

El que de los dos estaba en pie le conoció, y dijo:

—¿Es Leonardo?

Pero él, imaginando quién era y considerando la gravedad del suceso y cuán mal había hecho en hablar, respondió mudando la voz:

—¡No sé quién es Leonardo!

Y sacando prestamente pies,<sup>200</sup> le dio lugar para que cuidase del compañero, que lastimosamente se quejaba. Previendo que no le siguiesen, fue a su posada, adonde, apretándose un piquete que le había alcanzado en un brazo,<sup>201</sup> ordenó a un criado que asistiese en ella continuamente; que, si le buscasen, advirtiese quién y para qué, dando a entender que aquella noche al anochecer había recibido un pliego de importancia,<sup>202</sup> y al punto había tomado postas y partido sin decir adónde.<sup>203</sup> Acompañose de otro criado y púsose en parte que le aseguró del peligro. Cleonarda, desde que se apartaron de ella temió, por cosa verosímil y ruido que oyó, que había sucedido alguna desgracia. De esto, y de no volver a darla cuenta, estuvo toda la noche con notable desasosiego; y no menos Laura, Fenisa y Celia.

A la mañana quisieron saberlo. Por excusar que diligencia de su parte diese ocasión a conjeturar que habían sido la causa, quisieron fiarla de Leonardo, a quien tenían por tan confidente. Habiendo sabido en su casa la ausencia, se maravillaron. Mucho más que todas Celia, oyendo a Octavio, criado de su tía, que la noche pasada, viniendo de la parte adonde habían ido en el coche, le había encontrado acompañando a aquella mujer. Celos y sospechas la dieron a entender lo que es amar, pues los

<sup>200</sup> ‘retirándose rápidamente sin volver la espalda’.

<sup>201</sup> *piquete*: «herida de poca importancia» (*Aut.*) causada por algún instrumento punzante, como es aquí la espada.

<sup>202</sup> *pliego*: aquí se toma por ‘carta’.

<sup>203</sup> *postas*: «los caballos que están prevenidos o apostados en los caminos, a distancia de dos o tres leguas, para que los correos y otras personas vayan con toda diligencia de una parte a otra» (*Aut.*).

efectos que padeció desde aquel punto rindieron lo que faltaba. Por otro medio lo supieron poniéndose en mayor cuidado, cuando percibieron el fin que tuvo. No entendió la justicia el caso,<sup>204</sup> que la brevedad de él, hora y parte, pudo tenerle secreto, circunstancia que estimaron.

Usó Leonardo tan buenas inteligencias para enterarse de todo lo que pasaba que, por momentos, lo sabía. No era su herida ni las ajenas las que le afligían, sino la ausencia de su querida Celia. Lo que más deseaba era saber si ella la sentía, porque a ser así, no sólo templara los recelos, que no le dejaban, sino que diera por bien empleada la infelicidad de aquella noche. Entre otras trazas que le ofreció Amor, escogió ésta por más a propósito. Dispuso al criado que le asistía para que, cuando Anarda visitase a Clenarda, llegase de camino a su casa con cartas y regalos para las dos,<sup>205</sup> y entonces diese un papel a Celia. El día que se pudo ejecutar —ocho después de la pendencia— llegó el criado de la manera que si fuera verdad. Dio un pliego a Anarda, y ella a Clenarda la carta que tenía en él, en que se refería y cautelaba todo lo necesario.

Recibiéronle con mucha alegría, no contentándose con que Leonardo decía que quedaba con salud, para dejar de preguntarlo. Pidió licencia para entregar los regalos. Eran curiosidades dignas de estimación, e hiciéronla como ellas y el dueño merecían. En el tiempo que gastaron en verlas y recibirlas estuvo con Celia,<sup>206</sup> que con mucha atención le miraba. Diola un papel y una joya de oro y diamantes de primor y precio. Retirose a su aposento Celia, y vio que decía:

*Bien se deja entender que la causa de mi ausencia fue tan precisa y rigurosa como no pensada, pues pudo apartarme de vuestra presencia cuando más la deseaba. Esto, aunque mejor mi pena, podía disculparme de no daros cuenta, si merezco tanta dicha que me habéis culpado. No sé cómo acredite esta verdad, ya que lo está tanto en el alma el amor, que sólo a vuestra memoria me ofrece, si no es pidiendo licencia para ir a hacer testigos de ella esos ojos, en tiempo que menos lo permiten dificultades que aborrece mi corta suerte. Suplícoos que, pues sois dueño de mis deseos, amparéis éste, disponiendo de manera el fin a que aspira*

<sup>204</sup> entendió: 'advirtió, conoció'.

<sup>205</sup> Se ha corregido de la *princeps* 'para los dos'.

<sup>206</sup> Se ha corregido de la *princeps* 'le tuvo' por 'estuvo'.

*que puedan mis dudas fiarle el ánimo que acobardan. Tres días después de tener aviso, seré puntual con el secreto que importa en la parte que señaláredes. Mucho pido a quien nada debe, pero Amor no sosiega, haciéndome creer imposibles con que me engaña.*

Puesto que la alegría de Celia pedía tiempo para mostrarse,<sup>207</sup> se privó de gozarla a solas por que no maliciasen echándola menos.<sup>208</sup> Salió estando Clenarda y Anarda, sabiendo del criado que habían de responder el mismo día. Despidiose, y ellas pusieron en ejecución lo ofrecido, aprovechándose de lo mismo Celia para dar esta respuesta:

*Forzoso ha sido el cuidado que agradezco, para sosegar la desconfianza a que obligáis. Si quiero dispensar con la causa de ausentaros, tan descuidado que confieso me ha tenido enojada, no puedo en otras cosas que sabéis y yo quisiera ignorar. Justa libertad debiera no dejármelas sentir, mas tiene vuestra estrella trato secreto con mi voluntad y negocia más de lo que creí de mi resistencia. Quedo confusa de las dificultades y peligros que advertís, de manera que, si con deseo de veros elijo el medio, temiendo algún daño me desanimo. No persuado a que venza Amor al buen consejo, si bien en esto soy prudente contra mí, que no ama quien ama temeridades, ni con ellas obliga quien las tiene por finezas. Si salvando inconvenientes fuere posible resolveros, me hallaréis esperando al plazo que pedís, después de media noche, en la reja baja de donde os hablaron la noche de la música.*

Mandó Clenarda a Celia que hiciese pliego de las cartas, con lo cual pudo poner en él la suya. Llegó el criado a caballo y entregáronsele, encargándole mucho que solicitase la vuelta de su dueño. Recibíole Leonardo en sus brazos, preguntándole antes que otra cosa si había dado el papel y joya a Celia, si lo había tomado con gusto y traía respuesta. Respondió que, con decir que lo había recibido, entendía para sí que lo había estimado, que carta suya no sabía si la traía. Abrió de presto el pliego, sin leer ninguna hasta que vio la de Celia. Conoció que lo podía preciar por favor, y por

---

<sup>207</sup> *puesto que*: cfr. 8 n.

<sup>208</sup> *maliciasen*: ‘recelasen, sospechasen’.

cierta la ventura que conquistaba, en el discreto estilo con que declaraba su pensamiento. Con cuerdos extremos, que al alma correspondían en suave y dulce locura, entretuvo aquellos días.

La noche del último de los tres, a la hora que tenía asignada estuvo en la parte que debía. Después de un pequeño rato que esperó, sintió abrir la ventana. Pasó dos veces por delante de manera que le pudiesen reconocer. A la última le dijeron:

—¿Es el señor Leonardo?

Desconoció la cortesía, hasta que vio que quien llamaba era Belisa, criada de Celia. Diole pena, entendiendo que no podía hablarla, pero Belisa le satisfizo de lo contrario diciendo que, dudando de su venida, la había mandado que le aguardase. Pagó Leonardo a Belisa lo que había hecho por Celia —asegurando que de aquí adelante lo hiciese por él— con darla una vuelta de cadena.<sup>209</sup> Contenta de que ya estuviese allí, o de la cadena, fue a avisar a Celia, que luego bajó. No podía disimular Celia el regocijo. Dijo a Leonardo que no sabía cuál de los dos podría estar más medroso, considerando el papel que le había escrito: él, sabiendo lo que temía, o ella, temiéndole a él dudosa.

—No es poderoso el miedo contra quien ama —respondió Leonardo—, ni ahora habrá peligro que se me atreva.

—Si he de inducir los que habéis significado —dijo Celia— de la causa que imagino, bastante es para darlos, y para la ausencia que queréis disculpar.

—¿Pues qué causa sospecháis —dijo Leonardo— en lo uno y otro?

—La más aparente por más dañosa —respondió—, el robo que presupongo de aquella dama a quien acompañábades la noche que os ausentaste. Emplearos en tal empresa y no haber parecido más,<sup>210</sup> y ahora venir con tanto recelo, ¿qué puede ser sino temer la pena del delito?

—Si no me estuviera tan bien ese favor, por lo que parece que toca en celos, me quejara del agravio que hacéis al puro amor que, por proceder de vos y residir en mí, defiende la calidad que en él adoro y abona la veneración con que le trato. Mirad mejor mi corazón en vuestros ojos, que a todo aquello que le quisiéredes inclinado está sujeto.

—Cesen lisonjas, Leonardo —dijo Celia—, que ya pasó el tiempo en que pudieran ser oídas y perdonadas. No hay para qué ofenderme con engaños, cuando con

<sup>209</sup> Es decir: 'con recompensarla con una *cadena*'.

<sup>210</sup> *parecido*: 'aparecido'.

cándidas entrañas os obligo. Todo el tiempo que he podido sufrir no declarar que os amo, lo he hecho. Mas ya, rompiendo la voluntad los honrados respetos que la cercan, sale a la lengua y se hace palabras. Vulgarmente se dice que es dañoso a quien ama declararse y yo lo elijo por remedio de mis cuidados, confiando que declarada mereceré más estimación. Pueden hacerme poco daño las demostraciones de que hasta aquí os queráis preciar, siendo como es éste el mayor favor que os he hecho. Éste aún no lo podrá ser, reparando en que se ordena a sólo verificar si es bien empleado. Confieso que no vi lo que digo, aunque lo siento como si lo viera, que en quien verdaderamente ama, los pensamientos del daño tienen ojos. No procuro que seáis ingrato a obligaciones que me han de preferir, sino que con riguroso, puesto que importante desengaño, hagáis más remediable, aunque mayor, mi pena. Tuviera por grave afrenta que usáredes de este sentimiento como de celos de quien pudiera ser vuestra dama; no lo quiero creer, sino que lo recibís en más honesto sentido para corresponder y responder midiendo al mío vuestro intento.

El tierno acento de estas palabras manifestó que era acompañado de lágrimas. Mejorando en ellas Leonardo el estado, que ya con tal fineza era feliz, la dijo:

—Quien trata de merecer, nunca cese de obligar, ausente, presente, obrando y pensando. Préciome de hombre de bien en quien no se admite proceder con cautela. Siendo esto así, y estando tan enterado de quién sois, ni pudiera degenerar de mí, ni cuando fuera posible sucediera con vos. O lo ha causado el respeto que se os debe, o el que por secreta causa me habéis infundido: desde que merecí veros os he mirado como a mi propio honor. Alcanzo cuán justos son estos efectos, y aunque no el fin de vuestro intento, me alegra la inclinación del mío. Según esto, de que hago el caso que veréis si no lo aprobáis, debido me es crédito en vuestras dudas, cobrando vos en ellas la satisfacción que quiero paguéis. Esa noche que decís, venía a responderos al papel que me diste la antecedente. Llegando a esta puerta, entrábades en el coche que a ella estaba con los hombres que os acompañaron. Seguile, no tanto por el cuidado que me dio, que fue alguno, cuanto porque si fuese posible me viésedes, y en mi vigilancia la que pide Amor. Sucedió diferentemente. Representándome aquella mujer, que ahora aún no sé quién es, un grave peligro si no la amparaba, bastando lo que, con encarecerle, me detuvo para perder el coche, hube de asistirle hasta donde dijo era forzoso para su remedio, previniéndome que no la preguntase lo que pudiera, como lo hice. Lo que sentí se colige de que hice acción que no consiguió premio y perdí la que

me le pudiera dar. Esto es confesar lo que negado importaba poco y dicho es digno de alabanza, supuesto la fe que habéis de tener de mí.

—Quiero sosegar en vuestras palabras —dijo Celia—, que aunque el temor hace tanto de su parte para que prosigan recelos, es más conforme a quien soy entender que tratáis verdad que no que me desobligáis. Demás que debo advertir que de vuestras razones no habéis de interesar nada,<sup>211</sup> y yo intereso el saber vencer desprecios míos. Parece que aquella noche fue toda desgracias, atendiendo a los casos que en ella pasaron. Quisieron Carlos y Feliciano, a quien, aunque podréis haber visto en esta casa, no sé si conocéis, viésemos una comedia en casa de una hermana de Carlos. Túvolo por bien mi tía, por darlos gusto respecto de estar concertados de casar con Laura y Fenisa. Habiendo pasado apaciblemente casi toda la noche, se convirtió en pesar. Al tiempo que nos apeamos del coche, les ocasionó a sacar las espadas un hombre que llegó a reconocer.<sup>212</sup> Defendióse de manera que los dos quedaron y están heridos, si bien con brevedad tendrán entera salud, puesto que la herida de Carlos,<sup>213</sup> a no haber sucedido dichosamente, pudo dar qué temer.

—¿De suerte —dijo Leonardo— que Laura y Fenisa se casan con Feliciano y Carlos?

—Es cierto —respondió—, y que sólo se aguarda sanen para celebrar los desposorios.

El contento que dio a Leonardo desengaño tan seguro de la confusión padecida se moderó en el cuidado que pedían las heridas.

—¿Quién me vio —dijo— con aquella mujer, que tan presto os lo contó, y de dónde presumió que os importaba?

—No lo hizo con cuidado Octavio, que os encontró —dijo Celia—, sino acaso.<sup>214</sup> Enviándoos a llamar por la mañana para que os encargádes de acudir a lo que se ofreciese, no os halló, y dijo eso entre otras cosas.

—¿Los heridos —preguntó Leonardo— conocieron al hombre con quien riñeron?

—Ellos dicen que no —replicó Celia—, si no es que lo niegan. Hablan tan bien de su valentía, que refiere Octavio, que los visita, que se holgaran de saber quién es para firmar con la sangre que les sacó perpetua amistad. Pero ¿cómo os apartáis de decir la causa de ausentaros?

<sup>211</sup> *demás*: equivale a ‘fuera de que’.

<sup>212</sup> ‘A examinar’, «enterarse de lo que no se tiene toda la claridad o noticia que se necesita» (*Aut.*).

<sup>213</sup> *puesto que*: cfr. 8 n.

<sup>214</sup> ‘casualmente, inesperadamente’.

—No os espantéis —dijo Leonardo—, pues, por injusto antecedente, obliga a que no sea justa la que fue precisa. En este punto no me oigáis como amante, en los cuales es tan contingente el errar, sino como amigo, cuyos excesos nunca entre amigos parecen mal, o son favorecidos. Yo, Celia mía, gracias a Amor que puedo gastar este lenguaje; sólo me ausenté de tus ojos, que es la más rigurosa ausencia; no he salido de Madrid, que en él estoy desterrado. Delito viene a ser la que tienes por causa, puesto que delito que no contiene malicia. En dejando la noche de que hablamos aquella mujer,<sup>215</sup> vine a procurar saber dónde ibas. Bajaba de arriba Feliciano de guardar, según me dijo, unas joyas. Quise esperar hasta que volviste, y fui el curioso o impertinente con disculpa que reconocí. Hicieron Carlos y Feliciano lo que les tocaba y yo lo que debía contra dos enemigos tan honrados, que la opresión del valor aumenta el ánimo en la necesidad. El fin que tuvo, y entender que me conoció Feliciano, que es grande mi amigo, puesto que la oscuridad de la noche y confusión de la pendencia no me lo ofrecieron tan presto,<sup>216</sup> me obligó a prevenir esta aparente ausencia. También porque, sin el aprieto en que me vi, me alcanzó parte del valor de los dos en una herida que me dieron, que curada en mi casa lo descubriera. No te digo, Celia querida, que discurras en si se pudo o no excusar, sino consideremos el remedio. Este será más fácil si Feliciano no ha dicho a Carlos que fui yo, y mayor la satisfacción que de mí debes tener en tus celos, pues a ser cierto que otro cuidado me ocupaba, estuviera libre de esta pena.

—Admirado me ha —dijo Celia— tan no pensado caso; y aunque es verdad, Leonardo, que lo sintiera diferentemente si no fueran tan míos tus daños, lo que te debo y quiero pide que como propios los repare. Mira lo que sucede con el tiempo, que Carlos y Feliciano fueron los que la noche de la música pusiste en paz, entonces pretendientes y no amigos, y estotra los que no la quisieron contigo.<sup>217</sup> Piensa, señor, el mejor medio, y manda en mí como en tu voluntad.

Celebrando en sí de nuevo tan copioso desengaño, dijo Leonardo:

—Lo que conviene es aguardar que sanen Feliciano y Carlos, y para entonces lo tendré dispuesto, que aunque como nobles alaban al ofensor, es provechoso acuerdo

---

<sup>215</sup> Es corriente en la literatura áurea la omisión de la preposición *a* ante el complemento directo de persona, especialmente en los contextos en que ésta tiene contacto con otra *a*.

<sup>216</sup> Cfr. 8 n.

<sup>217</sup> *estotra*: 'esta otra'.

dejar que pase el dolor y se enfríe la sangre;<sup>218</sup> y, entre tanto, nos veremos como esta noche.

Aprobolo Celia y despidiéronse, pesándoles de que hubiese sido tan corta.

Dilatose la salud de Feliciano, por accidentes que sobrevinieron, más que la de Carlos, de que no recibía Leonardo mucha pena, por el auxilio que tenía para ella. Todas las noches era puntual Celia en darle alegres días y él, con tales días y noches, usaba siempre de nuevos modos de obligar. Era cada palabra que la oía nueva causa de voluntad y, las suyas en ella, hechizos de la mejor materia de amor, luciéndosele aquella preciosa calidad de ser las primeras. Estando ya bueno Feliciano, y visitando a Clenarda, hizo Celia lo que Leonardo la ordenó. Llamole aparte y, discurriendo en algunas cosas a propósito, llegaron a tratar de la pendencia. Dijo Celia:

—¿Es posible que no conociste al traidor que tan alevosamente procedió? Que es tanta la ira que me inquieta todas las veces que lo pienso que, mujer como soy, me parece tomara venganza.

—Nunca me he persuadido con evidencia —dijo Feliciano—, puesto que mil veces he querido creer que fue Leonardo, grande amigo mío. En dos palabras que le oí jurara que era su voz, y más juntándose otras conjeturas, como son haberle encontrado en esta calle la misma noche, y no haberme visto durante el tiempo de la herida. Debí de engañarme, sin duda, que la turbación de verme herido, y un amigo a mis pies casi muerto, no es mucho que mudase los sentidos. Sea él o no, desterrad ese enojo que estimo, que ni intervino alevosía ni estoy quejoso; antes, por circunstancias que considero y alabo, le envidio. Y juro por la vida de Fenisa, a quien sabéis lo que quiero, que, si le conociera, granjeara su amistad.

La noche de aquel día contó Celia a Leonardo lo que había pasado y que, para mejor examinar el ánimo de Feliciano, había procurado irritarle encareciendo el hecho con indignación. Afirmole que los desposorios serían de allí a un mes, para que ejecutase lo que tenían tratado. Holgose Leonardo de todo y, con encarecimiento, del valor de Feliciano. Viendo que ya no era menester más ausencia, trazó la que había de parecer vuelta. Previno como prudente que aquel exterior que mostraba podía ser para mejor vengarse, y quiso ser señor del fin de este pensamiento.

El día siguiente, al anochecer, le envió un papel desde la Puerta de Alcalá,<sup>219</sup> dándole cuenta de su ausencia y venida. Pidió le viese allí, suponiendo importaba

---

<sup>218</sup> *acuerdo*: ‘deliberación, resolución’.

antes de entrar en Madrid, teniendo esto por más seguro que buscarle. Hízolo Feliciano con notable gusto, mezclando con cuidado el suyo Leonardo al recibirle. Después de haberse pagado cortesías, le dijo:

—Bien sabéis, Feliciano, quién soy, pues, cuando no os fuera notoria mi calidad, habéis experimentado mis obras. Demás de que lo que ahora veréis será bastante a desengañaros en caso de duda. No sé que la amistad que profesamos esté quejosa de correspondencia; si lo está, os he de hacer juez de la causa para que, si estimulado de la justificación que encierra lo olvidárades, se confirme, y si no, lo decidamos los dos hidalgamente.<sup>220</sup> Amo a Celia, prima hermana de la que ha de ser vuestra esposa; y aunque cualquier exceso que haya hecho como amante, de que estéis ofendido, es disculpable careciendo de doble trato, no propongo a Celia para que vuestro odio se modere. En diferente razón tengo mejor disculpa, y en mi pecho valor para acreditarla. No me espanto que desgracias sucedidas por bajezas irriten al corazón más noble, pero, cuando no intervienen, es afrenta negar la cara a la razón. La herida que recibiste fue de mi brazo y espada, mas por la cruz de ella, en que pongo la mano, que no ayudó la intención porque no os conocí. Acordaos que no la saqué para vos, pues hallaste cuando Carlos me incitaba que para librarme de él la había sacado, y no menos la hube menester contra la vuestra. Califica esta verdad que en oyendo vuestra voz os obligué con respeto, retirándome cuando era más señor del ánimo y la ocasión con un enemigo menos. Es cierto que corrimos igual fortuna. Herido salí y pienso que de vuestra mano; aunque yo más, porque vos no supiste quién era el ofensor, y para mí ha sido muerte saber que lo fui de tan grande amigo. Háceme toda la fuerza que es razón vuestra nobleza, para esperar lo que es justo de estas consideraciones. Pero, como la sangre vertida es la cosa que más tarde se quita delante de los ojos, sospecho si procura que la deis sepultura con venganza, y quiero ponerlos en la ocasión para librarme de la pena de ignorarla, puesto que sé procederéis siempre como os debéis. En efecto, Feliciano, concluyo con que, si el amor se ha trocado en enemistad, no quiero entrar en tierra de enemigos libremente; antes ver si os muda el intento este

---

<sup>219</sup> Cinco eran las puertas reales o de registro (es decir, aquellas en las que se pagaban los impuestos) que flanqueaban las entradas y salidas en el Madrid del XVII: la de Segovia, Guadalajara, Atocha, Toledo, Bilbao, y la Puerta de Alcalá, construida en 1599 para celebrar la entrada en Madrid de la reina Margarita de Austria, esposa de Felipe III. Se encontraba más cerca de Cibeles que la actual y estaba construida de ladrillo, con un arco grande —sobre el que se superponía otra arcada que cobijaba una estatua de piedra de Nuestra Señora de las Mercedes— y dos más pequeños a los lados, coronado cada uno por las estatuas de San Pedro Nolasco y de la beata Mariana de Jesús. La puerta se derribó en 1764, tras la entrada en Madrid de Carlos III, que mandó construir una nueva.

<sup>220</sup> ‘generosamente, con bizarría y nobleza’.

decoro. Solos estamos y en parte que favorece. Tomad la satisfacción que deseáis si ésta no basta, persuadiéndoos a que quien de esta manera la ofrece, puede y quiere darla salvando en todo su honor.

Maravillado quedó Feliciano de oírle y, habiendo estado un rato suspenso, respondió:

—No era menester este acto, ¡oh Leonardo!, para publicar vuestro valor y prudencia, estando yo tan desengañado. El amor que os he tenido y tengo es tan grande que no es posible que le pueda violentar igual ni mayor accidente. Cuando no lo fuera, ni yo viera semejante acción, oírla bastara para procurar con ilustre ambición merecer vuestra amistad. Confieso que, por lo que sabéis, he estado con recelo de que fuiste con quien reñí, no ofendido; antes pienso que esta sospecha sanó más presto la herida. Vos fuiste provocado injustamente, y fue bien empleado aquel y otro castigo. Lo mismo he dicho todas las veces que de ello he hablado, que los hombres de bien no mudan las circunstancias en estos casos por dorar sus yerros. Mirad ahora quién es aquí enemigo y cuál da satisfacción al otro, que yo no sé cómo mostraros lo que os quiero, lo que puede la amistad y la seguridad que debéis tener, si no es poniendo mi espada a vuestros pies y dándoos los brazos cuando entendéis que me habéis agraviado. Imaginad que esto no es cautela ni cobardía, y más si ponéis los ojos en que, avisado y ofendido, pudiera venir con más prevención.

Abrazáronse, sosegando cada uno de lo que estaba inquieto poniendo en más estrecho lazo la amistad para adelante. Enterado Feliciano del estado en que estaba el amor de Leonardo y Celia, del casto intento que les movía, ofreció que él y Fenisa tratarían luego el casamiento. Advirtió Leonardo a Feliciano si había comunicado a Carlos su sospecha: dijo que no, con lo cual se aumentó el contento. Fuéronse juntos a su posada y de allí a casa de Clenarda, donde fue recibido como era amado.

Cumplió Feliciano lo que prometió ayudado de Fenisa; y, teniéndolo a buena suerte Clenarda por la igualdad de sangre y merecimientos de Leonardo, y gusto que también tuvo Carlos, se efectuó. Gozaron los tres amantes en un día el fruto que en tantos habían deseado y entre sí secretamente competido, siguiéndose a esta dicha infinitas que de tan acertada, conforme y amorosa unión procedieron. Supo después Leonardo quién era la mujer a quien acompañó, su calidad y estado, y que por delación injusta estaba aquella noche determinada su muerte si,<sup>221</sup> ayudada de la

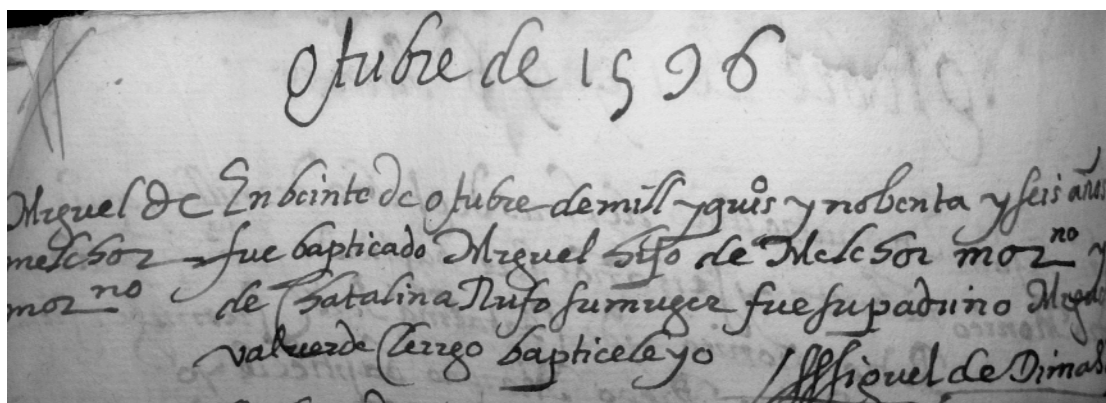
---

<sup>221</sup> *delación*: ‘acusación’.

necesidad, no rompiera la prisión que tenía. Y que restituida a su perdido estado, lograba mayor autoridad y crédito. Y finalmente supo que, aunque en quien es inclinado a hacer bien puede faltar memoria del que hizo, porque esta virtud procede del buen natural sin otro interés, jamás le falta al que es agradecido del beneficio que recibió.

## ANEXO I

Durante la elaboración de la presente edición de *El cuerdo amante*, y ante los interrogantes que hasta entonces aún se planteaban en relación a la fecha y el lugar de nacimiento de Miguel Moreno, se le solicitó a don Juan García Gorgojo, párroco de Villacastín, una revisión del registro parroquial de los bautizos realizados entre 1591 y 1596 en la población,<sup>222</sup> con el objetivo de encontrar la partida de bautismo del escritor. Su hallazgo permite situar definitivamente el nacimiento de Miguel Moreno en Villacastín algunos días antes del 20 de octubre de 1596.<sup>223</sup>



Parroquia de Villacastín, *Bautizados*, Libro III, fol. 35 v.

<sup>222</sup> Recuérdese que son los dos años más barajados por la crítica a la hora de proporcionar la fecha de nacimiento del escritor.

<sup>223</sup> A don Juan García Gorgojo, que realizó personalmente la búsqueda de la partida de bautismo del escritor, y a don Rafael Álvarez Rodríguez, cronista oficial de la villa, que me facilitó la copia que aquí publico, les doy las gracias por su inestimable aportación.

## ANEXO II

Miguel de Montreal publica en 1698 sus *Engaños de mujeres y desengaños de los hombres, divididos en cuatro discursos históricos, políticos y morales*. A continuación se transcriben los fragmentos de la novela de Montreal cuya deuda es evidente para con el texto de Moreno:

«Dijo don Félix:

—Dejemos sutilezas de amor para la común escuela de los lastimados que profesan esa doctrina, y siga quien quisiere leyes tan rigurosas, que yo sigo las saludables con licencia del señor don Luis y de estas señoras, que sólo me entiendo con la comodidad.

—¿Pues, qué no os obligara —dijo don Luis— si, dichosa, la suerte os trajera a la vista el objeto causa de vuestro amor, recibiendo de sus ojos mil embajadas el alma? Pues, entre otras cosas, tiene amor por excelencia que en la más breve ausencia adelanta estimación, enfurece el deseo y da más valor a los favores.

—No sé lo que hiciera puesto en la ocasión —dijo don Félix—, pero hablo sin ella como desapasionado, y juzgo que la mejor fiesta es la de casa y lo más seguro no poner el corazón en aprietos, ni andar en contemplaciones, ni gastar dilaciones con sofisterías, ideando perfecciones y otras mil impertinencias que trae ese amor que habéis explicado, juntándose por instantes a esto las quejas y congojas que decís; que yo, por no dar a entender cuidados, siendo a todas horas centinela del castillo, perdonara de buena gana la posesión.

—Será —dijo Luis— porque vos sois amigo de recato, y por eso no os sujetárades a merecer con diligencias públicas.<sup>224</sup> [...]

—Y si queréis que os refiera los que mi natural condición observa, digo que doy en primer lugar lo que merece la caridad bien ordenada, y soy en lo temporal principio, medio y fin de mis cuidados. Gusto de ser próximo de todos y no enemigo de mí mismo. Convierto al amor en propia utilidad. Para conseguirlo, es mi memoria escarmiento, comodidad es mi voluntad, el entendimiento picardía y cautela. Hago dos caras a las bellezas: una en lo aparente, creyendo y dando a entender que todo lo es; otra de los pesares que trae consigo, aunque lo blando del natural no lo parece ni

---

<sup>224</sup> Compárese con las págs. 16-17 de esta edición.

lo padece. Lo que tiene menos lugar conmigo es el amor, que con eso hago menor la hermosura; miro sólo la necesidad, y con esto se convence el apetito. Doy todo el corazón al gusto que le tengo de ver comprar a otros desvelos que no padecí, riéndome de que a más bajo precio compro la joya que aquellos después de largas y penosas jornadas compraron. Muestro muchas veces que me abraso donde me hieló. Profeso humildad contra daños de presunción. Regalo a quien llevo a deber. Cuando me piden, doy lo que quiero y puedo dar sin daño ni que me haga falta. Dejo que padezca violencias el dinero y nunca hago tema, gusto o punto de honra el desprecio, como lo hacen algunos. Estoy desengañado que quien se mueve por el interés, todo lo recibe, todo lo olvida y todo lo premia de una manera. Como dicen que el que ama se convierte en la cosa amada, huyo siempre de mujeres pobres, que adonde siempre es preciso el dar, no puede lucir el ánimo más liberal y poderoso, además de que viene a ser forzoso lo que había de ser galantería. Tengo grandísima lástima a los que aman cebados, considerando que cuando no carezcan de entera satisfacción, aun estando presentes las mayores finezas, es intolerable pensión. Tengo, prevenido siempre, una compuesta y bien sentada queja que se oponga a la que pueden formar de mí, y cuando alguna señora quiere enfadarme, la anticipo de suerte que parece verdad el artificio, de donde alcanzo perdón y premio. Sus pendencias las recibo siempre sin pesadumbre, y sus celos, muy de falso, doylos siempre por ciertos y me ahorro la necedad de pedirlos. No doy lugar que tengan el gusto que sacan las mujeres de ver padecer a los hombres, advertido de los delitos que cometen a sombra de las mayores obligaciones. Suelo algunas veces fingirme ofendido para disimular algún respeto, por ver la distancia que hay desde el semblante y palabras al corazón, estando mi interior muy alegre y diferente que el semblante. Procuro no calentar mucho el asiento ni espantar la caza, ni soy amigo de muchas visitas; con dos o tres me despido, dando al enfermo por sano, y algunas veces, después de la primera, se me suele olvidar la casa. Por último, se sale mi libertad con lo que quiere y ha menester mi salud, sin ponerse a riesgo de que se hayan de aplicar remedios que necesitan los que enamoran, excusando pasar tantas penalidades como habéis dicho. Las que son fáciles me enfadan y las dificultosas también. De esta suerte enamoro, y me hallo bien y sale mejor. Yo sigo este dictamen y me está más a cuento.

Dijo Luis:

—Quien sintiere lo contrario llorará arrepentimientos, mas no ha de padecer por regla general, distinción tiene. Confieso que es gran vileza vender los sentidos y el

cuerpo sin consentimiento del ama; pero no es este discurso para aplicar a nuestro caso, que están muy distantes los que dan causa a creer en él. Diferentes son las jerarquías de las mujeres. No os acobarde este temor, que hallaréis alguna que confronte con vuestro natural y os corresponda atenta con mayores finezas.<sup>225</sup>

—Hasta ahora no he hallado ninguna —dijo don Félix— de las que decís, ni en otro tiempo se hallaban. Eso fuera buscar el ave Fénix. Los descuidos de un amigo son disculpables, y las faltas e impertinencias de un amante a amar son muy notadas. Temo las dificultades que encierra el agradar por estar trocados los verdaderos caminos; de merecer sucede conseguir el deseo, saber el medio que lo dispuso y no cuál fue el mérito. Bien sé lo que vale una amiga, lo que puede la necesidad, lo que facilita la ocasión, lo que destruye el vicio, lo que yerra la inclinación, las ciegas resoluciones de las mujeres, y no sé adonde asiste el gusto sin especie de tiranía. No me espanto que tenga tan buen lugar el interés, y bien sé que no hay gracia tan bien recibida como una dádiva, pero aborrezco que haya quien piense mejor modo de pedir que estimarse y obligar dando a los merecimientos la calidad, y que uno y otro pierda por la codicia o desconfianza. Y, sobre todo, lo que más me acobarda es que, como las mujeres ponen sólo de su parte el adquirir, y no ven ni consideran los pasos, la congoja, la industria y tal vez la bajeza a que obligan, se pierde la mayor parte del agradecimiento». <sup>226</sup>

(*Engaños de mujeres y desengaños de los hombres*, 1709: 78-81).

---

<sup>225</sup> Véanse págs. 18-19 de esta edición.

<sup>226</sup> Véanse págs. 33-34 de la presente edición.

## BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *Justa poética y alabanzas justas*, Recopiladas por Lope de Vega, Madrid, viuda de Alonso Martín, 1620.
- ANTONIO, Nicolás [1696] (1999), *Bibliotheca hispana nova*, II, Madrid, FUE.
- ARISTÓTELES, *Poética*, ed. trilingüe de Valentín García Yedra, Madrid, Gredos, 1974.
- Aut.: Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, 1726-1739.
- BERMEJO CABRERO, J. L., «Miguel Moreno, novelista y estudioso de la administración», en *De Virgilio a Espronceda*, Madrid, CSIC, 2009, 118-132.
- BONILLA CERESO, R., *Novelas cortas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 2010.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro, *Comedias verdaderas*, Madrid, viuda de Blas de Villanueva, 1726.
- CAMAMIS, G., *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1977.
- CASTILLO SOLÓRZANO, A., *Lisardo enamorado*, ed. Eduardo Juliá Martínez, Madrid, RAE, 1947.
- CASTRO, Adolfo de, *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, II, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1951.
- CAYUELA, Anne, *Le Paratexte au Siècle d'or*, Genève, Droz, 1996.
- CEJADOR Y FRAUCA, J., *Historia de la lengua y literatura castellana*, V, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1916.
- CERVANTES, Miguel de [1613], *Novelas ejemplares*, ed. de Jorge García López, Madrid, Real Academia Española, 2013.
- CÉSPEDES Y MENESES, Gonzalo, *Poema trágico del español Gerardo*, Madrid, Juan González, 1623.
- COLÓN CALDERÓN, I., *La novela corta en el siglo XVII*, Madrid: Laberinto, 2001.
- COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid, 1980-1983, 5 vols.
- CORREAS, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. de Louis Combet, Bordeaux, Institut d'études ibériques et ibéroaméricaines, 1967.
- COTARELO Y MORI, E., *Novelas de Miguel Moreno y del Alférez Baltasar Mateo Velázquez*, Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas, IV, Madrid, Librería de la viuda de Rico, 1906.
- COVARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Luis Sánchez, Madrid, 1611.
- DELGADO CASADO, J., *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, I, Madrid, Arco Libros, 1996.
- DEXEUS, Mercedes, «Las imprentas de la Corona de Aragón en la difusión de la literatura del Siglo de Oro», *Edad de Oro*, 12, 1993, 71-80.
- DRAE: Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, ed. 23ª, 2014.
- FORMICHI, G., «Saggio sulla bibliografia della novella spagnola seicentesca», in *Lavori Ispanistici*, serie III, 1973, 5-105.
- FERNÁNDEZ NAVARRETE, E., *Bosquejo histórico de la novela española*, XXXIII, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1854.
- GARCÍA SANTO-TOMÁS, E., *Modernidad bajo sospecha: Salas Barbadillo y la cultura material del siglo XVII*. CSIC. Madrid, *Anejos de la Revista de Literatura*, 2008, 72.
- GÓNGORA, Luis de, *El Polifemo*, comentado por don García de Salcedo Coronel,

- Madrid, Juan González, 1629.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, David, «Una novela corta del Siglo de Oro rescatada: La desdicha en la constancia (Madrid, 1624) de Miguel Moreno», Málaga, Universidad de Málaga, 2012.
- GREEN, Otis, *El amor cortés en Quevedo*, Zaragoza, Librería General, 1955.
- IZQUIERDO DE PIÑA, Juan, *Casos prodigiosos y cueva encantada*, Madrid, Imprenta del Reino, 1628.
- *Novelas ejemplares y prodigiosas historias*, Madrid, Juan González, 1624.
- *Segunda parte de los casos prodigiosos*, Madrid, viuda de Alonso Martín, 1629.
- JIMÉNEZ DE ENCISO, Diego, *El príncipe don Carlos*, Valencia, Josep y Tomás de Orga, 1773.
- *Los medicis de Florencia*, Madrid, Antonio Sanz, 1745.
- LEÓN PINELO, Antonio de, *Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres. Sus conveniencias y daños*, Madrid, Juan Sánchez, 1641.
- LIÑÁN Y VERDUGO, Antonio, *Guía y avisos de forasteros*, Madrid, viuda de Alonso Martín, 1620.
- LÓPEZ DE VEGA, Antonio, *Heráclito y Demócrito de nuestro siglo*, Madrid, Alonso Pérez librero, 1641.
- *Paradojas racionales*, ed. de Máximo Higuera, Madrid, Trifaldi, 2005.
- LÓPEZ DÍAZ, M. D., «Un novelista poco conocido: José Camerino y sus *Novelas amorosas*», *Revista de Filología*, 8, 1992, 291-298.
- MIÑANO, Sebastián de, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, Madrid, I. de Pierart-Peralta, 1828.
- MOLL, J., «Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625-1634», *Boletín de la Real Academia Española*, LIV, CCI, 1974, 97-103.
- «Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro», *BRAE*, 59, 1979.
- MONTREAL, Miguel de [1698], *Engaños de mujeres y desengaños de los hombres, divididos en cuatro discursos históricos, políticos y morales*, Madrid, Manuel Ruiz de Murga, 1709.
- MORENO RUFO, Miguel, *Avisos para los oficios de provincias de la corte y consecuencias generales para otros*, Madrid, Juan González, 1631.
- *Flores de España cultivadas en Roma*, Luis Griñani, Roma, 1635.
- *La desdicha en la constancia*, Madrid, Juan González, 1624.
- MORGADO, Alonso, *Historia de Sevilla*, Sevilla, Andrea Pescioni y Juan de León, 1587.
- OVIDIO NASÓN, Publio, *Metamorfosis*, ed. de Consuelo Álvarez y Rosa M<sup>a</sup> Iglesias, Madrid, Ediciones Cátedra, 2005.
- PACHECO-RANSANZ, A., «El concepto de la novela cortesana», *What's Past is Prologue. A collection of Essays in Honour of L. J. Woodward*, Edimburgo, Scottish Academic, 1984, 114-123.
- PALAU Y DULCET, A., *Manual del librero hispano-americano*, V, Madrid, Julio Ollero Editor, 1926.
- PÉREZ DE MONTALBÁN, A., *Para todos. Ejemplos morales, humanos y divinos en que se tratan diversas ciencias, materias y facultades*, a costa de Alonso Pérez, Madrid, Imprenta del Reino, 1632.
- QUEVEDO VILLEGAS, Francisco de, *Los sueños*, ed. Ignacio Arellano, Madrid, Cátedra, 1991.
- *Obras festivas*, Madrid, P. Mellado Editor, 1845.

- RIPOLL, Begoña, *La novela barroca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1991.
- ROBLES, Isidro de, *Varios efectos de amor en onze novelas exemplares*, Madrid, I. Fernández de Buendía, 1666.
- RODRÍGUEZ CUADROS, E., «La novela corta del barroco español: Una tradición compleja y una incierta preceptiva», *Monteagudo* 1, 3ª época, 1996, 27-46.
- ROMOJARO, Rosa, *Funciones del mito clásico en el Siglo de Oro: Garcilaso, Góngora, Lope de Vega, Quevedo*, Barcelona, Anthropos Editorial, 1998.
- SALAS BARBADILLO, Alonso Jerónimo de, *Don Diego de noche*, Barcelona, Esteban Liberos, 1624.
- SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes*, Barcelona, Crítica, 1996.
- SIMÓN DÍAZ, J., *Bibliografía de la literatura hispánica*, XV, Madrid, CSIC, 1992.
- TERESA DE JESÚS, Santa, *Obras completas*, ed. Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, Madrid, BAC, 2006.
- TERREROS Y PANDO, Esteban de, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes, y sus correspondientes en las tres lenguas, francesa, latina e italiana*, Madrid, viuda de Ibarra, hijos y compañía, 1786.
- VEGA, Garcilaso de la, *Obras de Garcilaso de la Vega*, Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, 1765.
- VEGA, Lope de, *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, Madrid, viuda de Alonso Martín, 1621.
- *El caballero de Olmedo*, ed. de Francisco Rico, Madrid, Ediciones Cátedra, 1985.
- *El maestro de danzar - La creación del mundo*, Madrid, Gredos, 2012.
- *Jerusalén conquistada*, Barcelona, Rafael Nogués librero, 1609.
- *La circe*, Madrid, viuda de Alonso Martín, 1624.
- *La gatomaquia*, Madrid, D. M. de Burgos, 1826.
- *Laurel de Apolo*, Leclere & Cía., Londres, 1824.
- VIGIL, Mariló, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1986.
- VIVES, Juan Luis, *Obras completas*. Madrid, Ed. Aguilar, 1946, 2 Tomos, primera traslación castellana de Lorenzo Riber.

# TABLA

## INTRODUCCIÓN

En la vida y obra de Miguel Moreno y Rufo	III
El cuerdo amante	X
La presente edición	XX

## EL CUERDO AMANTE

A Don Diego Jiménez de Enciso y Zúñiga	2
A Antonio López de Vega, secretario del condestable de Castilla	3
Respuesta	6
 EL CUERDO AMANTE	 9
 ANEXO I	 67
ANEXO II	68
 BIBLIOGRAFÍA	 71